

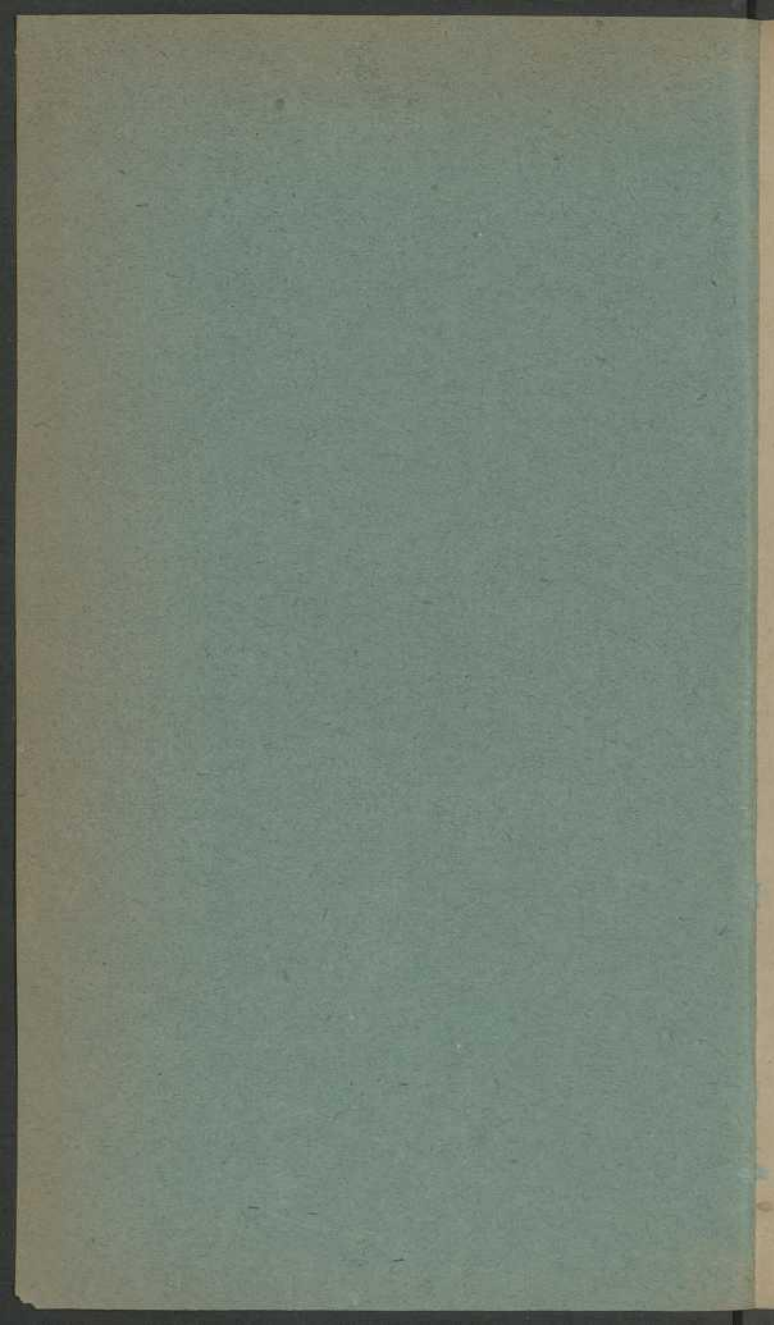


07

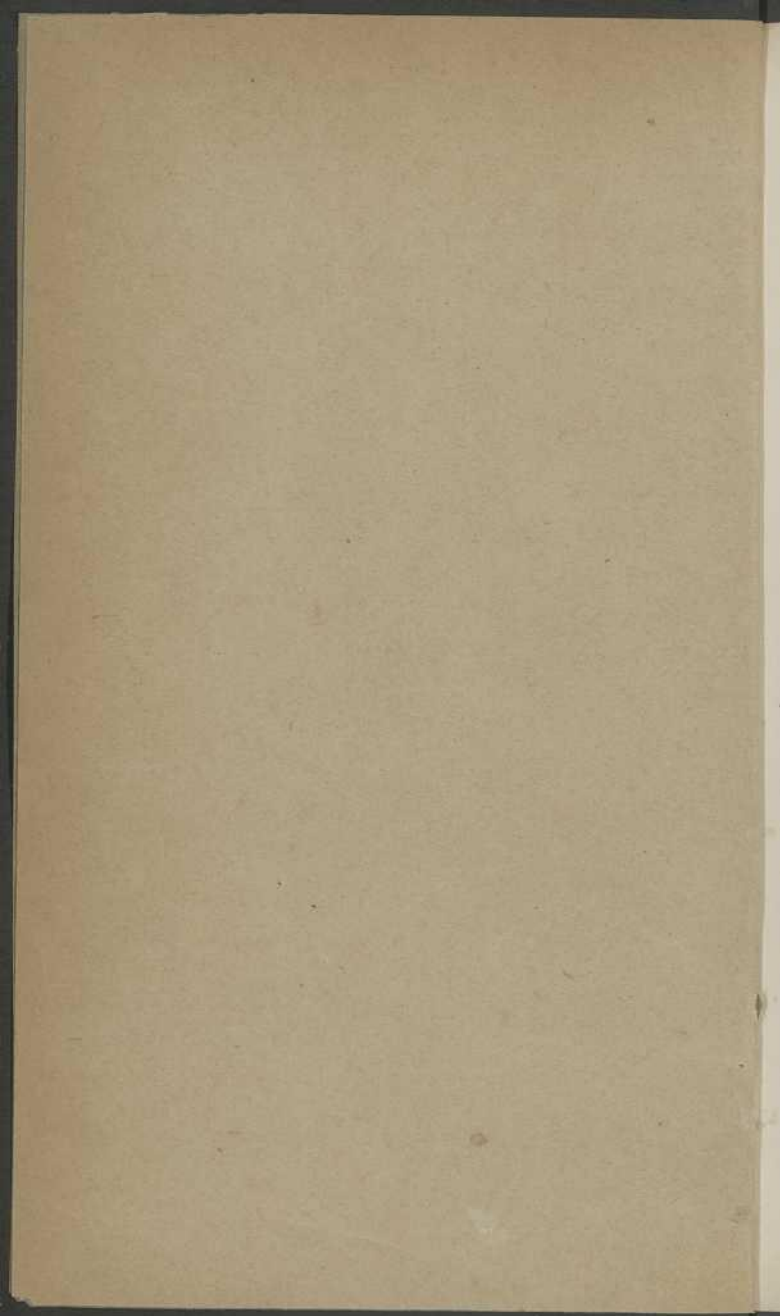
15 807

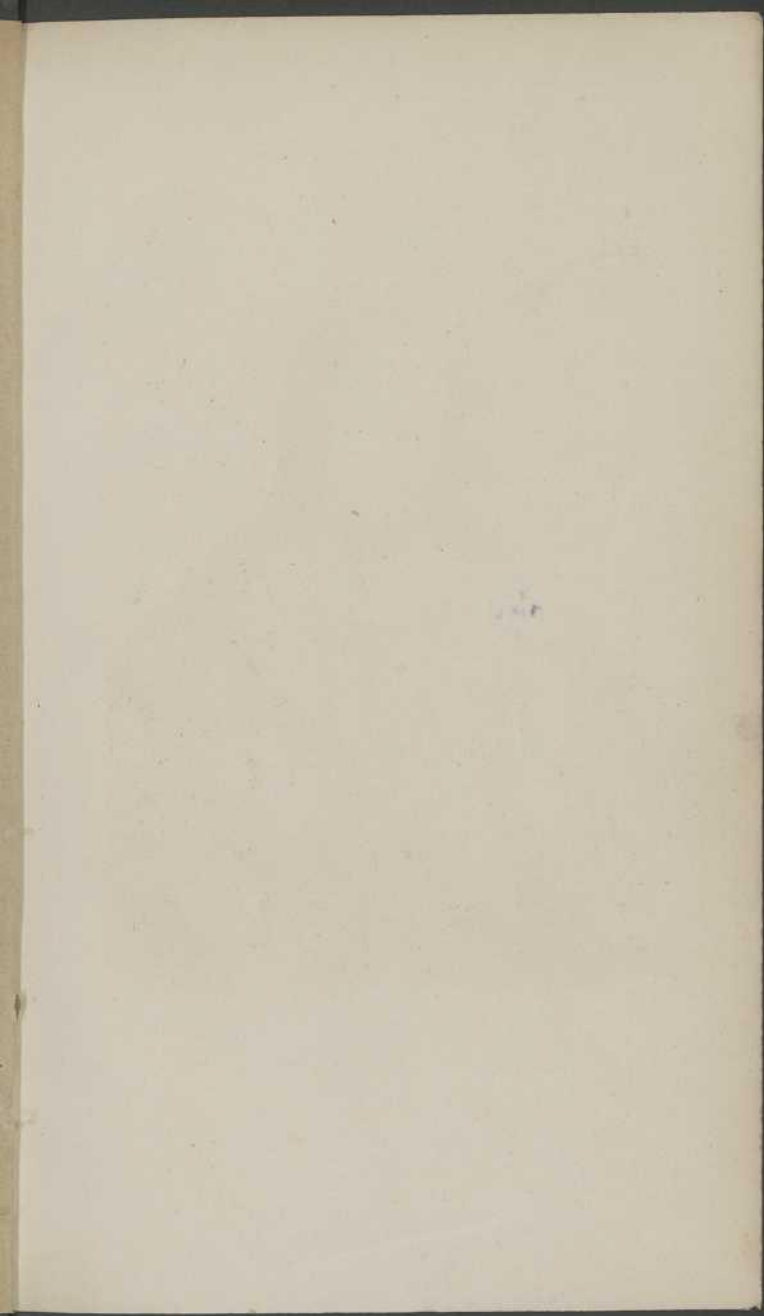
~~5367~~

~~182~~



29
—
261

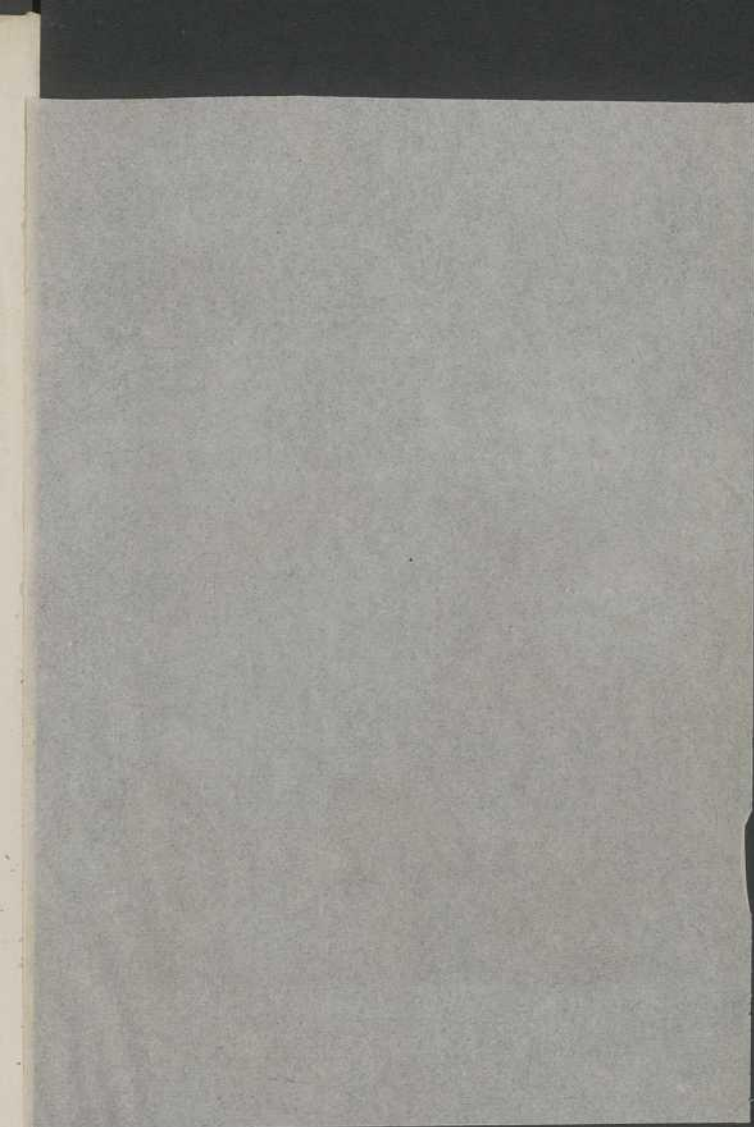


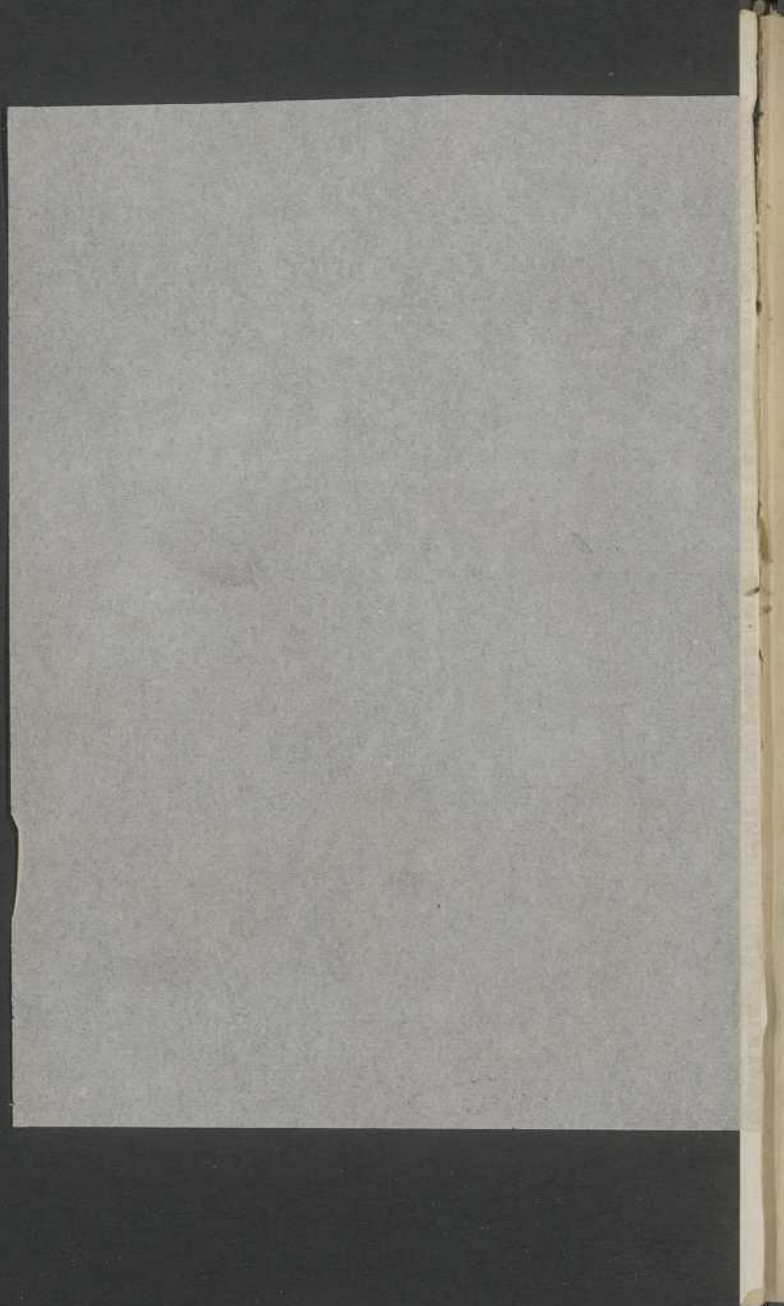




J. DE JOANES, P.^{ro}

R. MAURA, G.^{ra} Y G.^{ra} 1881.





78

VIDA
DE
CRISTO
NUESTRO SEÑOR

POR EL
P. PEDRO DE RIVADENEIRA
DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

OBRA DECLARADA DE TEXTO
para las escuelas de primera enseñanza por Real orden
de 23 de Mayo de 1882.

SEGUNDA EDICIÓN

AUMENTADA CON VARIAS ORACIONES DEL PROPIO AUTOR,
EL EJERCICIO DE LAS SIETE PALABRAS, POR EL PADRE ALONSO MESÍA,
DE LA MISMA COMPAÑIA, Y OTRAS PRÁCTICAS PIADOSAS



MADRID

JOSÉ DEL OJO Y GÓMEZ, EDITOR

an Bernardino, 10. segundo



Madrid. — Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.



INTRODUCCIÓN

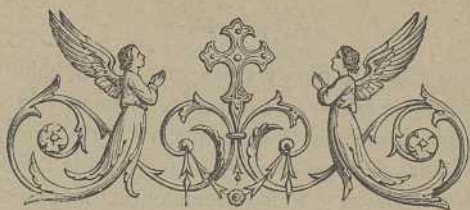
A sí como Cristo nuestro Redentor es fuente y raíz de toda santidad, y aquel Sol de Justicia que con los rayos de su luz es causa de toda la claridad que hay en su Iglesia, así su vida, pasión y muerte benditísima son el medio por el cual nos comunica é influye esta misma santidad. Hízose Dios hombre, y vivió vestido de nuestra carne entre los hombres para enseñarnos á vivir vida, no humana, sino divina, no de la tierra, sino del cielo; padeció tantos dolores y muerte tan afrentosa para cautivar más nuestro corazón y echarnos más fuertes cadenas de amor. De manera que la vida de Cristo es dechado y modelo de la vida del cristiano, y su sacratísima Pasión es nuestra riqueza y el tesoro de nuestros merecimientos, es nuestra luz, nuestra medicina, nuestra salud, nuestra vida, nuestra gloria y bienaventuranza. Y por esto ninguna cosa debemos tener más presente, de día y de noche, ni meditar ni rumiar más á menudo, que la vida y muerte

de nuestro Salvador, para imitar sus virtudes y enderezar nuestros caminos torcidos con la regla y nivel de su rectitud. Porque, como dice San Gregorio, todas las acciones de Cristo son introducción y enseñanza de lo que nosotros debemos hacer; y aquel es el más santo y perfecto que mejor sabe imitar los ejemplos y virtudes de Cristo, porque bebe más copiosamente de la fuente, y participa más de la virtud y humor de la raíz, y del influjo de su cabeza, y está más vestido y resplandeciente con la luz de aquel Sol que, como dijimos, es causa de toda la justicia y claridad. Y por esto San Pablo nos exhorta que le imitemos á él, y da la razón: porque él imitaba á Cristo. Y por esta misma causa muchos Santos y varones perfectos tomaron por materia de su oración y meditación la vida y pasión del Señor, porque en ella hallaban pasto para sus almas, medicina para sus llagas, esfuerzo para su flaqueza, incentivos de amor para su tibieza, perdón para sus pecados y remedio para todas sus necesidades. Y aun algunos grandes siervos de Dios, en el trance y agonía de la muerte, se hacían leer literalmente la Pasión del Salvador para representarla al Padre Eterno, y alentarse con la memoria de lo que Él por nosotros padeció, y espantar y confundir al demonio que por medio de ella fué vencido, y en aquella hora, más que en otra, procura que nosotros perdamos el fruto de la sangre preciosa del Señor.

Esta es la causa, benigno lector, que me ha movido á poner aquí, en el principio de las vidas de los Santos, la vida del Santo de los Santos, y causadora de toda la santidad que hay en todos los Santos en el cielo y en la tierra. Y porque hay escrito mucho de la vida de Cristo nuestro Salvador y de sus sagrados misterios (aunque, por mucho que se diga, todo es poco), algunos autores los han dilatado con consideraciones piadosas, y enriquecido é ilustrado con su estilo y elocuencia, para dar ocasión á los que las leyeren de meditarlos con mayor provecho y utilidad; yo no he querido hacer largos discursos, sino referir algunas de las cosas que me han parecido más notables de la vida y pasión del Señor, contándolas llana y sencillamente para que el lector sepa la verdad de la historia, y sobre ella funde sus conceptos, y forme santas consideraciones y edifique su alma con ellas. Porque para la gente simple y sin letras esta manera de escribir es más fácil y provechosa, así porque no es capaz de tantas y tan delicadas sentencias, y con la muchedumbre de ellas se le ofusca y ahoga el entendimiento, como porque gusta más y se le pega más al alma cualquier cosa que ella halla, y Dios le comunica en la oración acerca de estos divinos misterios de su vida y pasión, que lo que lee en otros autores, por alto y excelente que sea. Verdad es que para que el lector mejor lo pueda hacer, y no vaya la historia tan desnuda en

algunos pasos, le abrimos camino y le damos motivos para la meditación de los mismos misterios, como esparciendo en esta misma historia, llana y sencilla, la semilla que, sembrada y regada en su corazón, con oración, estudio y diligencia, le dará á su tiempo fruto copioso y colmado con la gracia del Señor. De esto me ha parecido darte aviso, cristiano lector, porque sepas la causa que me ha movido á poner aquí la vida de Cristo nuestro Señor y á escribirla de la manera que va escrita. Él por su misericordia nos dé gracia para que de tal manera le imitemos que merezcamos gozar del fruto inestimable de su Cruz y santísima Pasión. Amén.





LA VIDA DE CRISTO

NUESTRO SEÑOR

CUANDO llegó aquella dichosa y bienaventurada hora, y se cumplió, como dice el Apóstol San Pablo, la plenitud del tiempo en que Dios había determinado vestirse de nuestra carne y hacerse hombre por pagar los pecados del hombre; y habiéndole antes dado todas las cosas que crió, darle á sí mismo y unirle consigo tan estrechamente y con un vínculo tan apretado y tan indisoluble que Dios fuese hombre y el hombre Dios, escogió para un ministerio tan alto é incomprendible á una doncella llamada María, hija de Joaquín y Ana, hebrea de nación y de la tribu de Judá; para que, concibiendo por virtud del Espíritu Santo al Verbo Eterno en sus entrañas, le pariese quedando virgen y fuese su verdadera Madre y Él su verdadero Hijo. A esta doncella escogió Dios entre todas las mujeres

como á la más pura y santa que jamás hubo ni habrá, y la adornó de todas las virtudes y excelencias que debía tener la que había de ser digna Madre de Dios. Quiso que fuese de la familia del Rey David y de la descendencia del patriarca Abraham, porque á éstos dos había prometido que de su linaje nacería el Mesías y verdadero Salvador del mundo; y ordenó que viniese esta bienaventurada Señora de sangre ilustrísima de Patriarcas, Profetas, Reyes, Príncipes, Jueces y Gobernadores del pueblo de Israel, y que en ella se juntase la sangre real y la sacerdotal, porque había de ser Madre del sumo Sacerdote y Rey del cielo y de la tierra. Quiso asimismo que, al tiempo que le concibió, fuese desposada con un santo varón de su misma tribu llamado José, para que tuviese quien la sirviese é hiciese compañía y no pudiese haber sospecha (viéndola preñada y no desposada) en su honestidad y pureza, ni ocasión para que los judíos desechasen al Hijo como á concebido en pecado, teniendo más cuenta con la honra de su Madre que con la suya propia; pues habiendo sido concebido por virtud del Espíritu Santo, porque la honra de su bendita Madre no padeciese, quiso ser tenido por hijo de José. Pero porque venía á enseñarnos la humildad y menosprecio del mundo, y á manifestarnos cuánto más se estima en el cielo la pobreza y mengua de las cosas temporales que las riquezas y sobra de ellas, quiso que su

verdadera madre, María, y José, su padre putativo, fuesen pobres, para que ninguno se corra de serlo, ni se aflija si lo fuere. Y para mostrar que venía á salvar pecadores y enseñarnos la poca cuenta que el cristiano debe hacer de la carne y sangre, también quiso que en su linaje hubiese algunas mujeres flacas y pecadoras. Pues para acabar obra tan grande envió Dios á la Virgen al Arcángel San Gabriel que le declarase este misterio y la asegurase que se cumpliría en ella sin menoscabarse ni marchitarse la flor de su virginidad, y para sacar su consentimiento.

Habiendo la purísima Virgen dado el sí, y concebido en sus entrañas al Hijo de Dios por virtud del Espíritu Santo, que le hizo sombra como el Ángel se lo había prometido, para que pudiese sufrir los rayos del Sol de justicia y el fuego divino que venía á abrasar el mundo; y habiéndole tenido nueve meses en su sagrado vientre, y visitado en este tiempo á su prima Santa Isabel, y santificado, por medio de la salutación que le hizo, á su hijo San Juan Bautista, sucedió que el Emperador Octaviano Augusto publicó un edicto, y mandó empadronar á todos los hombres de su Imperio, y, para hacerlo más puntualmente, que cada uno fuese á su pueblo ó ciudad; y como José, esposo de la Virgen, fuese natural de Belén, hubo de ir de Nazareth, adonde vivía, con su esposa, á Belén, para cumplir con el mandato del Emperador. Porque el buen

Jesús, que venía para reparar al hombre perdido por desobediencia, aun estando en las entrañas de su madre, comenzó á obedecer, y quiso que sus padres obedeciesen á los Príncipes de la tierra. Era Belén una aldea y pueblo pequeño, cerca de Jerusalem, noble por haber nacido en ella el Rey David, que fué figura de Cristo, y mucho más por haber sido ilustrada con el nacimiento del mismo Cristo; el cual, para cumplir la profecía de Micheas, y para darnos en todo ejemplo de humildad y menosprecio de los hijos de Adán, quiso nacer en Belén, lugar tan pobre y abatido, y morir ignominiosamente en Jerusalem, ciudad real y tan ilustre y populosa.

Escogió asimismo este Señor, como Señor de los tiempos, el tiempo más oportuno para venir al mundo, después de tantos siglos y millares de años que habían pasado desde el pecado de nuestros primeros padres, porque en tan largo discurso de tiempo se conociese más la enfermedad y la necesidad que tenían los hombres del remedio, y que las fuerzas de la naturaleza no se le podían dar, y deseasen y pidiesen á Dios este Médico celestial, y para que, habiendo sido tanto antes prometido á los Patriarcas, y anunciado por los Profetas y representado en tantas sombras y figuras de los Padres antiguos y deseado de todas las gentes, fuese mejor recibido y abrazado de todos. Y porque venía á hacer paces entre Dios y el hombre como Rey

pacífico y medianero entre los dos, también dispuso las cosas de manera que, al tiempo que hubo de nacer, hubiese suma paz en el mundo, y que el Imperio romano, que era tan extendido, estuviese en manos de un solo Príncipe, que fué Octaviano; y que él, habiendo vencido y sujetado á todos sus enemigos, gozase de gran paz y quietud, y cerrase el templo de Jano, que entre los romanos era señal que no había guerras ni ruido de armas en todo el Imperio. Y no menos ordenó esto el Señor, para que con esta unión y quietud se abriese después camino á la predicación del Santo Evangelio, y su santa palabra pudiese más fácilmente correr por todas las regiones y provincias del mundo universo sin estorbo ni embarazo.

Y porque, habiendo de venir á la tierra y parecer entre los hombres el Criador del cielo y de la tierra, era conveniente que las criaturas testificasen la excelencia y grandeza de su Señor y que con prodigios y cosas maravillosas diesen á entender la majestad soberana de aquel Rey que venía, obró el Señor muchas cosas admirables, y fuera del común concurso de la naturaleza, poco antes que naciese, que refieren los historiadores eclesiásticos y profanos; las cuales, aunque los gentiles como idólatras y ciegos las interpretaban diferentemente y las atribuían á la felicidad de sus Príncipes, no eran sino señales y prodigios que significaban la venida de nuestro

Dios y Señor, que las obraba, y con ellas quería despertar la consideración y admiración de los hombres, disponiendo por este medio sus corazones á creer en Él y recibirle al tiempo que por boca de los predicadores evangélicos les fuese anunciado y manifestado. Porque, dejando aparte los oráculos de las Sibilas tan sabidos, que fueron como profetisas de los gentiles, y que tanto antes de la venida de Cristo tan altamente hablaron de su nacimiento, vida, muerte y pasión, y los gentiles con gran estudio y cuidado lesían y reverenciaban sin entender lo que contenían, y no hablando de los demás prodigios que podríamos decir por no ser largos, en aquel tiempo del oráculo del dios Apolo, celeberrimo por todo el mundo, por el cual solía el demonio engañar y traer embaucados los hombres, ya había cesado y no respondía á los que le preguntaban como antes, porque el Señor le había mandado callar, y solamente le dió licencia para que una vez respondiese á Augusto, que le había sacrificado y edificado un solemne templo, que no podía responderle porque un Niño hebreo, que era Dios, le mandaba callar y volver al infierno. Y no solamente Apolo quedó mudo con la venida del Salvador, pero también callaron los otros demonios que hablaban por boca de los ídolos, que la gentilidad ciega tenía por verdaderos dioses, y acudía á ellos y los consultaba tomando sus respuestas por oráculos. Y Plutarco, filósofo, escribió un

libro en que pregunta la causa *¿por qué los oráculos de los dioses habían faltado?* porque como gentil no sabía ni podía atinar la causa. Ni el mismo Augusto, con ser Príncipe y Emperador de tan gran parte del mundo, no quiso que le llamasen Señor, no tanto por modestia, como porque Dios le movía, para que se entendiese que en la presencia de la claridad del sol se había de oscurecer la de las estrellas; y toda la potencia y señorío de los hombres rendirse á la majestad soberana de Dios, y que ninguno se puede llamar Rey ni Señor delante de aquel que trae escrito en el muslo: *Rey de los Reyes y Señor de los Señores*. Y por esto, volviendo Augusto á Roma, escribe Nicéfero, Suidas y Baronio, que levantó un altar en el Capitolio con unas letras que decían: *Ara Primogeniti Dei*: Altar del Hijo de Dios, donde después (á lo que se entiende) Constantino Magno edificó un templo suntuoso á la Madre de Dios, que hoy día se llama *Ara coeli*, y es convento de los frailes Menores de la observancia de San Francisco.

En tiempo, pues, de tanta paz, y de tantas maravillas y prodigios, vino el Salvador del mundo; y porque venía, como maestro del cielo, para enseñarnos á dar de mano á los gustos y deleites de la tierra, y abrazarnos con la aspereza y mortificación de la carne, escogió para nacer un tiempo frío y riguroso. Porque aunque las criaturas que están en las entrañas de sus

madres no pueden salir á luz cuando quieren, ni está en su mano escoger el tiempo y la hora en que han de nacer, pero estaba en la de Jesucristo, como Señor de los tiempos; y como el que desde el punto que fué concebido tuvo la misma sabiduría y poder que ahora tiene en el cielo, escogió el mes de Diciembre, tiempo áspero, dasabrido y frío. En el cual, habiendo llegado la Sacratísima Virgen con su dulce Esposo á Belén con la incomodidad que en tal tiempo, y en tan largo y trabajoso camino, hecho con tanta pobreza, se puede pensar, no halló albergue, ni quien la acogiese, ni mesón donde estar; porque como el pueblo era pequeño, y la gente mucha que venía para cumplir con el edicto del Emperador, todas las posadas estaban tomadas; y así fué forzada á retirarse á un establo fuera de Belén, aunque pegado con su arrabal y cerca; porque Belén estaba edificada en una costanera de un collado, y al fin de él, hacia la parte de Oriente, estaba una espelunca ó cueva donde comúnmente los pobres peregrinos y pastores se acogían en tiempo de necesidad. En este palacio entró la Reina de los Ángeles; este humilde y vil lugar y propio de bestias escogió para nacer el que tiene toda la máquina del mundo colgada de tres dedos, y por su inmensidad no puede ser comprendido del cielo ni de la tierra, para que el hombre se humille y acabe de entender que es peregrino y desterrado en este valle de

lágrimas, y que lo más lucido y hermoso y estimado que hay en él no es sino establo de bestias si se compara con aquellos palacios del cielo, con aquellas moradas eternas para las cuales fué criado. Era ya la media noche, y estando todas las cosas en un quieto silencio, y los cielos destilando miel y dulzura, y todo el mundo esperando el deseado de las gentes, conoció la Virgen purísima que se acercaba la hora de su sagrado parto; y puesta en una altísima contemplación de aquel sagrado misterio, y encendida de un amoroso y dulcísimo afecto de ver á su benditísimo Hijo, comenzó con entrañable deseo y profunda humildad á suplicar al Padre Eterno que, pues se había dignado de hacerla Madre de su precioso Hijo, le diese gracia para parirle y mostrarle al mundo. Y estando absorta en esta contemplación y deseo, sin tener necesidad de partera, sin dolor, sin pesadumbre, sin corrupción y mengua de su pureza virginal, vió delante de sí más limpio y más claro que el mismo sol, salido de sus entrañas, á su unigénito Hijo, y al bien y remedio del mundo, Niño tierno y Dios eterno, tiritando de frío, que comenzaba ya con sus lágrimas á hacer oficio de Redentor y pagar con sus penas nuestras culpas. No se puede con palabras explicar, ni con entendimiento humano comprender, el gozo inefable que en aquel punto tuvo la sagrada Virgen, y la admiración y estupor que le causó ver al que sabía que era verdadero Dios tan

abatido y humillado. Luégo le adoró como á Dios y le reverenció como á su Señor, y le besó como á su Hijo; y abrazándole, y aplicándole á sus virginales pechos, le envolvió en aquellos pañales pobres, limpios y aseados que trafa aparejados. Y porque en aquella larga y helada noche del invierno el frío era grande y riguroso, puso al Santo Infante así empañado en el pesebre, porque no halló en aquel establo otro lugar más cómodo y decente, para que con alguna paja ó heno que allí habrfa, y con el huelgo del buey y del jumento, que allí estaban, se mitigase algún tanto la fuerza de aquel frío y rigor, y juntamente se cumpliese lo que el Profeta antes había pronunciado: que el buey conocería á su poseedor, y el asno el pesebre de su señor; y el hombre se corra de no conocer y servir al que reconocen y sirven los animales. Nació el Señor, según la cuenta del Martirologio Romano, á los cinco mil y ciento y noventa y nueve años después de la creación del mundo, y á los dos mil y novecientos y cincuenta y siete después del diluvio, y á los dos mil y quince del nacimiento de Abraham, y á los mil y quinientos y diez de la salida del pueblo de Israel de Egipto, y mil y treinta y dos después que David fué ungido por Rey en la sesenta y cinco semana según la profecía de Daniel, y en la Olimpiada ciento y noventa y cuatro á los setecientos y cincuenta y dos años después que se edificó Roma, y á los

cuarenta y dos del imperio de Octaviano. En aquella misma hora bienaventurada en que nació el Señor se hizo fiesta en el cielo, y todos los Ángeles vinieron á adorarle, y reconocerle por su Príncipe y Señor, y reparador de sus sillas y de las quiebras que los malos ángeles habían hecho con su caída. Y luégo uno de ellos apareció á los pastores que estaban velando sobre su grey, cabe una torre que se llamaba Heder, donde Jacob había apacentado sus ovejas, como á una milla de Belén hacia el Oriente, y les dió la regocijada nueva de la venida del Salvador del mundo y del lugar en que había nacido y donde le hallarían, y las señas para conocerle. Ellos fueron al pesebre con gran presteza y alegría, y le hallaron y adoraron, y contaron á los otros sus compañeros lo que habían hallado y visto. También al mismo punto nació una estrella en las partes de Oriente, que significaba haber nacido la estrella de Jacob, profetizada por Balaán, para que los Reyes magos, por la vista de una se moviesen á buscar la otra, que estaba encubierta en el portal de Belén, como adelante se dirá; para que á los judíos y á los gentiles, á los pastores y á los Reyes, á los pobres y á los ricos, á los que estaban cerca y á los que estaban lejos, fuese manifestado el que nacía para todos, y se juntasen en la misma piedra angular las dos paredes que estaban tan apartadas y tan divisas. No falta quien contemple que otr Ángel fué al limbo á anunciar á los

Santos Padres que en él estaban el nacimiento del Señor, aunque esto no lo dice el Sagrado Evangelio; pero sí dice que con aquel Ángel que dió la nueva á los pastores se juntaron otros innumerables Ángeles, cantando por los aires himnos y alabanzas al Rey nacido, y diciendo aquellas palabras tan llenas de misterios: *Gloria sea á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*, para darnos á entender la gloria que se había de seguir á Dios por haberse tanto abatido y humillado, y la paz que habían de conseguir y tener los hombres que de corazón y de grado se abrazasen con el Pacificador del mundo, y debajo de su imperial bandera hiciesen guerra á su carne, al pecado y al demonio. De esta manera celebró el cielo y la tierra la sacrosanta Natividad del Señor, porque era muy justo que todas las criaturas se regocijasen en la venida de su Criador, pues tanto por ella las había ennoblecido, y asimismo para que el hombre conociese que aquel Niño que parecía tan chiquito, tan tierno y tan flaco á los ojos de la carne era Dios verdadero y Rey eterno, y por lo uno sacase la humildad y caridad del Señor, y se la agradeciese é imitase, y por lo otro su soberana majestad y omnipotencia, y le temiese y se admirase viendo que había sabido juntar en uno dos extremos tan distantes, como son Dios y hombre, Virgen y Madre, eternidad y tiempo, cielo y tierra, muerte y vida, y fe de

tan incomprensibles misterios en corazón humano. Porque habiendo Dios de nacer, de esta manera había de nacer, para que por una parte se descubriese su alteza, y por otra nuestra bajeza tuviese remedio y ejemplo.

En qué día de la semana nació Cristo nuestro Redentor no lo explica el Evangelio, y entre los doctores hay varias opiniones; pero lo más cierto es que nació el día del domingo, como lo afirma la sexta Synodo, capítulo viii, y la hora fué después de la media noche, comenzando ya el día natural de los 25 de Diciembre, que se cuenta de media noche á media noche, y antes que comenzase el día artificial, que es de sol á sol; y esto es conforme á la tradición de la Iglesia y al uso de decir misa aquella noche, y lo significan las palabras del Evangelio. En aquel portalico de Belén, escribe Beda que nació de repente en aquella sagrada noche una fuente de agua para servicio de la Virgen recién parida y del Infante, la cual dice que duraba hasta su tiempo, sin haberse agotado en tantos años. Aquel vil establo, y más precioso que todos los palacios de los Reyes, fué tenido en suma veneración de los cristianos, y en él se edificó una iglesia muy suntuosa, y toda aquella cueva se vistió de ricas piedras de mármol, y el pesebre, que era de madera, fué llevado á Roma y colocado en una capilla del templo de Santa María la Mayor, donde hoy día está debajo del altar, y es

reverenciado de todo el pueblo cristiano con gran devoción.

No se contentó el Señor con habernos dado un ejemplo de pobreza y humildad tan espantosa en su nacimiento; mas viendo que nuestra soberbia y vanidad, que Él venía á derribar, era tan grande, quiso darnos otro mayor en su dolorosa circuncisión ocho días después de haber nacido; porque en el nacimiento tomó figura de hombre pobre y vil, y en la circuncisión de pecador; pues la circuncisión se había instituído para remedio de pecados, y el que tomaba aquella medicina daba á entender que estaba enfermo. Mas como el Señor venía para pagar por nuestras culpas y lavar con su sangre las manchas de nuestros pecados, fué tan inestimable su caridad y el deseo que tuvo de nuestro bien, que no le sufrió el corazón aguardar el tiempo en que se había de sacrificar por nosotros en la cruz, porque le parecía que tardaba mucho; antes quiso luego, con la sangre que derramó en su circuncisión, darnos prenda de su amor y la señal de la paga que por entero había de hacer en el fin de su vida. Quiso también ser circuncidado para mostrar que era hombre y del linaje de Abraham, y que la circuncisión de la carne hasta aquel tiempo había sido buena y ordenada de Dios, y librarnos de la obligación de ella y enseñarnos otra más alta y espiritual significada por la corporal circuncisión. Hízose esta circuncisión

(como se cree) en el mismo portal de Belén donde había nacido, y allí se muestra el lugar donde se hizo, porque no estaba señalado templo ni lugar particular por ley alguna donde la circuncisión se hubiese de hacer.

Mas para que entendamos quién es este Niño que es circuncidado y toma traje de pecador, dice el santo Evangelio que le pusieron nombre y le llamaron Jesús, que quiere decir *Salvador*, y que este nombre no se le dieron los hombres, sino el Padre Eterno, y que el Ángel le trajo del cielo y le anunció aún antes que fuese concebido en las entrañas de su Madre, y fué cuando, saludándola el Ángel, le dijo que concebiría en su vientre y pariría un hijo y que le llamase Jesús, y lo mismo dijo á San José, añadiendo la causa de este nombre: *porque Él había de salvar de los pecados á su pueblo*, para que por aquí entendamos que no tenía pecado el Salvador de pecados, y que el ser Jesús lo tenía de suyo, y el ser circuncidado y el tomar hábito de pecador de nuestra culpa y miseria la cual venía á remediar.

Pasados otros cinco días después de la circuncisión y trece después del Nacimiento del Señor, llegaron á Belén los Reyes Magos, que venían á buscarle desde Oriente movidos de la estrella que dijimos haber aparecido en aquella región al mismo tiempo que nuestro Redentor nació; porque movidos los Magos de la vista de

aquella nueva estrella, y admirados de su grandeza y claridad, y alumbrados interiormente con otra luz superior y divina, entendieron que en las partes de Judea había nacido un nuevo Rey y Salvador del mundo; y con el impulso del Espíritu Santo, dejando sus Estados, comodidades y regalos, se pusieron en camino y le vinieron á buscar guiados por la misma estrella; y habiéndoseles escondido, entraron en Jerusalem y publicaron lo que habían visto, preguntando dónde estaba el que había nacido Rey de los judíos, con las cuales nuevas se turbó Herodes y toda la ciudad de Jerusalem; y después de haber consultado aquel negocio con los escribas y sabios de la ley, y entendido que el lugar señalado por los Profetas para el nacimiento de este gran Rey era el pequeño pueblo de Belén, examinando á los Magos muy particularmente el Rey Herodes de todo lo que pertenecía á aquella jornada, les avisó con engaño que, hallado el Niño, volviesen á él, porque él también le fuese á adorar. Y con esto se partieron los Magos de Jerusalem y prosiguieron su camino, llevando la misma estrella por guía que se les tornó á aparecer, y fué delante de ellos hasta que llegaron á aquella pobre choza donde estaba Dios humanado. Y no escandalizándose ni turbándose con la pobreza que hallaron, ni con la vileza del establo y abatimiento del pesebre, conociendo con la lumbre de la fe que aquel Niño era Dios,

se postraron y le adoraron, y ofrecieron ricos dones de oro, incienso y mirra de que abundaba su patria, para significarnos los otros dones mayores que ellos ofrecían al Señor y los misterios que reconocían en Él, significados por el oro, incienso y mirra que le ofrecían; y despidiéndose de aquel Santo Doncel y Doncella, y dejando sus corazones en aquel pesebre, se volvieron á su patria por otro camino diferente, como el Ángel les había revelado que lo hiciesen.

En la misma pobre casilla ó cueva estuvo el Señor del mundo cuarenta días después de nacido, porque la ley obligaba á las paridas que no saliesen de su casa hasta que fuese tiempo de purificarse é ir al templo, que en las que parían hijo era de cuarenta días y en las que hija ochenta; y la Virgen Sacratísima, aunque no estaba obligada, guardó perfectísimamente esta ley, y á los cuarenta llevó á su benditísimo Hijo, y le presentó en el templo como á primogénito para cumplir con otra ley que mandaba que todos los primogénitos fuesen presentados y ofrecidos al Señor, y que los que no eran de la tribu sacerdotal de Leví fuesen rescatados con cinco siclos (moneda de aquel tiempo), para que con esto se acordasen los hebreos de aquel gran beneficio que habían recibido de Dios en la salida de Egipto, cuando Él con tan fuerte y poderosa mano mató á todos los hijos primogénitos,

así de los hombres como de las bestias de aquel reino; porque, puesto caso que Cristo, como legislador y señor de la ley, no estaba sujeto á esta ley, pero por darnos en todo ejemplo de obediencia se sujetó á ella, y quiso que su purísima Madre le acompañase y obedeciese á la ley de la purificación de las paridas, que tampoco le obligaba, curando nuestra desobediencia con su obediencia, y comenzando ya con esta ocasión á manifestarse más y consolar al santo viejo Simeón y aquella piadosa viuda y devota Ana, que de día y de noche no se ocupaba sino en hacer oracion en el templo para que con lo que en él se hizo y se dijo se fuese poco á poco extendiendo la noticia y fama del Salvador, y los hombres se fuesen acostumbrando á ver aquella luz que por ser tan soberana é inmensa, sus ojos, tan flacos, no pudieran ver repentinamente.

Acabado el misterio de la presentación de Cristo y de la purificación de la Virgen en el templo, dice el Evangelista San Lucas que volvieron á Galilea y á su ciudad de Nazaret, adonde no se sabe los meses ó días que estuvieron; porque como Herodes se vió burlado de los Magos y entendió el rumor que había habido en Jerusalem con la presentación del Niño en el templo, y con lo que los santos viejos Simeón y Ana de Él habían dicho y publicado, por asegurar su reino determinó de matar al que temía que se le

había de quitar; y porque no sabía dónde estaba, ni se pudiese escapar aquel Niño que él buscaba, se resolvió pasar á cuchillo á todos los niños inocentes que en aquel tiempo habían nacido, como lo hizo con bárbara fiereza y crueldad. Pero el Señor, que no quería morir sino al tiempo que Él mismo había determinado, ni hacer milagros en su niñez, ni usar de la potestad divina, sino de la flaqueza y dispensación humana, reveló por medio de un Ángel á San José aquel peligro, mandándole que huyese á Egipto y estuviese allí hasta que otra cosa le ordenase, aunque no faltan santos y graves doctores que dicen que esta revelación se hizo á San José luégo que se partieron los Magos. Obedeció prontísimamente el santo Patriarca al mandato divino, y se levantó de noche, sin escandalizarse ni turbarse por aquella novedad y huida apresurada, y con el Hijo y la Madre tomó el camino para Egipto, huyendo Dios del hombre, y el verdadero Rey y Señor del mundo del tirano y usurpador del reino ajeno, por dar ejemplo á sus siervos que á sus tiempos huyan y se escondan, y no se espanten si son perseguidos de los malos. También dice el Santo Evangelista que ordenó Dios esta ida de su benditísimo Hijo á Egipto para que se cumpliese lo que había dicho el Profeta Oseas: *De Egipto llamé á mi hijo*; lo cual, aunque á la letra se entiende del pueblo de Israel, también declara el Evangelista que se debe entender de Cristo. En este camino

cuentan Sozomeno y Nicéforo que, llegando Cristo Nuestro Señor con la Sacratísima Virgen á Hermópoli, ciudad de Tebaida, hallaron á la puerta de la misma ciudad un árbol grandísimo, llamado Persis, en el cual adoraban los gentiles al demonio, y que luego bajó sus altas ramas hasta el suelo como adorando al Señor, y que le quedó tanta virtud que con sus hojas, fruto y corteza sanaba después cualquiera enfermedad; y Burcardo añade que entre las ciudades de Heliópoli y Babilonia había un huerto de bálsamo que se solía regar de una pequeña fuente, en la cual era fama que Nuestra Señora muchas veces había lavado á su precioso Hijo y sus paños, y una piedra en que los extendía y enjugaba; y que no solamente el agua de aquella fuente tenía maravillosa virtud, sino también otras aguas que se mezclaban con ella, y que hasta los mismos sarracenos tenían en gran veneración aquel lugar; y para conservar la memoria de haber estado Jesucristo nuestro Redentor allí, pusieron una lámpara que en él ardiese perpetuamente. A la entrada del Niño Jesús en Egipto, todos los demonios que de aquella provincia estaban apoderados temblaron, entendiendo que había venido el que los había de destruir y quitar el señorío y trono que tenían tan asentado en los corazones de los egipcios, que eran aún más ciegos y supersticiosos que los otros gentiles, y adoraban á los demonios en las serpientes y en otras sabandijas y cosas

vilísimas. Así lo dice Eusebio Cesariense, Atanasio y Orígenes, y aun otros graves autores refieren que, no solamente los demonios invisiblemente se turbaron, pero que sus simulacros y estatuas en algunas partes cayeron á la presencia del Salvador, y Paladio refiere que en la ciudad de Hermópoli había un templo en el cual á la entrada del Salvador todos los simulacros de los demonios cayeron y se desmenuzaron é hicieron pedazos; y San Epifanio, en la vida de Jeremías, dice que este Profeta avisó á los sacerdotes de Egipto que todos los ídolos caerían y se harían pedazos al tiempo que una doncella, Madre de Dios, con el Hijo que había parido entrase en Egipto, y lo mismo escribe Doroteo, Obispo de Tyro, y que los egipcios por este oráculo solían adorar al Niño recostado en el pesebre y á la Virgen en una cama; y es cosa certísima que de tal manera fueron desterrados los demonios de aquella tierra, que antes era tan estéril, desierta y espinosa y llena de abominables vicios é idolatrías, que después se convirtió en un paraíso de deleites y en un jardín de flores y plantas suavísimas de cristianos, y monjes y varones perfectísimos por la predicación de San Marcos y por la institución de San Antonio y de otros santísimos anacoretas que la cultivaron y habitaron; y esto en virtud de Cristo y de su benditísima Madre, que con su presencia la ilustraron y la echaron su bendición.

Estuvo el Señor en Egipto todo el tiempo que vivió Herodes, que, aunque no se puede saber de cierto cuánto fué, la más probable y común opinión es que fueron como siete años. Al cabo de los cuales, siendo ya muerto el Rey Herodes, el Ángel apareció á San José y le mandó que volviese á Judea con el Hijo y con la Madre, y él lo hizo; y sabiendo que Archelao reinaba en ella en lugar de su padre, á quien había sucedido, avisado en sueños desvió su camino hacia la provincia de Galilea y volvió á Nazareth, y allí hizo su morada, y la Santa Iglesia hace memoria de esta vuelta del Señor de Egipto á Judea, y la celebra á los siete de Enero, como se ve en los Martirologios Romano, de Beda y Usuardo.

De Nazareth venía el Señor cada año con sus Padres á Jerusalem, porque aunque reinaba Archelao (como dijimos) y se podía temer alguna violencia, pero el ser pobres y desconocidos, y venir entre tanta gente para sólo visitar el santo templo sin detenerse en Jerusalem, les daba seguridad, y mucho más el moverlos el Señor, sin cuya voluntad no podía suceder cosa al Hijo que diese cuidado á sus Padres, los cuales le tenían grandísimo de guardar los mandamientos y ceremonias de Dios, posponiendo cualquiera otro temor y trabajo al cumplimiento de su divina ley. Pero siendo ya de doce años, y queriendo dar alguna muestra de sí y comenzar á esparcir los rayos de su divina luz y sabiduría, habiendo

venido, como acostumbraba, con ellos á Jerusalem y visitado el santo templo, al tiempo que partían sus Padres se quedó Él; y después de haberle buscado con muchos suspiros, gemidos y lágrimas entre sus conocidos y amigos dentro y fuera de la ciudad, finalmente le hallaron, pasados tres días, en el mismo templo entre los doctores, oyendo lo que decían y preguntándoles, y respondiendo á sus dudas con admiración y espanto de todos, que no sabían cómo en tan pocos años resplandecía tanto peso, madurez y sabiduría. Y habiendo la Santísima Virgen y Madre quejándose amorosamente con su Hijo de la pena que les había dado, y díchole aquellas dulces y tiernas palabras: *Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así con nosotros? Que vuestro padre y yo os habemos buscado con dolor*, Él le respondió que lo había hecho por acudir y ocuparse como debía en las cosas de su Padre; y aunque no entendieron estas palabras los otros, la Virgen las conservó en su corazón, rumiándolas y considerando los profundos misterios que en ellas se encerraban. De aquí dice San Lucas que volvió el Señor á Nazareth y que era sujeto á sus Padres.

Vivió en la casa de su bendita Madre, en la cual fué concebido, y por haber habitado en Nazareth fué llamado Nazareno, y mucho más por lo que este nombre significa en hebreo, que quiere decir *florido*, *Santo*, y *apartado*; porque Él era la flor que nació en la vara de José, que nunca

se seca ni marchita, y el Santo de los Santos ajeno y apartado de todo pecado. Y puesto caso que por escarnio se puso este nombre en el título de la Cruz y que los gentiles hacían burla de él; pero los Ángeles y los Santos Apóstoles le tuvieron en suma veneración, y los fieles se preciaron en llamarse nazarenos en la primitiva Iglesia, hasta que después tomaron el nombre de cristianos, y la misma Iglesia y religión cristiana fué llamada secta de nazarenos. Pero lo que pone espanto en las palabras del Evangelista es decir que Cristo era súbdito y sujeto á sus padres, no solamente á la Virgen, que era su verdadera Madre, sino por amor de la Virgen también á José, que aunque no lo era, era tenido por Padre suyo, dándonos en todo ejemplo de humildad, y de lo que debemos hacer con nuestros mayores, y la obediencia que deben los hijos á sus padres; pues como bien pondera San Bernardo, el Rey del cielo se sujetó al polvo de la tierra y á su criatura el Criador. También nos quiso enseñar que los superiores, no por serlo, se deben tener por mejores que sus súbditos, pues Cristo fué súbdito á María y á José. Era San José un pobre carpintero, y los Santos que tratan de la vida de Cristo contemplan cómo ayudaba en su trabajo á San José, y servía á sus padres en las cosas necesarias de casa, y se regalan considerando el encogimiento y confusión que tendrían los que le mandaban, y la prontitud

y alegría con que el Señor obedecía, y aun añaden algunos que después que murió San José (que debió ser en el tiempo de esta sujeción y silencio de dieciocho años, del cual no hablan palabra los Evangelistas) el Señor ejercitó por sí aquel mismo oficio de carpintero; porque no solamente fué llamado hijo de carpintero, sino también carpintero, como dice San Marcos, para que nos admiremos de la oculta dispensación del Hijo de Dios en nuestra carne, é imitemos y le agradezcamos el abatimiento y silencio de tantos años que por nosotros guardó; pues siendo la Sabiduría y Verbo eterno del Padre, no quiso hablar ni manifestar con pública predicción quién era hasta que tuvo treinta años de edad, pasando la vida en suma pobreza, disimulación y silencio.

Pero á los treinta años, siendo ya llegada la hora determinada de Dios y el tiempo en que el juicio del hombre suele estar más maduro, vino el Señor de Galilea al río Jordán para ser bautizado de San Juan Bautista, poniéndose en el número de los pecadores para darnos otro ejemplo de humildad, y como Él mismo dijo á San Juan (que por verle estaba atónito) para cumplir enteramente la justicia evangélica que en esta humildad resplandecía, y no menos para santificar y enriquecer con nueve dones á San Juan y autorizar con su presencia aquel bautismo que disponía para el suyo, y para que no

pareciese grave al siervo venir al bautismo de su Señor, pues el Señor había venido al bautismo de su siervo, y para consagrar con el tocamiento de su carne purísima las aguas que habían de servir para regeneración de los fieles, y para hacerlos hijos de Dios y enseñar á los predicadores evangélicos que antes de subir al púlpito y emprender el ministerio de la predicación procuren purificarse y estar limpios de toda mancha de pecado, y, finalmente, para que con la ocasión del bautismo se abriese (como se abrió) el cielo, y bajase el Espíritu Santo en figura de paloma sobre el Señor, y el Padre Eterno, con aquella voz magnífica y sonora, diciendo aquellas palabras: *Este es mi Hijo querido, en el cual me he agrado, y por quien me aplaco y reconcilio con el hombre*, diese testimonio que Cristo era su natural, verdadero y consubstancial Hijo, y con la autoridad de toda la Santísima Trinidad quedase como graduado y señalado por maestro, y doctor y preceptor del mundo.

Quedó con el bautismo del Señor santificado el río Jordán, y por esto, y por la virtud de sanar milagrosamente los enfermos que después en él se lavaban, ilustrado y celebrado con gran veneración de todos los fieles, y algunos Santos por este respecto tuvieron devoción de bautizarse en el río Jordán, como San Basilio y otros, y Gregorio Turonense afirma que en cierta parte de él, donde Cristo nuestro Señor se bautizó,

lavándose los leprosos quedaban limpios y sanos.

Mas aunque Cristo nuestro Redentor, con el testimonio de la Santísima Trinidad, estaba ya declarado por Maestro del mundo (como dijimos), no quiso comenzar á ejercitar tan alto y soberano oficio hasta habernos dado otro ejemplo para enseñarnos más con obras que con palabras. Retiróse al desierto movido de su mismo espíritu para desafiar al príncipe de los demonios y entrar en campo y pelear con él y vencerle, para que por aquí entendamos que el hombre en el bautismo es armado para la guerra, y que los mayores dones que recibe de Dios son vísperas de mayores batallas, y que no hay nadie que se escape de tentaciones por santo que sea, ni desmaye, ni se ahogue por ser tentado, pues fué tentado el Señor y venció al tentador, y le rindió y le desarmó de tal manera que si nosotros no queremos no podemos ser vencidos, pues tenemos tal ayudador y padrino que nos mostró con su ejemplo cómo habemos de pelear, y con su espíritu nos da armas con que peleemos y venzamos.

Este desierto donde ayunó el Salvador escriben que está entre Jerusalem y Jericó, y los cristianos le llaman Cuarentena, por los cuarenta días que allí estuvo, y á dos millas de allí está el monte de donde el demonio mostró al Señor los reinos del mundo, y le prometió de dárselos si le adoraba, y llámanle *el monte del Diablo*.

Ayunó, pues, el Señor cuarenta días con sus noches sin comer bocado, como lo habían hecho Moisés y Elías, y santificó con su ayuno la sagrada cuarentena que después los cristianos habíamos de ayunar; y al cabo de los cuarenta días tuvo hambre, para manifestar que era hombre y dar ocasión al tentador que le acometiese y tentase, como lo hizo, proponiéndole primero que convirtiese las piedras en pan, y después que se echase del pináculo del templo abajo, para que la gente, viéndole volar por el aire, conociese que era Hijo de Dios; y, finalmente, ofreciéndole todos los reinos del mundo si se echaba á sus pies y le adoraba. Pero todas tres veces salieron en vano sus acometimientos, y huyendo el demonio, el Señor quedó vencedor y triunfador, y los Ángeles del cielo, que estaban á la mira, vinieron á servirle y le trajeron de comer.

De este desierto salió el Señor victorioso, habiendo ya rendido á nuestro enemigo, para que nosotros le venciésemos, y luego comenzó á ejercitar la obra que su Padre Eterno le había encomendado, y á llamar discípulos que le sirviesen en ella, y habiendo aprendido de tal maestro la doctrina del cielo la derramasen por el mundo, al cual Él venía á alumbrar y á librar de las horribles y lastimosas tinieblas en que estaba sepultado, y atar aquel armado, fuerte y poderoso que se había encastillado en el mundo,

y le tiranizaba con una posesión tan segura que se tenía por su príncipe, y como tal se llamaba. Entre los otros discípulos escogió doce, los cuales llamó Apóstoles, y fueron: Pedro y Andrés, hermanos, Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo el menor, hijo de Alfeo, Simón Cananeo ó Zelotes, Judas Tadeo y Judas Iscariote, y para escogerlos se retiró primero á un monte como una legua de la ciudad de Cafarnaum á hacer oración y encomendar aquel negocio tan importante al Padre Eterno. Y por esta elección que allí se hizo, y porque se acogía el Señor muchas veces allí á hacer oración y haber enseñado en aquel sublime y altísimo sermón del monte (que es una suma de toda la doctrina y perfección de la vida cristiana), se llama *el monte de Cristo*. Las armas que tomó nuestro David para pelear y derribar á este fiero y espantoso gigante, fueron su santísima y purísima vida, con que resplandeció entre los hombres; la doctrina celestial y divina que les enseñó, y los milagros innumerables que obró.

La vida del Señor fué tan santa como había de ser la vida del Santo de los Santos y fuente de toda santidad; fué vida de Hombre-Dios: que aunque tomó la naturaleza de Adán, no tomó la culpa de Adán ni las fealdades y manchas con que quedó nuestra naturaleza por el pecado. Mas porque venía como médico á curar

nuestras dolencias y convenía que conversase con los enfermos que venía á curar, y que se acomodase á su flaqueza y miseria, tomó un género de vida común, honesto y moderado, comiendo carne y bebiendo vino, vistiendo lana y lino, aunque pobremente, para que la aspereza y rigor extremado no espanten á los que le habían de tratar y aprovecharse de su doctrina; porque como el Señor no tenía necesidad de penitencia y de austeridad para satisfacer por las culpas que no tenía, ni para reprimir los apetitos de la carne que en nosotros son tan desordenados y rebeldes, y en Él estaban tan concertados y ajustados con la razón y con su voluntad divina, y venía por ejemplo y dechado de todos, quiso tomar un linaje de vida por una parte tan sublime y tan adornado de todas las gracias de caridad, de humildad, de paciencia, de mansedumbre, de menosprecio del mundo y aprecio del cielo, y tan lleno de todas las otras virtudes (en que consiste la perfección evangélica) que no se le pudiese añadir ni imaginar cosa más subida, ni más perfecta, y por otra parte, en lo exterior tan común y familiar que se pudiese imitar; pues el rigor y penitencia corporal no es fin y suma de la perfección cristiana, sino medio conveniente para alcanzarla. Mas porque nosotros tenemos necesidad de este medio por la flaqueza y rebeldía de nuestra carne, en aquella vida común que para nuestro ejemplo

tomó el Señor usó de grande y extremada aspereza, como adelante se verá.

Con esta vida inculpable con que el Señor resplandeció en el mundo se juntó la doctrina celestial y purísima que como maestro venido del cielo predicaba, porque Cristo era doctor del mundo y maestro universal de todos los hombres, y muy aventajado sobre todos los Profetas, Patriarcas y Doctores de la ley, porque todos ellos fueron sus discípulos y no podían bien enseñar sino lo que de Él habían aprendido y oído, y así dijo por Isafas: *Ego ipse qui loquebar, ecce adsum.* Antes hablaba por medio de mis Profetas; ahora veisme aquí, que por mí mismo os enseño. Las partes del buen maestro son buena vida, excelente doctrina y buen modo de proponerla y explicarla. La buena vida para que no se desdore la doctrina, no haciéndose lo que se dice ó no con tanta perfección como se dice. Cristo fué dechado de toda santidad, porque hizo y dijo y pudo decir con verdad: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* Y añadir: *Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?* Porque su vida inocentísima daba peso á su doctrina y la hacía creíble é inexcusable á los que no la creían, pues la misma doctrina que enseñaba era como de tal maestro; porque la sabiduría de Cristo, en cuanto Dios, era divina, infalible, y por vía de entendimiento engendrada de Dios, y en cuanto hombre tenía perfectísima ciencia por razón de la unión al Verbo,

al fin como de alma que estaba viendo claramente á Dios, y así dijo San Juan Bautista: *El que viene del cielo es sobre todos, y da testimonio de lo que vió y oyó.* De esta fuente perenne manaba como río aquella doctrina tan excelente, tan entera y provechosa, y aquella ley evangélica, soberana y divina que Cristo enseñó de palabra é imprimió con su espíritu en los corazones de los hombres, quitando las imperfecciones de la antigua ley y apurándola de la escoria y cosas que por la dureza y rudeza de aquel pueblo se les permitían, y dándonos, no solamente los preceptos y mandamientos necesarios para alcanzar la salud eterna, sino también los consejos más subidos y perfectos, á los cuales anhelan las ánimas santas heridas de Dios, deseando con la guarda de ellos asegurar la guarda de los mandamientos. ¿Quién podrá dignamente explicar la excelencia de la doctrina de Cristo? ¿Aquella tan rica pobreza voluntaria que nos enseñó para cortar de un golpe la raíz de todos los pecados y cuidados, trabajos y negocios del mundo, que es la codicia? ¿Aquella mansedumbre de corderos que excusa todos los odios, iras y rencillas de los hombres? ¿Aquellas piadosas lágrimas con que el ánima es regada y como bautizada, para que dé fruto de vida eterna? ¿Aquella hambre y sed de justicia, que son las primicias de la gracia y las flores que preceden al fruto de las virtudes? ¿Aquella misericordia que, proveyendo las

necesidades ajenas, remedia las suyas? ¿Aquella limpieza de corazón, donde resplandecen los rayos de la divina luz como en un espejo muy claro? ¿Aquella paz y concordia con todos que hace al hombre hijo de Dios? ¿Aquella paciencia y alegría en las tribulaciones y persecuciones, por grandes que sean, la cual levanta al hombre sobre las estrellas del cielo, y le constituye en aquella región de paz y tranquilidad adonde no llegan las peregrinas impresiones y nublados de este siglo tempestuoso, y de donde ve como debajo de sus pies todos los nublados y torbellinos del mundo? ¿Pues qué diré de los otros admirables consejos del Salvador que están esparcidos por todo el Evangelio? ¿El consejo de la castidad, que es imitadora de la pureza de los Angeles? ¿El consejo de no pleitear y perder antes la capa que la caridad con el prójimo y la paz de la conciencia? ¿El consejo de no resistir á los que nos persiguen y estar aparejados para dar el un carrillo á quien nos hiere en el otro? ¿El consejo de hacer bien á los que nos hacen mal y rogar por ellos, que es un traslado é imitación de la infinita bondad y largueza de Dios? ¿Y los demás consejos que el Señor, como consiliario y Ángel del gran consejo, nos dió, y están esmaltados en su divina y admirable doctrina?

Pues la manera de proponer y explicar lo que enseñaba no fué menos excelente y maravillosa que la misma doctrina, juntando por una parte

mucha llaneza y claridad para que los ignorantes y pequeños hallasen pasto proporcionado á su capacidad, y por otra grandísima profundidad para que los entendimientos altivos de los sabios se rindiesen y humillasen, y usando, ya de ejemplos, ya de semejanzas y parábolas, así por cumplir lo que el Profeta de Él había profetizado, como por ser esta manera de enseñar muy usada de los sabios, y más fácil y acomodada para que la gente simple la entienda y se acuerde de ella y se mueva á obrar lo que oyó, y también para cubrir con aquel velo y semejanza los misterios divinos que en su doctrina se encerraban, y no arrojar las piedras preciosas á los puercos. Mas entre todas las excelencias que tuvo Cristo como Maestro y Doctor una fué singular, porque los demás doctores pueden proponer la verdad y enseñar por de fuera, mas no pueden interiormente alumbrar el entendimiento, ni mover la voluntad, ni dar fuerzas para obrar lo que se oye; mas Cristo nuestro Redentor, como era Dios, obraba interiormente en las almas, ilustrando el entendimiento é inflamando la voluntad, y escribiendo en el corazón la misma doctrina que enseñaba, y así le dijo San Pedro: *Señor, ¿adónde iremos, que vuestras palabras son palabras de vida eterna?* Y por esto dice San Marcos que enseñaba como quien tenía potestad y dominio sobre todos y era Señor de los corazones, y de aquí es que á una sola palabra y llamamiento suyo los Apóstoles

le seguían, dejando sus redes, haciendas y negocios. Finalmente, la doctrina de Cristo es el meollo de todos los Profetas, y una suma de toda la Sagrada Escritura; es llave para abrir los misterios inefables de nuestra redención; sol que con su claridad ilustra la oscuridad y sombras de la ley vieja, mar océano de la inmensa sabiduría de Dios, tesoro riquísimo de la Iglesia, pan del cielo, fuente de aguas vivas, luz, medicina, sustento, salud y vida de las almas que de ellas se dejan enseñar.

Y puesto caso que esta doctrina del Señor, por su pureza, alteza, excelencia y majestad, merecía por sí sola ser oída y abrazada de todo el mundo, pero para mayor autoridad y confirmación de ella quiso que fuese acompañada de innumerables, provechosísimos y grandísimos milagros, para que ninguno se pudiese con razón excusar, viendo que Dios era el Maestro y el Aprobador de aquella doctrina, y que eran tantas y tan averiguadas las probanzas y testigos de abono que la confirmaban cuántos eran los milagros que el Señor obraba; los cuales fueron tantos y tan notorios y admirables en el cielo y en la tierra, en el agua y en el aire, en los demonios mandándolos con potestad salir de los cuerpos, y en los hombres vivos y muertos, sanos y cargados de cualquiera género de enfermedad, que no hay lengua que los pueda contar ni ingenio humano que los pueda comprender. Y esos milagros

hacía el Señor en presencia de muchos y de pocos, de sabios y de ignorantes, de amigos y de enemigos. Hacía los en todo tiempo, de día y de noche, en el día de fiesta y en el de trabajo. Hacía los en todo lugar, en el templo y fuera de él, en la ciudad y en el campo, en el monte y en el valle, en la tierra y en el mar. Hacía los algunas veces con sola su palabra é imperio, otras con tacto é imposición de sus manos, y otras haciendo oración y mirando al cielo; unas usando de cosas provechosas, otras de cosas al parecer dañosas, como del lodo para alumbrar al ciego. Hacía los, no por honra vana, ni gloria, ni aire popular, ni por interés temporal, ni por curiosidad vana, mas por la gloria de su Padre Eterno, para el bien de los hombres, para consuelo de los afligidos, para oír los piadosos ruegos de los que le suplicaban, y más á menudo en beneficio de los pobres que de los ricos, porque tenían más necesidad. Hacía los para confirmar (como dijimos) su doctrina y alumbrar con ella los corazones de los que la oían, y despertarlos para que más amasen á Dios, y probar que El lo era, y que lo que enseñaba no era filosofía humana, baja y ratera, sino sabiduría del cielo, altísima, soberana y digna de un Maestro que era hombre y Dios.

El primero de estos milagros que obró el Señor fué en Canaá de Galilea, donde, habiendo sido convidado á ciertas bodas con su bendita Madre y con sus discípulos, la Sacratísima

Virgen avisó á su Hijo de la falta de vino que había para que la supliere, porque no cayesen en vergüenza los novios, que debían ser pobres, y parientes ó conocidos de la Virgen. Y aunque el Señor en apariencia le respondió (no sin gran misterio) con alguna sequedad, pero bien entendió la Madre la intención y voluntad de su Hijo, y ordenó á los que servían que hiciesen todo lo que Él les mandase. El Señor les mandó henchir seis tinajas que allí estaban de agua, la cual se convirtió en delicadísimo y excelentísimo vino; y se publicó el milagro con grande admiración de la gente; y sus mismos discípulos creyeron en Él y le siguieron con más voluntad y alegría que antes, confirmados con el nuevo milagro que habían visto. El cual quiso el Señor obrar por la intercesión de su Madre para que por aquí entendamos que ella es la medianera entre nosotros y su Hijo; la que procura que las aguas de nuestras tribulaciones y afanes se conviertan en vino suavísimo de consolación y dulzura; y que, sin ser rogada acude á nuestras necesidades (como aquí lo hizo), mucho mejor acudirá al remedio de ellas siendo rogada y suplicada con nuestras oraciones. Vino el Señor á las bodas para honrar el matrimonio que Él mismo había instituído y para cerrar las bocas á los herejes, que después le habían de vituperar; y aunque no faltan graves autores que dicen aquellas bodas haber sido de San Juan Evangelista, y que el

Señor le llamó de ellas al apostolado para manifestarnos que puesto caso que el matrimonio es bueno y loable, pero que la virginidad y continencia es mejor y más agradable á Dios, yo más creo que las bodas fueron de otro y que San Juan Evangelista ya antes había sido llamado de Cristo, y que estuvo en ellas como discípulo suyo y no como desposado; porque esto parece más conforme al contexto y orden del Evangelio. Tras este milagro se siguieron todos los otros que cuentan los Sagrados Evangelistas, que fueron tantos y tan varios que el amado discípulo concluye su Evangelio con decir que Jesucristo había hecho otras muchas obras, las cuales, si se escribiesen una á una, serían tantos los libros que no cabrían en el mundo; y por esta causa nosotros no los referimos aquí particularmente por evitar prolijidad. Basta decir que la fama de ellos se derramó por toda aquella tierra, y se extendió por toda la provincia de Siria, como lo dice San Mateo, y llegó á la ciudad de Edessa, donde era Rey y señor Abagaro; el cual, movido de lo que oía decir de los milagros que Cristo nuestro Redentor hacía, y de la salud que daba á todos los enfermos de cualquiera enfermedad que venían á Él, le envió un mensajero con una carta en que le suplicaba que le viniese á ver y sanar de una dolencia que mucho le fatigaba. El tenor de la carta era el que se sigue:

« Abagaro, Rey de Edessa, á Jesús Salvador

benigno, que en la región de Jerusalem apareció en carne, envía salud. — *Dicho me han las maravillas y curas milagrosas que habéis hecho, sanando sin medicinas, ni hierbas á los enfermos, y es fama que alumbráis á los ciegos, y hacéis andar á los lisiados y cojos, limpiáis á los leprosos, lanzáis los demonios y espíritus malignos, dais salud á los que tienen largas y prolijas enfermedades y vida á los muertos. En oyendo esto de vos, pensé ser una de dos cosas: ó que vos sois Dios, que habéis bajado del cielo, ó que sois á lo menos hijo de Dios, que obráis estas cosas tan estupendas y milagrosas. Por tanto me ha parecido de escribiros esta carta, y suplicaros afectuosamente que toméis trabajo de venirme á ver y de curarme de esta dolencia que tanto me fatiga. Y también he sabido que los judíos están mal con vos y murmuran de vuestras obras y procuran haceros algún grave daño. Aquí tengo una ciudad que, aunque es pequeña, es cómoda y noble, y bastará para todo lo que hubiéramos menester los dos.* »

A esta epístola de Abagaro respondió Cristo nuestro Salvador en esta forma:

« *Bienaventurado eres, oh Abagaro, porque sin haberme visto has creído en mí, que eso está escrito de mí, que los que me vieren no creerán en mí, y los que no me vieren creerán y alcanzarán la salud. En lo que me escribes que deseas que te vea, hágote saber que todas las cosas para que fui enviado se han de cumplir en esta tierra donde vivo, y en cumpliéndolas tengo de volver al que me envió.*

Después que yo fuere partido, te enviaré alguno de mis discípulos para que te libre de esa dolencia congojosa, y te dé vida á ti y á los que tienes contigo.»

Estas Epístolas trae Eusebio Cesariense en su historia, las cuales dice que halló en los archivos públicos de la ciudad de Edessa (en la cual reinó el dicho Abagaro) con la historia de sus hechos, y que estaban en lengua siriaca, de la cual él las trasladó en griego. Verdad es que porque estas Epístolas no han sido escritas por ninguno de los Evangelistas, ni tener autoridad canónica, Gelasio Papa las da por apócrifas; pero no por esto las reprueba como falsas, y en San Agustín se hace mención de ellas, y San Efrén, diácono de la misma ciudad de Edessa, autor tan antiguo y tan santo, en su testamento, y Teodoro Estudita en una Epístola que escribe al Papa Pascual, hablan de ellas honoríficamente, y Cedreno asimismo escribe en el compendio de sus historias que en tiempo de Miguel Pafagonio, Emperador (que comenzó á imperar el año de nuestra salud de 1035), se hallaba entera la Epístola que el Señor escribió á Abagaro, y era tenida en gran reverencia, como lo nota en sus anales el Cardenal Baronio; el cual, tomándolo de otros muchos y graves autores, añade que Cristo nuestro Señor envió á Abagaro un retrato é imagen suya hecha, no por mano de hombres, sino milagrosamente, y que por ella obró Dios

muchos milagros, y dió grandes victorias á los cristianos contra los infieles, sus enemigos. En cumplimiento de lo que el Señor prometió á Abagaro en su Epístola, escribe Eusebio que, después de subido al cielo, envió á uno de sus setenta discípulos llamado Tadeo á Edessa, para curar al Rey y á todos los otros enfermos de aquella ciudad, y alumbrarla con la luz del Evangelio y convertirla á su fe, como lo hizo. Todo esto se ha dicho por ocasión de lo que escribe San Mateo: que los milagros del Señor fueron tantos y tan admirables que se divulgaron por toda la Siria ¹.

Pero cuanto más crecía la fama de Cristo, tanto más se encendía y acrecentaba la envidia y odio de los sacerdotes, escribas y fariseos contra Él; porque como la vida del Señor era tan santa y tan contraria á las costumbres de ellos, y con su doctrina deshacía las tinieblas y falsedades

1 Las relaciones de Nuestro Señor Jesucristo con el Rey de Armenia, que refiere Eusebio de Cesarea, y los graves autores citados por el Padre Rivadeneira hallan admirable confirmación en la *Historia de Armenia*, escrita por Moisés de Corcue, que vivió de 370 á 450, publicada en armenio y en latín por Whistón, en Londres, año de 1736. El nombre de aquel Rey era Aragair; su carta á Jesucristo y la contestación hallase en la obra de Moisés de Corcue casi con las mismas palabras que las refiere Eusebio de Cesarea. (*Nota del editor.*)

que ellos habían introducido en aquella república, y Él tan severamente reprendía la ambición, la codicia y los otros vicios abominables que reinaban en sus corazones, como frenéticos volvíanse contra el Médico que los curaba, y los ojos legañosos y enfermos no podían sufrir tan grande resplandor; y como todo el pueblo, admirado de la santidad del Señor y enamorado de sus palabras, y movido de los beneficios que con sus milagros recibía, le magnificase y tuviese en grande veneración, y el crédito y reputación é interés de los escribas y fariseos se menoscabase, era increíble el aborrecimiento que le tenían y lo que deseaban quitársele de delante para asegurar sus engaños y maldades. Procuraron primero tacharle é infamarle con el pueblo en la vida, diciendo que era pecador y amigo de pecadores y de publicanos, y de gente ruin y de mal trato, que no guardaba el sábado y quebrantaba la ley de Moisés; que era hombre regalado y que bebía vino, y que no ayunaban sus discípulos; y, finalmente, que era samaritano, hereje y excomulgado y poseído del demonio. Reprendían su doctrina como contraria á la doctrina de Dios y á lo que Moisés y los antiguos sabios de la ley les habían enseñado. Y puesto caso que los milagros del Señor fuesen tan grandes, tan provechosos, tan claros y patentes que no se podían negar, todavía ellos los calumniaban, ó pidiéndole otros milagros mayores del cielo, ó

diciendo que los hacía en virtud de Belcebú y que tenía pacto con el demonio. Quisieron también cogerle en palabras para tener ocasión de acusarle como sedicioso y turbador de la república, y que aconsejaba que no se pagase el tributo al Emperador romano, y para esto le hicieron aquella pregunta tan maliciosa: Si era lícito pagar el censo al César ó no. Otra vez llevaron consigo soldados y ministros de Herodes, estando predicando el Señor para oír de Él alguna palabra á su propósito y echarle mano y prenderle. Para este mismo efecto le tentaron presentándole á una pobre mujer que había sido hallada en adulterio, y le preguntaron lo que le parecía se había de hacer de ella, para que si respondiese el Señor que la apedreasen (como lo mandaba la ley) le tuviesen por cruel, y si dijese que la absolviesen y perdonasen, por enemigo de la misma ley y saliesen con su intento. Pero como ninguna de sus astucias y marañas les sucediese bien, y todas sus máquinas les saliesen en vano, determinaron de matarle y de quitarle la vida, para lo cual incitó mucho y echó como aceite en el fuego el milagro tan famoso que el Señor obró resucitando á Lázaro, cuatriduano, de la sepultura, con tanto imperio y divina potestad, y por haber sido este milagro tan nuevo, tan espantoso y hecho en persona tan ilustre y tan conocida, y delante de tantos testigos y en un lugar tan cerca de Jerusalem, y con tantas otras

circunstancias que no se podían negar, y muchos por él se convertían y creían en Cristo, hicieron los Pontífices y Sacerdotes, escribas y fariseos su concilio, en el cual por boca del Sumo Pontífice concluyeron que para que todos no pudiesen era necesario que uno muriese; verdad es que ellos mismos no entendieron lo que el Espíritu Santo, que habló por el Sumo Pontífice, pretendía, y que Dios había decretado que nuestro Salvador é Hijo suyo benditísimo muriese en Cruz, para que todo el linaje humano por ella viviese. No pudiera malicia, ni fuerza, ni artificio humano quitar la vida al Señor si Él no quisiera ni ser parte para abreviarla ni para anticipar un momento el tiempo y la hora, que Él, como Señor de los tiempos, había señalado por término de su peregrinación; mas siendo ya llegado el que Él mismo tenía determinado, sirvióse de la mala voluntad de aquellos desventurados que con tanto odio le perseguían para ejecutar por su mano lo que su Divina Majestad quería. Y así, después de haber gastado tres años predicando y esparciendo, como verdadero sol de justicia y luz del mundo, los rayos de su celestial doctrina, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, de villa en villa, ya en Judea, ya en Galilea, ya en Samaria, buscando como buen pastor por montes y valles la oveja perdida, y padeciendo inmensos trabajos, pobreza, frío, calor, cansancio, persecuciones, contradicciones y calumnias,

enseñando de día y orando de noche, y tratando siempre los negocios de nuestra salud como verdadero Padre, Remediador y Salvador nuestro, para acabar y dar cumplimiento y perfección á lo que tanto deseaba y el Padre Eterno tanto le había encomendado, Él mismo por su voluntad se entregó en manos de los pecadores. Para esto vino al lugar donde Él se quería sacrificar, que era la ciudad de Jerusalem, para que su Pasión fuese tanto más ignominiosa cuanto el lugar era más público y el día más solemne. Pero quiso esta vez entrar á caballo en una asna y un pollino, y ser recibido con gran fiesta y solemnidad con ramos de olivos y de palmas, y con tender muchos sus vestiduras por tierra y clamar todos á una voz: *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas*, para mostrar por una parte su humildad, pues entraba en una pobre cabalgadura, y por otra la alegría de su corazón por ver que ya se llegaba la hora de nuestra redención y de aquel suavisimo sacrificio que en el altar de la Cruz Él había de ofrecer por obediencia y honra de su Padre, y no menos para declararnos la mutabilidad y grande inconstancia del hombre, y que no hay que fiar en el mundo, pues tan fácilmente se muda y pide que sea crucificado y pospuesto á Barrabás, el que cinco días antes recibió como á hijo de David y Santo de los Santos. Y aun el mismo día que el Salvador fué recibido en Jerusalem con

tan grande pompa y regocijo, revolviéndose toda la ciudad, después entrando, y estando en el templo hasta la tarde (como significa San Marcos y lo notó la glosa), no hubo persona que le convidase á comer, y así le fué necesario irse ayuno á Betania á la casa de Marta y Magdalena, sus devotas huéspedes, y de allí luégo la siguiente mañana volvió á Jerusalem por la sed y encendido deseo que tenía de su bien.

Llegado, pues, el día en que se comía el cordero pascual, quiso cumplir con aquella ceremonia de la ley, y dar fin á las sombras y figuras, y ser sacrificado como verdadero Cordero que quita los pecados del mundo en el lugar y tiempo que se sacrificaba el cordero místico, y después de haber cumplido con la cena legal instituyó la otra misteriosa é inefable de su Cuerpo y Sangre. Pero antes dice el Evangelista San Juan que, hecha la Cena, sabiendo Él que todas las cosas había puesto el Padre en sus manos y que había venido de Dios y volvía á Dios, se levantó de la Cena y quitó sus vestiduras, y tomando un lienzo se ciñó con él y echó agua en un baño, y comenzó á lavar los pies de sus discípulos y limpiarlos con el lienzo con que estaba ceñido, porque á su despedida quiso este Señor darnos mayores muestras de su inmensa caridad y suavidad, y con su ejemplo encomendarnos más la humildad, que es el fundamento de todas las virtudes, y propia de la perfección y excelencia

cristiana. Para eso, con aquellas mismas manos con que había criado el cielo y la tierra, y en cuyo poder el Padre había puesto todas las cosas, como olvidado de su Majestad se arrojó á los pies de unos pobres pescadores, y comenzó á lavarlos, y no se desdennó de hacer este vil oficio con aquel que le tenía vendido por tan bajo precio, para rendirle (si pudiese) con esta inestimable caridad y humildad. Acabado el lavatorio de los pies y de exhortar á los discípulos á hacer unos con otros lo que habían visto que Él había hecho con ellos, ordenó el santísimo y admirable Sacramento del altar, echando de sí rayos y llamas de amor; porque como el Señor ama á la Iglesia su Esposa con un amor tan entrañable y tan encendido é inmenso que no hay lengua criada que lo pueda declarar, habiéndose de partir de ella, el mismo amor le hizo hallar una invención tal que, partiéndose de esta vida, quedase con ella para nuestra compañía, para nuestro regalo, mantenimiento y vida espiritual, y para un perpetuo memorial de lo que había hecho y padecido por nosotros. Pero lo que se debe mucho advertir es que en la misma noche de su Pasión, cuando al Señor le estaban aparejando los mayores trabajos y dolores del mundo, Él nos aparejó este suavísimo y divino bocado; porque la presencia de la muerte y de tantos trabajos como le estaban aguardando, no ocupó ni turbó su corazón de tal manera que los

tormentos que Él quería padecer por su caridad fuesen parte para disminuir ó entibiar aquella misma caridad con que los había de padecer.

Después de la institución de la Sacrosanta Cena y de un largo y profundo sermón que hizo el Señor á sus discípulos, habiendo dado gracias al Padre Eterno, vino con ellos al huerto que se dice Gethsemaní, y dejando á los demás tomó consigo á San Pedro y á Santiago y á San Juan como más familiares suyos; y comenzó á temer y entristecerse, y díjoles: *Triste está mi ánima hasta la muerte; esperadme aquí y velad conmigo*; dándoles á entender como á amigos la profunda y vehemente congoja en que estaba su ánima, la cual el mismo Señor tomaba por su voluntad, dejando padecer á su humanidad todo aquello que padeciera si no estuviera unida con su divinidad. Y para darnos ejemplo que en todos nuestros trabajos acudamos á la oración y nos pongamos en las manos de Dios, adelantándose como un tiro de piedra de los tres discípulos, se postró en tierra, y caído sobre su rostro, oró y dijo: *Padre mío, si es posible, pase este cáliz de mí; mas no se haga como yo quiero, sino como tú*; para enseñarnos que puesto caso que nuestra naturaleza flaca y miserable sienta sus penas y desee salir de ellas, pero que esforzada y alentada con el favor de Dios se ha de poner en sus benditas manos y no querer más que lo que Él quiere; pues cualquiera cosa que nos viniere de tan amoroso y

celestial Padre ésa será la que más conviene para su gloria y nuestro bien.

Hecha esta oración tres veces, á la tercera vez fué puesto en tan grande agonía que comenzó á sudar gotas de sangre, que corrían por todo su sacratísimo cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra, que es argumento evidente de la inmensidad de los dolores de Cristo y de la terribilidad de los tormentos que padeció por nosotros, pues sola la representación de ellos hizo un efecto tan nuevo y tan extraño en aquel Señor, que es la virtud y fortaleza de Dios. Mas como su caridad era tan grande, y Él deseaba la gloria de Dios y el remedio del hombre con sumo deseo, viendo que cuanto mayores dolores padecía por nuestros pecados tanto más enteramente satisfacía á la honra de Dios ofendido y más copiosamente redimía al hombre culpado, quiso que sus dolores fuesen acerbísimos, para que así fuese más perfecta nuestra redención. Por esta causa cerró todas las puertas por donde le pudiese entrar algun ramo de alivio, y se entregó á la corriente de todos los tormentos y dolores. Congojábanle todos los pecados de todo el género humano y de cada uno de los hombres, desde el principio del mundo hasta el fin, que tenía delante de sus ojos, y eran tantos como las arenas del mar y tan enormes y abominables; afligíale la ingratitud y desconocimiento de aquel pueblo hebreo que tan mal le pagaba los beneficios que

de Él había recibido, y su ruina y perdición; lastimábale el saber que la mayor parte del mundo no se aprovecharía del precio de su sangre, y quedaría obligado por su culpa á tanto mayores y más graves penas cuanto el beneficio de su Pasión había sido más inestimable y digno de perpetuo servicio y agradecimiento. Pues la tristeza y desconsuelo de su benditísima Madre, la dureza y obstinación y eterna condenación de Judas, la flaqueza y caída de Pedro, el desamparo, pusilanimidad y huida de todos los discípulos, no poco angustiaban el amorosísimo y benignísimo corazón del Señor. El cual, por la delicadeza y complexión de su cuerpo (que así como había sido formado por virtud del Espíritu Santo, así fué el más perfecto y más bien complexionado de todos los cuerpos y más sensible y delicado), se afligía más que los otros hombres con el horror de la muerte que tenía presente; el cual es tan natural en el hombre cuanto lo es el amor de la vida, y más de tal vida como era la del Salvador, que merecía ser amada más que todas las vidas criadas. Y como con esto se juntase el género de la muerte, que era de cruz penosísima y afrentosísima, y concurriendo en ella tantas maneras de injurias y tormentos, no es maravilla que en aquella hora diese el Salvador lugar, por su voluntad, para que la imaginación y representación viva de ellos en cierta manera como oscureciese aquel Sol de justicia y mudase

la figura de su sagrado rostro, y que su ánima fuese tan angustiada, y su carne delicadísima tan oprimida del dolor, y sus sentidos tan turbados que todo su cuerpo se destemplase y se abriese por todas partes, y que su sangre con tanta abundancia corriese hasta la tierra. Todos sus miembros comenzaron á sentir el tormento particular que cada uno de ellos había de sufrir, porque allí se le representó que la cabeza había de ser coronada con espinas, los ojos oscurecidos con lágrimas, los oídos atormentados con injurias, las mejillas heridas con bofetadas, el rostro con salivas, la lengua jaropeada con hiel y vinagre, los cabellos y la barba mesada, las manos traspasadas, el costado abierto con una lanza, las espaldas molidas con azotes, los pies atravesados con duros hierros, los miembros descoyuntados, y, finalmente todo el cuerpo afeado, ensangrentado y estirado en la Cruz; y todo esto se le representó con tanta viveza y vehemencia como si entonces todo lo padeciera; y con una divina y milagrosa dispensación, gozando su santísima alma de la perfecta visión de Dios, y siendo bienaventurada, quiso Él que gustase tragos de tanta amargura para más copiosa redención y paga de nuestros pecados, y para mostrar que era verdadero hombre y que tomaba la flaqueza de nuestra naturaleza para vestirnó de la fortaleza de su divinidad, y que aquel cálmiento que mostraba en tan riguroso trance, y aquella congoja y ansia que tanto apretaba su

corazón era nuestra, y la fortaleza y constancia que habían de tener los mártires en sus tormentos no era suya de ellos, sino de este Señor.

No fué oído el Hijo querido del Padre en esta petición según la voluntad de la parte inferior, que rehusaba el padecer, aunque fué oído según la porción superior que quería que se cumpliese en todo su santa voluntad, para que por aquí entendamos que muchas veces es mayor gracia el negarnos Dios lo que le pedimos, según nuestra flaca y desordenada naturaleza, que el concederlo; y que todas nuestras peticiones se han de referir á Él y limitarse con el beneplácito de su divina voluntad. Mas aunque el Padre Eterno no libró á su Hijo benditísimo de aquel afán y agonia, envióle un Ángel del cielo (que San Buena-ventura dice que fué San Miguel) para que le confortase y esforzase, y le propusiese el decreto de la divina voluntad, la gloria que á Dios resultaría, y el beneficio que haría á todo el linaje humano por medio de su Pasión, y la victoria y triunfo que alcanzaría del demonio, de la muerte y del pecado, y que por aquel abatimiento y tormento de la Cruz su nombre sería ensalzado y adorado de toda criatura, para que en este paso no menos nos admiremos de la humildad de este benignísimo Salvador nuestro, el cual siendo Rey de todos los Ángeles, como si estuviera olvidado de su soberana majestad, quiso ser confortado de uno de sus criados, y siendo fortaleza del Padre

y el que con su poder rige y sustenta el mundo, recibir alivio y consuelo de un Ángel, porque cuanto á la naturaleza humana se había hecho inferior á los Ángeles, y juntamente aprendamos que siempre la oración (cuando se hace como se debe) tiene su efecto; porque, ó Dios nos libra de la tribulación cuando se lo suplicamos, ó nos da fuerzas para sufrirla y llevarla con paciencia y alegría, que (como dice San Gregorio) es otra mayor gracia que si nos otorgase lo que le pedimos y nos librase de la tribulación.

Pues como el Salvador, sabida la voluntad determinada del Padre Eterno, acabase su prolija y afectuosa oración, levantóse del suelo (donde después se edificó un templo, como dice San Jerónimo) dejando en una piedra que allí estaba impresas las señales de sus rodillas, y vino á sus discípulos y díjoles: *Dormid ya y descansad: veis aquí llegada la hora y el Hijo de la Virgen será entregado en manos de pecadores.* Estando aún hablando con ellos, vino Judas acompañado de mucha gente de armas para entregarle en sus manos. Adelantóse el Señor como buen pastor para guardar á sus discípulos, y fué al encuentro de sus enemigos, y preguntóles á quién buscaban; y como respondiesen que á Jesús Nazareno, Él les dijo: *Yo soy;* y en oyendo esta palabra, volvieron atrás y cayeron de espaldas, y no se levantarán si el mismo Señor, que con una sola palabra los había derribado, no les diera licencia

para levantarse. Pero así como en lo uno mostró su poder, así en lo otro manifestó su piedad y que voluntariamente quería padecer; porque, después que se levantaron, tornó otra vez á preguntarles á quién buscaban; y como ellos le diesen la misma respuesta, les mandó que no tocasen á ninguno de los suyos. Y Judas, llegándose al Salvador, le dijo: *Dios te salve, Maestro*, y dióle paz en el rostro; y el dulcísimo Jesús, considerando que Judas le servía de copero y le daba el cáliz que el Padre le había aparejado, aunque sus entrañas y sus obras eran de enemigo, con increíble mansedumbre le dijo: *Amigo, ¿á qué viniste?* San Pedro, que había estado mientras el Señor oraba lleno de sueño y dormido, como vió la mucha gente armada que venía á prender á su Maestro, desenvainó una espada que traía é hirió á un criado del Pontífice llamado Malco, y cortóle la oreja derecha. Dijo entónces Jesús á Pedro: *Mete la espada en su vaina; ¿el cáliz que me dió mi Padre no quieres que beba?* Con estas palabras, y con otras que le dijo mostrando que el padecer era voluntad suya y no flaqueza, y que si quisiese tendría ejércitos de Ángeles para su defensa, le reprimió el Señor, y tocando la oreja de Malco le sanó; y volviéndose á los príncipes de los sacerdotes y del templo, y á los ancianos que habían venido á Él, les dijo: *Como á ladrón salisteis á mí con espadas y lanzas, mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*, porque

por aquella hora fué entregado aquel mansísimo é inocentísimo Cordero á los lobos carniceros y á los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus siervos y ministros ejecutasen en Él todos los tormentos y crueldades que quisiesen, no con excepción de la vida, como fué entregado el Santo Job en poder de Satanás, mas para que sin limitación alguna de vida ni de muerte empleasen su rabia contra aquella santa humanidad. Comenzaron luégo á ejecutarla echando mano del Señor de todo lo criado, y atando fuertemente sus benditísimas manos con unos lazos corredizos hasta desollarle los cueros de los brazos y hacerle reventar la sangre, y así le llevan atado por las calles públicas con grande ignominia y gritería. Llévanle avergonzado y desautorizado, medio andando, medio arrastrando, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, el color mudado, el rostro encendido; mas con gran mesura y gravedad en sus ojos, y con un semblante divino, que en medio de tantas descortesías y afrentas nunca pudo ser oscurecido.

Preso, pues, el Salvador (como habemos dicho), con grande estruendo y vocería fué llevado de los ministros de Satanás á casa de Anás, que era suegro de Caifás, Pontífice de aquel año; y habiendo sido preguntado por sus discípulos y doctrina, respondió: *Yo públicamente he*

hablado al mundo, yo siempre enseñé en públicos ayuntamientos, y en el templo donde todos los judíos se juntan, y en secreto no he hablado nada. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que lo han oído, que ellos saben lo que yo he dicho. Y como el Señor hubiese respondido esto, uno de los ministros que asistían al Pontífice le dió una recia bofetada, diciendo: *¿Así respondes al Pontífice?* Respondió Jesus: *Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?* ¡Oh ánimo cruel! ¡Oh malaventurada mano que hirió y señaló aquel divino rostro, en quien se mirán los Ángeles! ¡Oh mansedumbre y lengua suavísima de mi Señor, que tal respuesta dió! Y si fuera menester para nuestra salud, volviera la otra mejilla sin turbación ni amargura de su humilde corazón.

Después de esta gravísima injuria y afrenta que en casa de Anás recibió el Salvador, fué llevado atado á casa de Caifás, donde los letrados de la ley y los ancianos estaban congregados; y como después de haber buscado algún falso testimonio contra el Señor para condenarle á muerte no le hallasen, al cabo el Príncipe de los Sacerdotes le conjuró por parte de Dios que dijese quién era; y como el Salvador respondiese á esta pregunta la verdad y lo que convenía á su Persona, ellos, ciegos con su pasión y con el resplandor de tan grande luz, dijeron que había blasfemado y que era merecedor de muerte, y le escupieron en su rostro y le dieron de pescozones, y otros le

daban bofetadas en la cara y decían: *Profetizanos, Cristo, quién es el que te hirió*. No se puede fácilmente ni sin lágrimas decir los trabajos que pasó el Señor en esta noche dolorosa, porque fueron tantos que el bienaventurado San Jerónimo dice que hasta el día del juicio no se sabrán. Los soldados que le guardaban escarnecían de Él, y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche entretenerse jugando y haciendo burla de Rey de la Gloria. Allí todos á porfía descargaban en Él bofetadas y pescozones, escupían con sus infernales bocas en aquel divino rostro, cubríanle los ojos con un paño, y dándole de palmadas en la cara decíanle: *adivina quién te dió*; sufriendo todo el Señor con una paciencia invencible y con una mansedumbre inestimable, y con un corazón amorosísimo, que tenía más lástima de la culpa de los que le atormetaban que de la pena que Él padecía.

Pero lo que en esta noche más atravesó el alma del Señor, fué el pecado de Pedro; el cual, habiendo huído con los demás discípulos, volviendo en sí y queriendo ver en qué paraba aquel negocio y qué fin tenía la prisión de su Maestro, le siguió, y por medio de Juan Evangelista, que era conocido en la casa del Pontífice, entró en ella y tres veces le negó, jurando y perjurando que no le conocía; y aquel tan querido Apóstol y tan favorecido del Señor; aquel que era cabeza de todos y que, alumbrado con la luz del cielo,

había conocido y confesado que Jesucristo era Hijo de Dios vivo; el que, braveando y confiando de sí, había prometido morir por Él y de no escandalizarse aunque todos los otros se escandalizasen y le desamparasen en su Pasión, ahora, preguntado de una mozueta si era discípulo de Cristo, se empacha, teme, tiembla, y lo niega y echa maldiciones sobre sí, para que por esta flaqueza de Pedro entendamos cuán cerca está de caer el que mucho confía de sí, y que no hay otra valentía ni virtud sino la que por el conocimiento humilde de sí mismo estriba en la bondad y misericordia del Señor, el cual no pudo dejar de sentir allá donde estaba la culpa y perdición de aquella oveja que Él quería hacer Pastor de su ganado; y así, volviendo los ojos á Pedro y mirándole con una vista callada y amorosa, le despertó é hizo entrar dentro de sí; y lo que la voz del gallo no había hecho, las voces de aquella habla secreta y suavísima del Señor lo acabaron con él, y le trocaron el corazón, y le compungieron trayéndole á la memoria lo que Él le había dicho: que antes que cantase el gallo le negaría tres veces. Alumbrando, pues, el Señor, y penetrando con su sonido y virtud aquella alma herida y llagada, para que, arrepintiéndose de su pecado, le llorase amargamente, Pedro comenzó luego á hacerlo, y para satisfacer con la penitencia mejor por él se salió de aquella casa donde tan mal le había ido, porque las cortes y

palacios de los príncipes más son para cometer pecados que para hacer penitencia de ellos. De manera que no manaron tanto las lágrimas que derramó Pedro de los ojos de él, como de los de Cristo; porque sus ojos, mirándonos, abren los nuestros y despiertan á los dormidos y resucitan á los muertos.

Pasada aquella lastimosa y triste noche, luego por la mañana presentaron al Señor delante de Pilatos, que por el Emperador romano era Adelantado y Gobernador de aquella provincia. Comenzáronle á acusar por hombre embaucador y revoltoso, y que con nuevas y falsas doctrinas pervertía el pueblo, y decía que no se había de pagar el tributo á César, y que Él era el Rey Mesías. Pilatos, no haciendo caso de la primera acusación que tocaba á su doctrina, porque no se le daba nada de lo que Cristo enseñaba acerca de sus ceremonias y de su ley, ni de la segunda, porque sabía que era mentira, y que, siendo preguntado el Salvador sobre aquel artículo, había respondido que se diese al César lo que era del César, solamente echó mano del tercer punto y le preguntó si era Rey de los judíos. Y Él le respondió: *Tú lo dices*. Y estando los judíos acusándole con grandes clamores, y alegando contra Él mil falsedades y mentiras, siempre estuvo con grandísima serenidad y mesura, sin decir ni hablar palabra para su defensa, en tan grande manera que el mismo juez quedó

maravillado de tanta gravedad y silencio, y le dijo: *¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti?* Y el Señor calló como un mudo, sin responder palabra alguna, porque era tan vehemente el deseo que tenía de morir por nuestra salud que no quiso con sus palabras dilatar un punto su muerte, y juntamente para enseñarnos que en medio de los torbellinos, persecuciones y rabias de nuestros enemigos, la más fuerte arma que para resistirlos podemos tener es la confianza en Dios, y que, teniéndole á nuestro lado, no hay por qué desmayar ni por qué temer.

Mas como Pilatos entendió que el Salvador era natural de Galilea, y de la jurisdicción de Herodes, que en aquellos días estaba en Jerusalem, enviósele para que fuese juez de aquella causa, queriéndose descargar de ella y hacerse amigo de Herodes, que antes no lo era. Herodes, viendo al Salvador, alegróse sobremanera, porque había oído decir grandes cosas de las maravillas que obraba, y con vana curiosidad deseaba que hiciese delante de él algún milagro. Mas el Señor, que todo lo que hace lo endereza para salud y bien de las almas, no quiso acudir á la curiosa liviandad de Herodes, ni que sus obras fuesen entretenimiento de gente que toma por juego y burla las cosas de Dios. Como Herodes vió que le salía en vano su deseo menospreció al Señor, y por mayor escarnio le mandó vestir de una vestidura blanca como á loco y

volverle á Pilatos; de manera que el Señor del mundo no se contentó de haber sido tenido por malhechor y revolvedor del pueblo, por nigromántico y endemoniado, por comedor y glotón, por hombre de malos tratos y compañías, por hereje y blasfemo (que todos estos títulos y nombres le dieron en vida sus enemigos), pero quiso también ser tenido y tratado como loco, para ejemplo de nuestra paciencia y para que no hagamos caso de los vanos juicios del mundo loco.

Entendiendo Pilatos que Cristo nuestro Señor no tenía culpa y que era acusado por envidia, pretendió librarle; y para poderlo mejor hacer y mitigar aquellos ánimos tan furiosos y encarnizados de los judíos, teniendo costumbre de soltar en la solemnidad de la Pascua un preso cual ellos le pidiesen, les propuso si querían que les soltase á Barrabás ó á Jesús, que se llamaba Cristo. Era Barrabás hombre muy facineroso, ladrón, homicida, sedicioso y revolvedor de la república, y conocido por tal y odiado de todo el pueblo, el cual por sus delitos á la sazón estaba preso. Pareció al Presidente que, por ser tan aborrecido, no habría ninguno que no quisiese más que se diese la vida al que tantos beneficios les había hecho, que al que estaba tan cargado de maldades y tantas muertes merecía. Mas aquel pueblo ciego é ingrato, engañado de los escribas y fariseos, pidió que fuese soltado el matador

de los hombres y crucificado el Autor de la vida. ¿De qué te congojas, oh hombrecillo, cuando otro á ti es preferido, viendo á Dios pospuesto á Barrabás?

Como el Presidente viese que aquella traza no le había salido bien y que todo el pueblo estaba tan alterado, y que con grandes voces y alaridos pedía la muerte del Señor, tomó otro consejo para aplacarlos inhumano y cruelísimo: mandó azotar al Salvador, creyendo que, por grande que fuese su rabia, se amansarían con aquel riguroso castigo. Toman, pues, al Señor de los Cielos, al Criador del mundo, á la Gloria de los Ángeles, á la Sabiduría, Poder y Gloria de Dios vivo, aquellos sayones y viles carniceros con grande ímpetu; desnúdanle sus vestiduras con bárbara inhumanidad; descubren aquel cuerpo formado del Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen, más blanco que la nieve y que el alabastro, aunque ya denegrido y afeado con los golpes; átanle á una columna para poderle herir más á su placer, y con grandísima crueldad comienzan á descargar sus látigos sobre aquellas carnes delicadísimas, y añadir azotes sobre azotes, llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas, hasta que aquel Sacratísimo Cuerpo, ceñido de cardenales, rasgados los cueros, reventando la sangre y corriendo hilo á hilo por todas partes, quedó tan desfigurado que su misma Madre apenas le conociera; porque los

azotes, escriben algunos Santos contemplativos que fueron más de cinco mil, y advierten algunos autores que no azotaron al Señor con varas (que era castigo de la gente noble), sino con azotes de cuero crudo y duro, que era tormento mucho más doloroso y afrentoso, y propio de esclavos y de hombres de vil y baja condición. Otros doctores sienten que fué azotado dos veces, una para aplacar á los judíos y otra dada la sentencia de muerte, la cual no ejecutaban los romanos sin azotar primero al condenado; y aun no falta quien diga que le azotaron primero con varas espinosas, después con cordeles que tenían en los cabos puntas de hierro, y á la postre con cadenas asimismo de hierro, y de la crueldad de aquellos fieros carniceros todo se puede creer, aunque no lo escriben los Sagrados Evangelistas. Pero considerando por una parte la malicia del demonio, y el odio y crueldad con que perseguía al Señor, é instigaba á sus miembros y ministros para que le afligiesen, y por otra que era Dios el que padecía, y la caridad y paciencia de Dios con que padecía todos los ensayos é invenciones de tantos y tan nuevos tormentos que concurrieron en la santísima Pasión del Señor, se deben creer, por más que parezcan horribles y fuera del curso de toda humana naturaleza. En este espectáculo tan estudiando, en que los mismos Ángeles estaban atónitos, asombrados y como fuera de sí, estaba

el dulcísimo Jesús con un corazón tan manso, con un rostro tan amable, tan compuesto, tan benigno y suave, que bastaba para ablandar aquellos fieros verdugos si miraran á la dulzura de sus ojos y abrieran la puerta de su corazón á los rayos de su amor. Pues viendo á Dios azotado por nuestros pecados, ¿hay hombre que se queje de sus agravios?

Después de haberle azotado tan crudamente, *los soldados del Presidente convocaron toda la gente de guerra, y le desnudaron de sus vestiduras y le cubrieron con una ropa colorada; y tejiendo una corona de espinas se la pusieron sobre la cabeza y una caña en su mano derecha, é hincadas las rodillas burlaban de Él diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos; y escupiendo en Él, tomaban la caña que tenía en la mano y heríanle con ella en la cabeza y dábanle de bofetadas.* Todo esto dice el texto sagrado. Quisieron tratar al Rey y Señor de la Gloria como á Rey fingido, y para escarnecerle y hacerle befas (como si fuera juego de gusto y de entretenimiento), juntáronse todos los soldados para mayor fiesta y regocijo, y en medio de mucha gente desalmada y perdida le desnudaban de sus vestiduras, que por estar pegadas con la sangre de tantos y tan crueles azotes no se las pudieron quitar sin gran dolor y sin gran vergüenza de aquel purísimo y honestísimo mancebo y Señor de tan alta majestad. Vistiéronle de una clámide ó ropa colorada y

de púrpura, que era vestido de Reyes, para dar á entender que, siendo persona baja y vil, se hacía Rey; y por la misma causa le pusieron la corona de espinas ó juncos marinos agudos, duros y fuertes, y se la hincaron en su sagrada cabeza para que no fuese menor el tormento que la afrenta; y diéronle una caña en la mano por cetro; y arrodillados delante de Él le adoraban haciendo burla y diciendo por donaire: *Dios te salve, Rey de los judíos*; escupieronle en la cara, y cada cual á porfía le hería y daba de bofetadas; y renovaban las llagas de la cabeza que habían hecho las espinas, hincándolas más con los golpes que le daban en ella con la caña. Y estando el Señor tan lastimado, tan afligido, tan escarnecido y hecho un retablo de dolores, no perdió su paciencia ni su mansedumbre; antes con un corazón blando y abrasado en llamas de amor ofrecía al Padre aquellos tormentos y oprobios por los mismos que se los daban.

Estaba nuestro buen Jesús tan desfigurado y afeado, que el Presidente creyó que si aquellos corazones más que de fieras le viesen en aquella figura de pura compasión, se tendrían por satisfechos y no tratarían más de darle la muerte. Para esto salió otra vez fuera y díjoles: *Veis aquí que os le traigo para que conozcáis que no hallo en Él causa para ajusticiarle*; y mostrándoles al Señor como estaba, puesta la corona de espinas en la cabeza y vestida la ropa de púrpura,

dijo Pilatos: *Ecce homo*: veis aquí el hombre; como si dijera: ¿A este hombre tenéis envidia? ¿Este hombre teméis que se haga Rey? Veisle aquí azotado, afrentado, desfigurado, atado, en vuestras manos y con tal figura, que apenas parece hombre, y más para tenerle lástima que envidia. No bastó tampoco aquella representación tan dolorosa é ignominiosa para ablandar los corazones de tan crueles enemigos; antes alzando las voces, comenzaron á clamar: *Crucificalo, crucificalo*. Pero si no bastó aquel espectáculo tan lastimero para amansar los corazones rabiosos de los hombres, bastó por cierto para aplacar el corazón enojado del Eterno Padre, el cual, mirando á su Hijo benditísimo tan maltratado por su obediencia y nuestro amor, perdona los pecados á todos los que con dolor de ellos miran aquella dolorosa Imagen, y con devoción y confianza se la representan y le dicen: *Ecce homo*: Señor; veís aquí el Hombre, veis aquí el Hombre que nos disteis, al varón de vuestra diestra, á aquel tan humilde, tan obediente, tan manso, tan amoroso y tan celoso de vuestra honra que por volver por ella se sumió en el abismo de todos los dolores é injurias; miradle y mirarnos por Él, y dadnos gracia para que con limpios y claros ojos nosotros le miremos é imitemos. Mas como Pilatos oyese las voces del pueblo que clamaba: *crucificalo, crucificalo*, díjoles: *Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no hallo causa para crucificarlo,*

respondieron los judíos: *Nosotros tenemos ley, y según esta ley ha de morir, porque se hizo Hijo de Dios.* Oyendo estas palabras Pilatos temió más, y entrando otra vez en la audiencia, dijo á Jesús: *¿De dónde eres tú?* Y Jesús no le respondió. Dícele Pilatos: *¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para salvarte?* A todas sus injurias calló el mansísimo Cordero, y no respondió á las preguntas del Presidente; mas como vió que se desvanecía con la vara de justicia que tenía, y no la reconocía de su Padre Eterno que se la había dado, y aquel poder para castigar y para absolver á los delincuentes, volvió por la honra de su Padre, enseñando al mal juez que todo el poder de la tierra mana como de su fuente del del cielo, y que había de dar cuenta al que se le había dado si no usaba bien de él conforme á la voluntad de Dios, y por esto le respondió: *No tendrias poder ninguno sobre mí si no te fuera dado de arriba.* Que para las tribulaciones y para los agravios que padecemos de los hombres es grandísimo consuelo, pues ninguno tiene poder para hacernos mal sino cuando Dios nuestro Señor y Padre lo permite. Desde entonces procuraba Pilatos soltarle; pero fueron tan grandes los clamores y alaridos de los judíos pidiendo que fuese crucificado, y tantos los espantos que le pusieron diciéndole que si no le condenaba se mostraría enemigo de César, que como hombre flaco y pusilánime y mal juez se

dejó vencer de la obstinación y porfía de ellos, y se determinó á dar la sentencia contra el inocente por no caer en desgracia de su Príncipe. Y puesto caso que la mujer de Pilatos avisó á su marido que mirase lo que hacia y no condenase al Señor porque era justo y sin culpa, y que ella en sueños había padecido aquella noche grandes visiones y molestias por esta causa (las cuales es de creer que Dios le envió para más justificar su muerte, y para que todo género de personas diesen testimonio de su inocencia), estaba ya tan amedrentado y cobarde Pilatos, que la mujer no fué parte para estorbar que sentado en su tribunal, y lavándose las manos (como usaban los judíos) para mostrar que en aquella muerte no tenía culpa, no condescendiese con su petición y entregase al Señor á la voluntad de ellos y librase á Barrabás. Sentado, pues, el Presidente en su tribunal, dió final sentencia en aquella causa, y luego cargaron sobre las espaldas del Salvador, molidas y despedazadas con azotes, el madero de la Cruz (como solían hacerlo con otros condenados á aquel suplicio), en el cual iban todos los pecados del mundo; y el Señor, con suma obediencia y amor, le abrazó y comenzó á caminar con él, como otro verdadero Isaac con la leña en los hombros, al lugar del sacrificio. El Hijo llevaba la leña y el cuerpo que había de ser sacrificado, y el Padre llevaba el fuego del amor y el cuchillo de la divina justicia con que lo

había de sacrificar. Iba el Señor de todo lo criado con aquel pesado madero á cuestras, que eran las insignias reales de su Principado; y como por su gran flaqueza hubiese caído, ó no pudiese andar tan apriesa como aquellos crueles carniceros querían, le dieron á un hombre que toparon, llamado Simón Cirineo, para que se le ayudase á llevar, no por aliviarle, sino por apresurarle la muerte. Seguía mucha gente y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas, seguidas de un afecto y compasión natural, le acompañaban, á las cuales se volvió el benditísimo Señor y las amonestó que no llorasen tanto á Él cuanto á sus pecados y los castigos que por ellos habían de venir á aquella ingrata ciudad. Entre estas devotas mujeres había una que se llamaba Berenice ó Verónica, la cual dió el velo ó toca que traía sobre su cabeza al Señor para que enjugase el sudor y sangre de su rostro; y Él lo hizo dejando en el velo impresa la figura y sangre del mismo rostro, el cual por el nombre de la mujer se llamaba Verónica, y en Roma *El Vulto santo*, donde se muestra en la iglesia de San Pedro con gran veneración, y entre los otros lugares de la Tierra Santa se muestra la casa de esta santa mujer Verónica.

Mas como la Sacratísima Virgen nuestra Señora hubiese sabido que su amantísimo Hijo era llevado con tanta priesa y ruido de armas á la muerte, atravesada de dolor, y cubiertos todos sus



virginales miembros con un sudor mortal, caminó en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba; y siguiendo las gotas y el rastro de la sangre, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que le iban pregonando, finalmente llegó donde estaba, y viéndole tan trocado y desfigurado, no pudiendo hablarle con la lengua, hablaba con el corazón lastimado al corazón del Hijo, y le hería con su pena, y con su dolor acrecentaba más su dolor. Este nuevo tormento tuvo el Señor con la vista de su bendita Madre en este trabajoso camino hasta llegar al monte Calvario, donde se había de hacer el sacrificio, que distaba del palacio de Pilatos hasta el lugar donde se levantó la Cruz mil y veinte y un pasos, ó tres mil y trescientos y tres pies, según la cuenta de algunos.

Llegado á aquel sagrado lugar en el cual muchos santos doctores dicen que Abraham quiso sacrificar á su hijo Isaac, y que fué sepultado nuestro primer padre Adán, después de haberle dado á beber vino mezclado con hiel, y habiéndolo gustado, no queriéndolo beber, desnudaron al segundo Adán y espiritual Padre nuestro de sus vestiduras hasta la túnica interior, para que fuese más vergonzosa su muerte; y como la túnica estaba pegada á la sangre helada de los azotes, al tiempo que se la desnudaron al redopelo, y con gran fuerza le desollaron y renovaron las

llagas del cuerpo que quedó abierto y como descortezado, no abriendo el inocentísimo Cordero su boca ni hablando palabra contra los que de tal manera le desollaban. Algunos autores contemplativos dicen que para desnudar al Señor esta túnica le quitaron con gran crueldad la corona de espinas que tenía en la cabeza, y después se la hincaron otra vez haciendo nuevas aberturas. Allí enclavaron las manos y los pies del Señor con duros, gruesos y agudos clavos en la Cruz, que era el más afrentoso suplicio de todos y el que se daba á los ladrones; y así como á ladrón le crucificaron y como á cabeza y caudillo de ladrones le colocaron en medio de los dos que por sus delitos crucificaron á sus lados. Después de haberle enclavado, levantaron en alto la Cruz que algunos escriben haber sido de quince pies) en largo y de ocho en ancho) para meterla en un hoyo que para esto tenían hecho; y al tiempo del asentarla la dejaron caer de golpe, con el cual se rasgaron más sus llagas y crecieron más sus dolores. En la Cruz pusieron por mandado de Pilatos un título entallado en una tabla con letras hebreas, griegas y latinas, con estas palabra: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*, para que, todas las naciones que había en Jerusalem en estas tres lenguas (que eran las más principales del mundo) leyesen y supiesen quién era aquel que allí estaba crucificado. Y aunque los judíos lo procuraban estorbar juzgando que era afrenta

de su pueblo el decirse que aquel era su Rey, y pidieron á Pilatos que mudase aquel título, él estuvo fuerte en lo que una vez había escrito, porque Dios quiso que con la ignominia de la muerte de Cruz se juntase la majestad de aquel glorioso título, y que nosotros entendiésemos que aquel Señor que moría en la Cruz era verdadero y soberano Rey, no sólo de los judíos, sino de todas las gentes y de todos los siglos, de los Ángeles y de los hombres, del cielo, de la tierra y del infierno, y su imperio se había de extender por toda la redondez de la tierra y todos los Reyes sujetarse á su cetro y corona; y que los religiosos, sabios y poderosos significados por los hebreos, griegos y latinos, le reconocieran y adorarían por su verdadero Dios y Señor. Guárdase y muéstrase hoy día en Roma este glorioso título en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalem, donde por divina dispensación fué hallado el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos.

Estaba el Salvador del mundo colgado en la Cruz, desnudo, expuesto al aire y frío, despedazado y lleno de llagas abiertas por todo su santo Cuerpo. Corría aquella Sangre Real hilo á hilo por la cabeza, por los cabellos y por la barba, y de las manos y de los pies salían también arroyos de sangre que regaban la tierra; no tenía donde reclinar su sagrada cabeza, coronada de espinas, sino en aquel duro madero; todo el cuerpo estaba pendiente en el aire, sostenido de

unos garfios de hierro; de manera que, cuando cargaba el peso de él sobre los pies, se desgarraban los mismos pies con los clavos que tenían atravesados; y lo mismo hacían las manos cuando el peso del cuerpo cargaba hacia aquella parte; y estando en esta agonía, los soldados jugaban sus vestiduras, y especialmente la inconsútil, que era tejida y no se podía partir ni descoser, la cual ahora se dice que está en la ciudad de Tréveris, en Alemania; y como escribe Isidoro Pelusiota, era vestido de pobres, y por ventura había sido tejida por mano de la Sacratísima Virgen nuestra Señora. Los enemigos le daban grita; los que pasaban por aquel camino le blasfemaban, y meneando las cabezas le decían que, si era Hijo de Dios, descendiese de la Cruz; los Príncipes de los sacerdotes, los letrados y los ancianos, haciendo burla, decían: *A otros hizo salvos, y á si no puede salvar*; y hasta uno de los ladrones que allí estaban crucificados con Él, le daba en cara con aquellas mismas palabras; de suerte que parecía que el Padre Eterno había desamparado á su benditísimo Hijo, y que lo habían por todas partes cercado los dolores de muerte, y que estaba sumido en un mar de tormentos sin hallar en qué hacer pie ni en qué estribar.

Pero no por eso se dejó ahogar, ni las furiosas ondas y muchas aguas de sus dolores pudieron apagar aquel fuego inmenso de su caridad y

amoroso corazón, el cual arrojó luego sus llamas, suplicando al Padre Eterno que perdonase á los que así le trataban porque no sabían lo que hacían; y antes de consolar á su Madre y de proveer á sus amigos, antes de encomendar al Padre su espíritu, pide perdón al Padre por los mismos que le estaban atormentando y en el mismo tiempo que le atormentaban, porque tenía más compasión de la perdición de sus almas que dolor de sus propias injurias; y no aguardó que ellos se reconociesen para hacer oración por ellos; antes rogó á su Eterno Padre les diese gracia para que volviesen en sí y alcanzasen perdón; y con la lengua, que sola estaba libre aunque aheleada, hace oración por quien le hacía tanto mal, y alega razones para excusarlos y disminuye su culpa.

Pero no paró aquí este fuego tan abrasado de amor; antes arrojó otra centella y un rayo de luz en el corazón de uno de los dos ladrones, el cual, después que vió la paciencia y mansedumbre con que el Señor sufría aquel afrentoso y doloroso suplicio de la Cruz, y fué alumbrado con aquella lumbre divina, conoció que era Dios y que las heridas que padecía no eran de Cristo, sino suyas, y causadas de sus pecados, y le confesó por Rey del cielo, y con gran conocimiento y dolor de sus culpas, y no menor confianza de su infinita bondad, humildemente le suplicó que se acordase de él cuando estuviese

en su reino: para declararnos cuánto puede un hombre, aunque sea ladrón, con la gracia divina, y cuán poco puede, aunque sea Apóstol, sin ella; pues Judas vendió á Cristo, Pedro le negó, los otros Apóstoles le desampararon y huyeron, y este ladrón viendo al Señor, no hacer milagros, sino padecer tormentos, le adora y llama Rey, diciendo: *Acuérdate de mí, Señor, cuando estuviere en tu reino*. Vele condenado, y reconócele por Dios; tiénele por compañero en el suplicio, y pídele el reino de los cielos. La fe y conocimiento de este ladrón fué gracia singular y misericordia del Señor para gloria de aquel día de su Pasión, en el cual, cuando con tanta largueza vertía su sangre y derramaba todos los tesoros de su gracia, quiso usar de este privilegio con él, y así lo dijo: *En verdad te digo hoy serás conmigo en el Paraíso*. Tú me pides que yo en mi Reino me acuerde de ti, y yo te prometo el Reino de los cielos; y no lo dilataré, porque hoy te le daré, para que seamos compañeros en la Gloria; pues estando en un mismo tormento, me conoces y confiesas por Dios y no me pides que te libre de él, sino que te libre del juicio advenidero.

Estaba presente á este espectáculo en pie la Sacratísima Virgen junto á la Cruz, con maravillosa constancia del ánimo; porque, aunque su corazón estaba hecho un mar de amargura, no pudo aquella tan espantosa tormenta turbarla, ni

apartarla un punto de la voluntad de Dios. Miraba al Hijo con un dolor increíble, porque era increíble su amor, y todos los tormentos de la carne del Hijo traspasaban el corazón de la Madre; las heridas del Hijo eran heridas suyas; la Cruz de Cristo era Cruz de María, y la muerte del uno era muerte de la otra; que por esto fué mártir y más que mártir, pues sintió tanto mayor pena en el sacrificio y muerte de su bendito Hijo que si ella misma muriera y se sacrificara por él en la Cruz, cuanto más amaba al Hijo que á sí misma. Antes parece que dispuso el Señor las cosas de manera que en aquel último trance y contienda de la muerte se hallase su Madre al pie de la Cruz, para que, viéndola allí con sus ojos sangrientos, le acrecentase sus tormentos y sintiese más los dolores del corazón de ella que los propios de su cuerpo. Pero porque en aquella partida del mundo se quiso despedir de su Madre (que si no la hablara doblara sus penas), díjole: *Mujer, he ahí á tu Hijo*; y volviéndose á San Juan Evangelista, también le dijo: *He ahí á tu Madre*. No la llamó *Madre*, por no enternecerla y afligirla más con aquel dulce nombre de Madre, sino *Mujer*, y porque era aquella mujer fuerte que había de quebrantar la cabeza de la serpiente, aquella mujer venida de los últimos fines de la tierra; y como el mismo Señor por su humildad se llamó Hijo del hombre, así llamó á su Madre mujer,

como gloria y ornamento de todas las mujeres, y nueva Eva y Madre de todos los vivientes.

Después de haber cumplido el Señor con su bendita Madre, con el buen ladrón y con sus enemigos y atormentadores, viéndose tan desamparado, no solamente de sus amigos y discípulos, sino también de su Padre Eterno, se volvió á Él y le dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿cómo me habéis desamparado?* Porque como el Señor, para redimir al mundo y satisfacer al Padre por nuestras culpas más cumplidamente, quisiese padecer los mayores y más atroces tormentos que jamás se padecieron en la tierra, cerró todas las puertas al consuelo (como se dijo arriba) y entregóse á la corriente de todos los dolores y penas, sin que hubiese cosa que las pudiese aliviar y mitigar; y esta privación de refrigerio y consuelo llama aquí desamparo del Padre, del cual le había de venir todo el esfuerzo y alivio, como le tuvieron en sus tormentos los mártires, y con él pudieron sufrir con tan extremado gozo y alegría los tormentos y muertes que sufrieron.

Estando ya el Salvador todo exhausto, y por la mucha sangre que había derramado secas las entrañas y agotadas todas las fuentes de las venas, tuvo naturalmente grandísima sed y dijo: *Sitio*, sed he; y aquellos enemigos rabiosos, para refrescar los labios cárdenos y secos y refrigerar los ardores de aquella sed tan cruel, pusieron en una caña una esponja (que hoy día se guarda en

la iglesia de San Juan de Letrán en Roma) envuelta en la hierba del hisopo y empapada en vinagre, y con ella le dieron á beber; de suerte que hasta un jarro de agua faltó al Señor de todo lo criado en tan gran sed á la hora de su muerte; aunque no fatigaba tanto aquella sed corporal al Señor, cuanto otra interior y el deseo de nuestra salud y de nuestro remedio; y esta sed, con solas nuestras lágrimas, conversión y penitencia se puede apagar. Mas como el Salvador hubiese ya acabado todas las cosas y cumplido el mandato de su Eterno Padre, estando ya para espirar dijo: *Consummatum est*: Acabado es; y luego, clamando con una voz grande y sonora, añadió la postrera palabra y dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*; y teniendo las espaldas hacia Jerusalem, é inclinando la cabeza con gran misterio hacia Poniente (como algunos doctores escriben) dió su espíritu al Padre; la cual voz tan recia y clara con que el Señor espiró fué milagrosa y señal que era Señor de la vida y de la muerte, y del deseo y afecto tan entrañable y cordial con que voluntariamente moría por nuestros pecados. Después que espiró el Salvador, viniendo los soldados á quebrar las piernas de los crucificados para que muriesen más presto y sus cuerpos se descolgasen y no estuviesen pendientes en la Cruz el día solemnísimos de la Pascua, como le vieron ya muerto no hicieron en Él lo que en los ladrones, que aún vivían; mas un soldado hirió su

sacratísimo cuerpo con una lanza en un lado y abrió el corazón del Señor, del cual salió luego sangre y agua, sirviéndose la Divina Bondad de la crueldad de aquel soldado para significarnos los grandes misterios que en aquella abertura sagrada se encierran. Porque aunque ya con su muerte había obrado nuestra redención, todavía no le pareció que estaba perfectamente acabada mientras le quedaba gota de sangre en el cuerpo por derramar; y por esto quiso ser herido en el corazón, para que de él con un nuevo milagro saliese (como de fuente de la vida) la sangre más delicada y pura que había en él, y que con otro milagro saliese también agua para lavarnos con la una y santificarnos con la otra, y sacar la Iglesia como otra Eva del costado del segundo Adán dormido, y abrirnos su corazón y con él la puerta del cielo; para que sepamos que siempre está abierto; para que en todas nuestras adversidades y cruces recurramos á Él como á ciudad de refugio, y como á guarida y morada, paraíso y puerto segurísimo de nuestra salud. No sintió el cuerpo muerto del Salvador aquella lanzada; mas sintióla el ánima de la Madre, viendo que aun después de muerto perseguían á su Hijo, y recogió como pudo aquella agua y sangre que había salido de la preciosa llaga del costado, como dice Simeón Metafrastes.

Esta es una breve y sencilla suma de la Pasión del Unigénito Hijo de Dios, la cual debemos

tener siempre metida y esculpida en lo más íntimo de nuestro corazón, y meditarla continuamente de día y de noche con amargura, considerando que nuestros pecados fueron causa de ella, y tener entrañable compasión al que tantos y tan desmedidos y crudos dolores y afrentas por nosotros pasó, é imitar los admirables ejemplos de todas las virtudes que en ella resplandecen, especialmente aquella profundísima humildad con que el Rey de toda la gloria tanto se abatió, y aquella paciencia y mansedumbre espantosa con que sufrió tantos y tan atroces géneros de penas, y la caridad tan encendida que abrasaba su divinal pecho con un incendio tan vehemente que todo lo que padeció no llegó á lo que deseó padecer por nosotros, y fué mucho mayor el martirio de su alma que el de su cuerpo, para que, estimando por aquí su inestimable amor, le demos el retorno de nuestro amor y no seamos nuestros, sino esclavos de aquel Señor que con tan grande y rico precio nos compró; y para enseñarnos cuánto aborrece la fealdad del pecado la borró con su sangre y cerró de su parte las puertas del infierno y nos abrió las del cielo, para que por su cruz y su muerte entendiésemos la grandeza de la gloria que con ella nos mereció, y cuán terribles son las penas de los condenados, pues para librarnos de ellas Dios murió en una cruz. Esta Cruz y Pasión del Salvador debe ser nuestro pan cotidiano, medicina de nuestras llagas, consuelo

en nuestras penas, alivio en nuestros trabajos, áncora firme y estable en las tormentas y amarguras de esta vida, y prendas ciertas de la que esperamos. Sintamos nosotros lo que sintieron todas las criaturas, porque por la muerte del Salvador comenzó á temblar la tierra, quebrarse las piedras, turbarse el aire, oscurecerse el sol, aparecerse las estrellas y vestirse de luto el mundo porque moría su Señor.

Y no solamente estos prodigios y señales se vieron en Judea, donde padeció el Salvador, sino en toda la tierra (según la más probable y común opinión) se oscureció el sol, y retrajo los rayos de su luz y se eclipsó milagrosamente con la interposición de la luna, contra todo el orden natural, como lo notó San Dionisio Areopagita, estando en Hierópolis, ciudad de Egipto, el cual, viendo una cosa tan nueva, tan peregrina y prodigiosa, dijo aquellas palabras: *O el Dios autor de la naturaleza padece, ó la máquina del mundo se trastorna y deshace*. El temblor de la tierra asimismo fué terribilísimo, y el mismo monte Calvario, siendo de peña viva, al lado izquierdo del Señor, debajo de la cruz del mal ladrón, se partió con una abertura profundísima y tan ancha como un cuerpo de un hombre; y Luciano, presbítero antioqueno, dando razón de la religión cristiana, trae por testigo esta abertura del monte Calvario. Pero también este terremoto se sintió en algunas partes de Asia, y con él cayeron muchos edificios y

se asolaron algunas ciudades, y en la de Gaeta, en el reino de Nápoles, hay un monte, y otro (que es el del Arbenia) en la provincia de Toscana, los cuales se abrieron (á lo que se dice y comúnmente es recibido) por el terremoto que sucedió al tiempo de la Pasión del Señor, que así como lo era de todas las criaturas, quiso que todas ellas diesen testimonio de la majestad soberana y divina que en aquella ignominia de la Cruz y abatimiento de su Pasión estaba escondida; y que viendo el mundo aquellos prodigios y señales milagrosas, se dispusiese á recibir la luz del Evangelio y á creer que aquel hombre crucificado y muerto en un madero (que después predicaron los Apóstoles) era juntamente verdadero Dios, como en su muerte todos los elementos y cielos lo habían testificado. Pues si las cosas insensibles sienten tanto la muerte del Señor, ¿cuánto la ha de sentir y agradecer el hombre para cuyo beneficio se obró? Y si no la siente, ¿cómo se llama hombre, pues no tiene corazón de hombre, sino de tigre, y es más duro que el hierro y que el acero, y que las mismas piedras que en su muerte se quebraron? También se rasgó el velo del Templo de alto abajo, como lo escriben los sagrados Evangelistas (aunque, como los velos del templo eran dos, uno interior y otro exterior, algunos autores dicen que se rasgó el uno y otros que el otro), para declarar que ya la ley vieja había cesado y los sacrificios de los animales con la

muerte del inocente Cordero, que se había ofrecido en perpetuo y suavísimo sacrificio, habían perdido su fuerza, y que, quitado el velo de la corteza y letra del viejo Testamento, se habían descubierto los Sacramentos misteriosos que en ella se contenían, y que la puerta del cielo quedaba ya abierta y sin impedimento de cosa que nos pudiese quitar la entrada en él; y añade San Efrén, contemporáneo de San Basilio (cuya autoridad en lo que escribe dice San Jerónimo que fué muy grande), que cuando se rasgó el velo del templo juntamente salió del mismo templo una paloma, para significarnos que ya el Espíritu del Señor había dejado aquel templo, en el cual sólo tantos años había sido adorado y servido, y que presto sería arruinado y destruido y hecho oprobio de las gentes; y aun para confirmación de esto, San Jerónimo añade que en el Evangelio de los Nazarenos (que él mismo tradujo en latín) se dice que al mismo tiempo y con el mismo temblor de la tierra cayó el superliminar, que es el lintel y piedra superior de la puerta del templo; y que los Ángeles que presidían en él fueron oídos decir: *Vámonos de esta casa y de esta morada*, lo cual también escribe Eusebio haber acaecido en el tiempo de la Pasión del Señor. Las sepulturas asimismo se abrieron, y muchos resucitaron y aparecieron á muchos en Jerusalem, aunque esto fué después de la Resurrección del Señor.

Venida la tarde de aquél día triste y doloroso, José de Arimatea y Nicodemus, hombres principales y discípulos del Señor, con licencia de Pilatos bajaron su cuerpo de la Cruz, y le entregaron á su benditísima Madre, que estaba allí como tres pasos de la misma Cruz; la cual, viéndole ya difunto con la cabeza traspasada de espinas, con los ojos sangrientos, la boca aheleada, con el rostro escupido y lleno de cardenales, el cuerpo abierto y todo llagado, con los pies y manos horadadas de los duros clavos, y el corazón atravesado de la lanza, no se puede creer el cuchillo de dolor que traspasó su alma; que fué tan agudo y recio que si Dios milagrosamente no la diera fuerzas, con aquella vista lastimosa allí acabara. Mas con el esfuerzo que el amor le daba, y con aquel rendimiento y conformidad que tenía con la divina voluntad, se confortó y se abrazó la Madre con el cuerpo despedazado de su único Hijo y Señor nuestro; apriétalo fuertemente con sus pechos, mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, junta su rostro con el rostro del Hijo, tiñe la cara con la sangre del Hijo y riega la del Hijo con sus lágrimas. Finalmente, porque ya venía la noche y se había de cumplir antes el oficio de la sepultura por razón de la solemnidad de Pascua, quitaron el cuerpo del Hijo de los brazos de la Madre, y con grande abundancia de lágrimas que derramaban Juan Evangelista, María Magdalena y las otras Marías

y piadosas mujeres que allí estaban, con buena cantidad de una mixtura de mirra y de otras especies aromáticas, le ungieron (según la costumbre que tenían los judíos de enterrar sus muertos) y envolvieron el sacratísimo cuerpo del Señor en una sábana limpia, la cual hoy día tiene el duque de Saboya, y se guarda y muestra en la iglesia de Turín con grande reverencia, con la imagen impresa del Señor, que fué envuelto en ella cuando estaba en el sepulcro. Cubrieron con un sudario su rostro, que la Virgen (como escribe Metafrastes) dió á José, el cual milagrosamente después se libró de un incendio, como escribe Beda; y le pusieron en un sepulcro de piedra nuevo, en el cual ninguno había sido enterrado y José había edificado para sí, porque el hombre nuevo en nuevo sepulcro se había de poner, y no convenía que otro se hubiese enterrado en él, para que, resucitando el Señor, no se pudiese sospechar ni decir que otro y no Él hubiese resucitado. Este sepulcro estaba allí cerca del monte Calvario en una cueva de un huerto, para que la Pasión del Salvador comenzase en el huerto y se acabase en el huerto, y se pagase el hurto que nuestro primero padre cometió en el huerto del Paraíso terrenal; y por ella, finalmente, nos llevase á aquel verjel y huerto del cielo, donde no se marchitan las flores ni se seca la fruta, y siempre hay una perpetua y eterna primavera. Murió el Señor, según la más probable

opinión, á los treinta y tres años y tres meses de su edad, y á los veinticinco días del mes de Marzo, en viernes, á la hora de nona, que es á las tres de la tarde despues de medio día; aunque otros autores sienten que no vivió sino treinta y dos años cumplidos, y que murió en el treinta y tres comenzado de su edad.

Luégo que espiró el Señor, dejando el cuerpo muerto en la Cruz unido con la Divinidad, bajó su bendita alma al Limbo, donde estaban las ánimas de los Santos Padres, unida con la misma Divinidad, la cual Divinidad nunca se apartó de la ánima ni del cuerpo de Cristo después que por la unión hipostática se juntó con la Sagrada Humanidad, aunque el alma se apartó del cuerpo; y por esto decimos que Cristo murió como en la verdad estuvo muerto aquellos tres días que su alma estuvo en el Limbo, y su cuerpo en el sepulcro. Mas pasados los tres días el alma se tornó á unir con el cuerpo ya glorioso, y el Señor resucitó como vencedor de la muerte y del pecado, y triunfador del demonio y del infierno, y apareció primeramente á su dulcísima Madre, después á María Magdalena y á las otras devotas mujeres, y á los Apóstoles muchas veces por espacio de cuarenta días, y al cabo de ellos, subió á los cielos, á vista de su Santa Madre, y de sus discípulos y de otra santa compañía, y fué recibido de todos los Ángeles con increíble gozo, júbilo y alegría, y colocado á la diestra del Padre,

sobre todas las criaturas en el Trono debido á su Real Majestad. De allí á diez días envió al Espíritu Santo consolador sobre sus discípulos, como se lo había prometido, para que, alumbrados é inflamados con aquel fuego de amor divino, predicasen su Evangelio por el mundo, y desterrasen de él las tinieblas de la ignorancia, y la ceguedad de la idolatría, y encendiesen los corazones helados de los hombres con las llamas de aquel mismo amor que ardía en sus pechos.

Ahora el buen Jesús, Cabeza nuestra y todo nuestro bien, está en el cielo sentado (como dijimos) á la diestra del Padre haciendo oficio de abogado é intercediendo por nosotros, mostrando al Padre las señales de las llagas de los pies y de las manos: y del sagrado costado, que por nosotros recibió en la Cruz, y para mostrárselas las guardó después de la Resurrección. Desde el cielo rige y gobierna su Iglesia, y está con ella y estará hasta la fin del mundo, como Él lo prometió, y le influye sus gracias y merecimientos, hasta que llegado ya el tiempo que el mismo Señor ha señalado para dar fin á los tiempos, lleno de majestad venga á juzgar á los vivos y á los muertos, y dé á cada uno el galardón ó castigo que merecen sus obras; y los malos que no imitaron su vida ni agradecieron su muerte, echados con su maldición de su faz, padezcan con los demonios tormentos eternos; y los justos que se

aprovecharon de su sangre, sean recibidos en aquellas moradas de alegría y de paz, y gocen de aquella bienaventurada vista de Dios en los siglos de los siglos. El mismo Señor, por la sangre que con tan inestimable caridad derramó por nosotros en la Cruz, nos dé gracia para que conozcamos y agradezcamos este incomparable beneficio y tengamos su Santísima Vida, Muerte y Pasión por espejo y dechado, por regla y nivel, por luz y guía de todos nuestros pensamientos, palabras y obras, para que así le imitemos y seamos partícipes de su gracia y de su gloria. Amén.





ORACIONES

DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ¹.

Jesucristo nuestro Redentor es la fuente de toda la gracia que Dios comunica á toda su Iglesia; es la cabeza que influye en sus miembros todo el sentimiento y movimiento que tienen de vida espiritual; es nuestro Salvador, que con su sangre nos rescató de la tiranía de Satanás; es nuestro maestro, que con su ejemplo y doctrina nos enseñó el camino del cielo, y Él mismo es el camino por donde hemos de andar, y la puerta por donde hemos de entrar, y la vida de que hemos de gozar. Es nuestro medianero y abogado, nuestra esperanza y todo nuestro bien, y así en ninguna cosa nos debemos ocupar tanto cuanto en meditar la vida y muerte de este Señor, como lo hacía la esclarecida virgen y mártir Santa Cecilia; porque como muy bien dice San Bernardo en el sermón XXII sobre los *Cantares*, y San Buenaventura en el prólogo *Vitae Christi*, entre todos los ejercicios espirituales, ninguno hay tan necesario, tan provechoso y que más fácilmente nos lleve á la perfección. Dejando, pues, el discurso de toda la vida del Señor, pondremos aquí algunas oraciones de los principales misterios de ella, que se podrán rezar en sus fiestas y en los demás días del año por todo el discurso de él.

¹ Cada una de ellas tiene concedidos 100 días de indulgencia por los Eminentísimos Señores Cardenales, Arzobispos de Toledo y de Santiago, 80 por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos y 40 por los Excmos. é Ilmos. Sres. Obispos de Salamanca y Barcelona.

Oración del nacimiento del Salvador.

AMABILÍSIMO y dulcísimo Jesús, que siendo Dios eterno hoy salisteis de las entrañas de vuestra purísima Madre, y aparecis-
teis en el mundo niño tierno y sujeto á la inclemencia del cielo y á las injurias del tiempo; poseed vos mi corazón y abrasadle con este fuego de amor divino, para que conozca que vos sois mi Rey, mi Maestro, mi médico, mi pastor, mi amigo, hermano, esposo, padre y Señor, y aquel piadosísimo Salvador que para librarme de mis pecados os abatis-
teis y humillasteis tanto que nacisteis en un establo, y fuisteis reclinado en un pesebre de bestias. ¡Oh amor y bien mío! ¡Cómo se debería alegrar mi alma en este día de vuestro sagrado nacimiento! Porque si cuando nace un Príncipe heredero se regocija todo el reino y se hacen tantas fiestas porque nació un hombre semejante á los demás, y que no se sabe si será la destrucción del mismo reino que se alegra de su nacimiento, ¿con cuánta más razón se deben gozar los que ven á Dios envuelto en pañales, y salir á luz la luz del mundo, y nacer aquel Rey soberano que trae escrito en su muslo: *Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, y aquel Príncipe que no ha de cargar con tributos á sus súbditos, sino pagar con su sangre las penas que ellos merecen? Dadme gracia, Niño benditísimo, para que yo os sepa

dar gracias por esta gracia singular, y para que me sea provechoso este inestimable beneficio. Hacedme estar atento á lo que vos como maestro divino me enseñáis desde la cátedra del pesebre, no hablando sino callando, porque juntamente con ser niño sois Verbo del Padre, cuya niñez habla, y todas las cosas que intervinieron en vuestro nacimiento nós predicán menosprecio, humildad, pobreza y trabajos. El establo, el pesebre, los pañales, la desnudez, el frío y desabrigo y la compañía de las bestias, ¿qué son sino voces vuestras, ¡oh Niño suave y amorosísimo! que nos enseñan que no es mala la pobreza, ni son bienaventurados los ricos, y que el deleite es cuchillo de la virtud?

¡Oh lumbre de mis ojos! ¡Oh vida de mi vida y única bienaventuranza de mi corazón! Escribid Vos esta celestial doctrina en él, y esculpídlas de manera que ni la loca opinión del mundo la pueda borrar, ni los deleites de la carne oscurecer, ni las tentaciones del común enemigo apartarle de la contemplación, del abatimiento de vuestro pesebre, y de la imitación de vuestro humildísimo nacimiento. Y Vos, Virgen purísima que sois puerta del cielo por la cual se nos comunica esta gran luz, y por la cual hemos de entrar si queremos ser partícipes de esta misma luz, favoreced á mi alma pecadora; y por aquella singular gracia que hallasteis en los ojos de Dios, con que entre todas las mujeres criadas y por criar

sola fuisteis escogida por Madre suya, y tuvisteis en vuestros brazos al que por su inmensa majestad no cabe en el cielo ni en la tierra, y envolvisteis en pañales al que viste todas las criaturas, y reclinasteis en un pesebre al que está sentado sobre los Querubines y Serafines, que me alcancéis gracia de este vuestro Hijo suavísimo y benignísimo, para que yo nazca en Él y Él nazca en mí, yo viva en Él y Él viva en mí. Niño es, amorosísimo y amabilísimo es, y conoce que sois su Madre, y como á Madre os ama y reverencia; no os negará cosa que le pidáis, especialmente en el día que con vuestro parto alegrasteis el cielo y la tierra, á los Ángeles y á los hombres, y quedando más limpia que el sol disteis al mundo á Dios humillado y al hombre levantado al sér de Dios.

Oración de la Santísima Circuncisión.

Niño tierno, Jesús dulcísimo, ¿qué quiere decir que hoy sois circuncidado y comenzáis á derramar sangre, y á sentir el dolor del cuchillo que corre por vuestra dulcísima y preciosísima carne? ¿No os bastaba, Señor, tomar la naturaleza del hombre, y parecer menos que los Ángeles en nuestra carne mortal, sino que quisisteis tomar imagen del pecador? Porque, ¿qué es la circuncisión sino indicio de superfluidad y de pecado? Pero quisisteis vos, Señor, fuente de toda santidad, to-

mar la figura de pecador y parecerlo, no siéndolo, para castigar nuestra malicia, que con ser tan grandes pecadores, no lo queremos parecer, y siendo tan desvergonzados para pecar, somos muy vergonzosos para buscar el remedio del pecado. Quisisteis mostraros en la circuncisión verdadero hombre y verdadero hijo de Abraham, y que veníades de aquel pueblo y linaje de que había de nacer el Mesías, y estaba marcado y sellado del Señor con el sello y marca de la circuncisión. Quisisteis vos guardar la ley que disteis, sin ser obligado á guardarla, para enseñarnos la perfecta obediencia y humildad. Quisisteis tomar sobre vos nuestras penas para eximirnos de ellas, y darnos vuestros bienes, y hacernos partícipes de vuestros merecimientos; y obedeciendo vos á una ley tan rigurosa nos librasteis de ella, y la mudasteis en ley blanda y limpia del santo bautismo! ¡Oh Niño tierno! si eres niño y has amor, ¿qué harás cuando mayor? Si ahora siendo tan tierno, y de edad de sólo ocho días, comenzáis con tanto amor á derramar esa vuestra purísima sangre, y darla como señal de la paga que habéis de hacer en la Cruz para redimir las ánimas de los que nos habíamos vendido á Satanás, ¿qué haréis en la misma Cruz? ¡Qué rica y abundante será aquella paga! ¡Qué ríos correrán de sangre! ¡Qué liberal y copiosa será nuestra redención! ¡Cómo crecerá con vuestro cuerpo vuestra misericordia y nuestra salud y remedio! Vinisteis del

alto trono de vuestra majestad á desposaros con vuestra esposa la Iglesia, y dísteisle hoy el anillo precioso de vuestra carne y las arras de vuestra sangre. Estas son las primicias de ella, esta la primera fruta, y por eso es más sabrosa y se debe más estimar; porque si las primeras frutas, aunque sean acedas y menos bien sazoadas, nos suelen ser más gratas y gustosas, ¿cómo no estimaremos y agradeceremos, ¡oh dulcísimo y amabilísimo Niño! esta primera sangre que hoy ofrecisteis al Padre por nosotros en vuestra dolorosa circuncisión? ¿Quién jamás vió herir la cabeza por sanar el brazo, ó cauterizar el miembro más noble por curar el innoble? Antes por guardar la cabeza se ponen naturalmente á peligro los otros miembros. ¿Pues cómo, Señor, siendo vos nuestra cabeza y nosotros vuestros miembros, Vos nuestro Príncipe soberano y nosotros vuestros esclavos recibís en vos las cauterios rigurosos que merecen nuestras culpas para sanarnos de ellas? ¡Oh bondad inmensa! ¡Oh dulzura admirable! ¡Oh bondad infinita! Que siendo vos Niño tierno hacéis oficio de ama, que cuando el niño que cría está doliente toma la purga amarga para que sane el niño. No toma en sí la enfermedad del niño, sino la amargura de la medicina para que él sane. ¿Pues cómo, Dios mío, cómo, Niño bendito, tomáis vos la purga amarga, y padecéis tantas penas y dolores para que nosotros sanemos, sino porque dado que sois

niño sois juntamente nuestra ama, y con la dulzura de vuestra leche nos criáis y sustentáis á vuestros pechos, y por eso para que nosotros como niños dolientes sanemos y cobremos fuerzas tomáis vos la medicina desabrida de dolores, y comenzáis á derramar sangre para lavarnos y curarnos con ella? Bendito seáis vos, Niño santo y amoroso, y bendita sea la sangre que salió hoy de vuestro tierno y delicado cuerpecito, y bendito sea el amor con que vos la derramasteis por gente tan ingrata y desconocida. No permitáis, Señor mío, que se pierda en mí el fruto de tan gran tesoro, y el precio que no tiene precio de nuestra redención. Circuncidad vos, amor mío, mi alma; circuncidad mi corazón espiritualmente para que os sirva. Cortad, mi Dios, la superfluidad de este mi corazón, los pensamientos vanos, los cuidados inútiles, las distracciones desaprovechadas, los afectos desordenados y dañosos; cercenad de mi lengua las palabras ociosas, y de mis ojos cualquiera vista curiosa ó lasciva, y de mis oídos todas las lisonjas, murmuraciones y detracciones, y finalmente, de todas mis potencias y sentidos interiores y exteriores circuncidad todo lo que os desagrada y ofende esos vuestros limpios y clarísimos ojos, y dadme gracia para que de tal manera se componga y quede circuncidado mi espíritu, que merezca ser partícipe del fruto y gloria de vuestra santa circuncisión. Amén.

Oración del Santísimo Nombre de Jesús.

OH nombre de Jesús glorioso, nombre dulce, nombre suave, nombre de inestimable virtud y reverencia, inventado por Dios, traído del cielo, pronunciado por los Angeles, y deseado de todos los siglos. De este nombre huyen los demonios, tiemblan los poderes infernales, por él se vencen las batallas, callan las tentaciones, con él se consuelan los tristes, á él se acogen los atribulados, y en él tienen esperanza todos los pecadores. Porque, ¿qué quiere decir Jesús sino Salvador, y Salvador de pecadores? Hasta aquí, Señor, todos los salvadores que enviasteis al mundo eran salvadores de cuerpos, que ponían en salvo las haciendas, las viñas y las casas, y dejaban perdidas las ánimas y tributarias al pecado, y por él sujetas al enemigo. Mas Vos, Señor, sois Salvador de las ánimas y de los cuerpos, y nos libráis de todos los males de culpa y pena, y hacéis á todo el hombre salvo, y todo esto se encierra en este suavísimo nombre de Jesús. Pues librándonos, Señor, con vuestra preciosísima sangre del pecado, juntamente nos librateis de la servidumbre del demonio, de la tiranía de la muerte, de la horrible y espantosa cárcel del infierno, que eran efectos del pecado, y nos disteis prendas de vida perpetua, de amistad y de vida de Dios, y de la posesión de

todos los bienes que vuestra salud comprende.

Ea pues, Jesús mío, salvadme; salvadme de mis pecados, Salvador mío, salvadme de mis malas inclinaciones, no me dejéis seguir el ímpetu bestial de mis pasiones, libradme de los apetitos de mi propia carne, no permitáis que yo sea esclavo del mundo; venza yo los vanos deseos, los vanos temores y vanas esperanzas de este blando y engañoso tirano; salga yo una vez del cautiverio y de las uñas de Satanás; comience á gustar y sentir vuestra salud, y la dulzura y poder de vuestro nombre bendito. ¡Oh nombre adorado en el cielo, reverenciado en la tierra, y en el mismo infierno admirable! Jesús es miel en la boca, y melodía en el oído, y alegría en el corazón; óleo derramado, derramado del cielo en la tierra para alumbrar, apacentar y sanar; luz para alumbrar nuestras tinieblas, manjar para esforzar nuestros corazones, medicina para curar nuestras llagas, porque todo esto contiene el nombre de Salvador y de salud. Este es aquel nombre amabilísimo en cuya virtud todos los que se salvan se han de salvar, y sin el cual no puede haber salud. Este nombre esforzó á todos los mártires para que con alegría derramasen su sangre por aquél Salvador que había derramado la suya por ellos. Por este nombre fué apedreado San Estéban, crucificado San Pedro, degollado San Pablo, desollado San Bartolomé, asado San Lorenzo, y todos los otros Apóstoles y mártires

azotados y afrentados, perseguidos y muertos, los cuales todos con su purísima sangre consagraron este dulcísimo nombre, ó por mejor decir, de este nombre ellos fueron consagrados.

¡Oh nombre saludable y poderoso para deshacer la hinchazón de la soberbia, refrenar el ímpetu de la ira, apagar la llama de la lujuria, sanar la llaga de la envidia, templar la sed de la codicia, moderar la gula, avivar nuestra pereza, y finalmente, eficacísimo remedio contra nuestros vicios y nuestros males. ¡Oh dichoso y bienaventurado nombre que contiene en sí todos los nombres de Dios, con tanto mayor consuelo que los otros para el hombre, cuanto al pecador es más deseable que las otras cosas el perdón de sus pecados, y la justicia y la salud! Justo es, Señor mío, que os conozcamos y os llamemos Hijo de Dios, resplandor de la gloria, imagen de la divina sustancia, Verbo del Padre, virtud y sabiduría del Omnipotente, heredero de todas las cosas, Rey de los Reyes y Señor de los señores. Justo es que os demos los títulos que os dieron vuestros Profetas, y que os llamemos Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero y Príncipe de la Paz; que os llamemos Oriente, Ángel del gran consejo, y nuestro Justo y nuestra Justicia, y con otros apellidos gloriosos os honremos y alabemos.

Mas todos estos nombres se encierran en el nombre santo de Jesús, pues todos pertenecen

á vuestra gloria ó á nuestro remedio; el cual obrasteis vos como Dios de incomprensible majestad, y como hombre manso y humilde, y humillado por nós; y esto todo quiere decir Jesús y Salvador. A vos, pues, acudimos, Señor; á vos llamamos, vuestro santísimo nombre invocamos contra todas nuestras miserias y males que nos cercan. Salvadnos, Señor Salvador del mundo, pues con vuestra Cruz y vuestra sangre nos redimisteis. Esforzad al flaco, consolad al triste, ayudad al enfermo, levantad al caído, para que como ahora somos favorecidos con vuestro santo nombre, y de Cristo nos llamamos cristianos (porque con la unción de vuestra gracia nos ungís para que peleemos): así después de haber peleado y por vuestra misma gracia vencido, tengamos nombre de salvos, y seamos partícipes del dulcísimo nombre de Salvador y de Jesús para siempre jamás. Amén.

Oración de los Reyes Magos.

PODEROSÍSIMO y benignísimo Señor mío Jesucristo, que vinisteis al mundo para salvarle, y el mismo día que nacisteis enviasteis una nueva estrella á los Reyes Magos para que por ella entendiesen que había nacido en Judea el Rey verdadero y Redentor del mundo, y alumbrados de aquella luz é inflamados de vuestro amor la siguiesen hasta hallaros en el Portal de Belén, y

postrados delante de vuestro acatamiento os diessen vasallaje como á su Rey y os adorasen como á su Dios: yo os suplico humildemente que alumbréis mi entendimiento y encendáis mi voluntad, para que os conozca, ame y siga, y en todo se sujete á vuestra santa ley. Siga yo la estrella de vuestra santa inspiración, y tenga por suma ganancia el dejar mi patria, gustos y regalos cuando vos lo mandáis. Y aunque para obedeceros sea necesario pasar trabajos é incomodidades, y el mundo ladre, y Herodes se turbe, y los malos murmuren, y la luz del cielo alguna vez se esconda, no por eso yo desmaye ni vuelva atrás, ántes imite á estos devotos Reyes, y tome por guía en la noche oscura de esta vida la estrella de la fe, y con ella crea lo que los ojos de carne y humanos no pueden ver.

No me escandalicen el establo, ni los pañales viles, ni la cama dura del pesebre, ni la extremada pobreza y desabrigo en que nacisteis para no temeros por mi Rey y Príncipe del universo, antes siguiendo yo el ejemplo de estos Reyes adore en la carne al Verbo eterno, en la niñez á la Sabiduría infinita, en la flaqueza á la fortaleza de Dios, y en la bajeza del hombre la majestad y gloria divina; y tanto más me humille cuanto más humillado y abatido por mí os veo á vos. Sépaos ofrecer, bien mío, todo lo que de vuestra larga mano he recibido; alma, cuerpo y hacienda, significados por el oro,

incienso y mirra, y reconozca que sois mi Dios y mi Rey, y que por mí os hicisteis hombre mortal. Y vos, Señor, dadme el oro purísimo de vuestra perfectísima caridad, el incienso de una devoción tierna y ternura devota, y la mirra de una mortificación de todas mis pasiones y gustos que repugnan á vuestra divina voluntad. ¡Oh Infante dulcísimo! ¡Oh Niño recién nacido! ¡Oh centro de mi corazón! descanso de mis trabajos, puerto de mis deseos, vida mía, gloria y bienaventuranza mía y mi sumo bien, yo os pido, ruego y suplico humildísimamente que, pues hoy llamasteis y trajisteis á vuestro conocimiento á estos Santos Reyes como á primicias de la gentilidad, que descubráis los rayos de vuestra claridad, y los resplandores de vuestra verdad y doctrina evangélica á los gentiles, que en tantas provincias y naciones del mundo están en la sombra de la muerte y sepultados en las tinieblas de su ceguera. Enviadles, Rey mío, vuestra estrella y vuestra luz para que os conozcan, amen y sigan, y dejando el culto vano de las criaturas, adoren y sirvan á su Criador, que vivís y reináis con el Padre y Espíritu Santo en los siglos de los siglos. Amén.

Oración de la Transfiguración del Señor.

BENIGNÍSIMO Salvador mío, Jesús mío amabilísimo, que en vuestra gloriosa Transfiguración

avivasteis nuestra fe, y nos descubristeis el misterio de la Santísima Trinidad y el de vuestra Encarnación, y mostrándoos resplandeciente y glorioso, nos disteis esperanza que nuestros cuerpos se vestirán de la misma hermosura y gloria, y que donde estuviere la cabeza estarán los miembros; yo os suplico que me otorguéis vuestro perfectísimo amor, para que apartado del bullicio é inquietud de todas las criaturas, atienda á vos, y en el monte santo os contemple y vea transfigurado y vestido de inmensa claridad. Entienda yo, Señor mío, cuán rateras y viles son todas las cosas de este siglo, y cuán sucios y breves los gustos de la carne si se comparan con aquella suma bienaventuranza; pues Pedro, habiendo gustado una gota de aquel río de deleites que alegra la ciudad de Dios, absorto y fuera de sí, y olvidado de todo lo demás, quería hacer su morada en el monte por gozar de aquella vista celestial, y dijo: «Señor, bien estamos aquí» Tómeos yo por Maestro, óigaos, sígaos, y obedézcaos como á Hijo unigénito y querido del Padre eterno, en quien Él se agrada, y por quien le agradan todas las cosas que le agradan. Porque vos, Señor, sois el verdadero legislador, sois el fin de todos los Profetas, el camino y guía del cielo, el dechado de toda santidad, la figura sustancial de vuestro Padre. Vuestras palabras son palabras de vida, vuestra doctrina divina, y el obedecer á ella es suma y perpetua felicidad.

Sea gloria al Padre, sea gloria al Hijo, sea gloria al Espíritu Santo en los siglos de los siglos. Amén.

*Oración de la gloriosa Resurrección
del Señor.*

ENJUGAD ya vuestras lágrimas, ¡oh Reina del cielo! y serenad esos vuestros virginales ojos con el dolor y quebranto oscurecidos; y vuestra alma, por la ausencia del sol eclipsada, reciba con su vista nueva luz. Veis aquí, Señora, á vuestro precioso Hijo, ya no entre ladrones, sino rodeado de Ángeles y Santos; no atormentado, sino gozoso; no desfigurado y muerto, sino resplandeciente y glorioso, y que después de haber quebrantado las puertas infernales, y sacado las ánimas de los Santos Padres, y despojado al cruel tirano que las tenía cautivas, y vuelto el limbo en paraíso, y vestido su afeado cuerpo en el sepulcro de inmensa claridad, y puéstole más hermoso que todas las cosas hermosas, viene á vos resucitado, con una cara llena de gracias, y como un espejo de gloria divina sin mancilla. A vos viene la primera, porque lo sois en el gozo de su resurrección, pues lo fuisteis en sentir los dolores y penas de su Cruz. ¡Oh Virgen benditísima! ¿qué sintió vuestro corazón cuando le visteis tan hermoso, tan glorioso, tan resplandeciente, y aquellas aberturas de las llagas hechas fuentes de

amor? Cuando visteis al Hijo de Dios é Hijo vuestro después de tantas y tan duras batallas vencedor de la muerte, reparador de la vida, triunfador del infierno, pacificador del cielo y glorificador de todo el universo, ¿como le adorasteis? ¿Cómo le abrazasteis? ¿Cómo le hablasteis? ¿Cómo se alegró, regaló y derritió vuestro castísimo corazón con la vista de aquél Señor que con su muerte dió vida al mundo, y le renovó con su admirable resurrección, cuando visteis aquel escuadrón de todas las almas santas que habían salido del limbo, y los despojos de su victoria postrados á vuestros pies, haciéndoos gracias por haber sido medianera de su remedio, libertadora de su cautiverio, y Madre de aquel Señor que con tanta gloria los había rescatado?

Pues ¡oh Virgen santísima! alcanzadme gracia para que yo sienta hoy los sentimientos de vuestro gozoso corazón, para que mi alma se alegre con la gloria y triunfo de mi dulcísimo Salvador, y que siempre tenga memoria de su Cruz y pasión para que así sea partícipante de la gloria de su resurrección. Y vos, Señor, que como otro José os salisteis de la cárcel vestido de ropa de inmortalidad, no para ser Salvador de Egipto, sino de todo el mundo, y como otro Mardoqueo triunfando de la muerte dejasteis á vuestro enemigo Amán colgado del madero, y como otro Jonás salisteis del vientre de la ballena sin haber recibido daño de los dientes de aquella bestia carni-

cera, ni de las espantosas ondas del mar: vos, que hoy disteis vida inmortal á vuestro cuerpo muerto, y con vuestra gloriosa resurrección alegrasteis el cielo y la tierra, los Ángeles y los hombres, los vivos y los muertos, vencisteis la muerte, despojasteis el infierno, quebrantasteis el orgullo de Satanás, y apareciendo á tantos testigos probasteis que verdaderamente habíades resucitado, y nos disteis esperanza que algún día nuestros cuerpos corruptibles y hechos cenizas, por vuestra virtud se vestirán de incorrupción; yo os suplico humildísimamente, bien mío, Redentor y glorificador mío, que de tal manera yo goce de esta fiesta y alegría, que resucite perfectamente en vos, y vos en mí, y viva como hombre resucitado y de la otra vida. Descarnad mi corazón de todas las cosas de la tierra, trasladadle al cielo para que viva con vos, que sois mi sumo y solo bien. Despídase de mí la vana tristeza, el temor, la culpa, el espanto de la muerte, pues que ya ha perdido su fuerza, y vos, que sois mi vida, habéis resucitado, y vivís y reináis con el Padre y Espíritu Santo en los siglos de los siglos. Amén.

*Oración de la admirable Ascensión
del Señor.*

OH Jesús mío! amor, luz, vida y descanso de las almas limpias, y todo nuestro bien, que hoy

subisteis á los cielos con gloria y triunfo, y estais sentado á la diestra del Padre como Rey poderoso; llevad mi corazón con vos, levantadle, robadle y esforzadle para que corra en pos de vos, y os siga, y no se canse hasta que llegue á aquellas corrientes de donde beba y siempre viva. Vos, Redentor mío dulcísimo, como triunfador de la muerte y del pecado, y reparador de la vida, y glorificador del linaje humano, subisteis hoy sobre todos los cielos para honrar con vuestra presencia á vuestro eterno Padre, y enviad á vuestra Iglesia el Espíritu consolador para asentáros en el trono real debido á vuestra humildad y grandeza, y tomar la posesión del cielo para todos vuestros hijos, y alegrar á toda la corte soberana con vuestra vista, y llenar las sillas vacías que perdieron los malos Ángeles, y poblarlas de las almas santas que llevasteis con vos, para que vuestra santísima Madre, viéndoos subir tan triunfante y glorioso, se olvide de todos los dolores que padeció en vuestros tormentos y afrentas, y vuestros discípulos, animados con estas prendas, de buena gana den la vida por la predicación de vuestro Evangelio; y finalmente, para llevar con vos nuestros corazones descarnados de todo amor y limpios de la escoria de la tierra; y estando vos, que sois mi tesoro, en el cielo, allí estén ellos y moren con vos.

Pues, ¡oh bien mío! otorgadme gracia para que viviendo yo con el cuerpo en la tierra, con el co-

razón esté en el cielo, y todo mi amor, mi alegría, mi esperanza, mis pensamientos y deseos estén donde estáis vos. Porque ¿adónde ha de estar mi corazón sino donde está mi tesoro? ¡Oh! ¿Qué otro tesoro puede haber para mí si no sois vos, que sólo sois heredad rica, y vena preciosa y bienaventuranza de todos vuestros escogidos, y centro y descanso de mi afligido corazón? Ea, Señor: ea, fuente de vida, hartad mi sed con ese río de consuelo y alegría que corre por los campos de ese paraíso de deleites y santa ciudad; embriagad mi corazón con la embriaguez sobria de vuestro amor para que se olvide de todas las cosas vanas y engañosas, y solamente se acuerde de las verdaderas y eternas. Y pues vos hoy subiendo á los cielos repartisteis vuestros dones á los hombres, repartid, yo os lo suplico, Salvador mío, vuestro espíritu á toda la Iglesia; dad el dón de luz y prudencia á los superiores, de obediencia y sujeción á los inferiores, de rectitud y justicia á los Reyes, de santidad y perfección á los eclesiásticos, de pureza á las vírgenes, de continencia y paz á los casados, de perseverancia á los justos, de penitencia á los pecadores, y con vuestra divina y larga mano enriqueced de dones los Estados de vuestra santa Iglesia. No abatan los deseos terrenales á los corazones que vos habéis levantado para el cielo, ni ocupen los bienes perecederos á los que vos escogisteis para los eternos, ni los deleites engañosos de esta vida deten-

gan á los que han entrado por el camino de la verdad. Nuestra alma ahora vuela á vos con las alas de los santos deseos, y después, libre de la carga de este cuerpo mortal, llegue á ese puerto de tranquilidad, y goce de vos y de esa bienaventurada y gloriosa compañía en los siglos de los siglos. Amén.

Oración para invocar la gracia del Espíritu Santo, sacada del c. ix de las Meditaciones de San Agustín.

OH amor divino y comunicación santa del Eterno Padre y de su Hijo benditísimo, espíritu poderoso y consolador clementísimo de todos los afligidos, penetrad con vuestra virtud lo más íntimo de mis entrañas, y con vuestra luz alumbrad mi tenebroso corazón. Regadle (que está seco) con el riego de vuestra gracia para que fructifique; heridle con las saetas de vuestro amor y abrasadle con vuestras saludables llamas, para que encendido todo lo más íntimo de mi ánima y de mi cuerpo con vuestro fuego se derrita y transforme en vos. Beba yo de aquel río caudaloso de vuestra dulzura, para que parta mano de todos los gustos venenosos de este mundo. Juzgad mi causa, y apartadme de la gente no santa, y enseñadme á hacer vuestra voluntad, pues sois mi Dios. Bien sé que consagráis el ánima en que

Hijo, y por tanto es bienaventurado el que os tiene por huésped, porque juntamente el Padre y el Hijo moran en él.

Venid ya, venid, benignísimo consolador del alma afligida, y defensor y ayudador cierto y oportuno en la tribulación. Venid, santificador de los pecadores, médico de los enfermos, fortaleza de los flacos, esfuerzo de los caídos, maestro de los humildes, espanto de los soberbios, padre piadoso de los huérfanos, juez justo de las viudas, remedio de los pobres, alivio de los cansados. Venid, norte de los que navegan, y puerto seguro de los que han dado al través. Venid, Señor, venid á mi ánima vos que sois única esperanza de todos los que viven, y verdadera vida de todos los que mueren. Venid, Santísimo Espíritu, venid y apiadaos de mí; conformad mi espíritu con vuestro espíritu y mi pequeñez con vuestra grandeza; sustentad mi flaqueza con vuestro brazo poderoso, para que yo os sirva y os guarde por Jesucristo mi Salvador, el cual vive y reina en vuestra unidad con el Padre en los siglos de los siglos. Amén.

*Oración para alabar á la Santísima
Trinidad, c. xii de las Meditaciones de San
Agustín.*

OH Santa Trinidad! una virtud é indivisa majestad, Dios nuestro, Dios todopoderoso; yo, el

más vil de vuestros siervos, y el más pequeño miembro de vuestra Iglesia, os alabo y bendigo con sacrificio de eterna alabanza por el saber y poder que os habéis dignado dar á este gusanillo. Y porque no tengo otros dones que ofrezco, os ofrezco con grande voluntad y alegría mis deseos interiores y el sacrificio de fe no fingida, y de conciencia pura que por vuestra misericordia de vos he recibido. Yo, pues, ¡oh Rey del cielo y de la tierra! de todo mi corazón creo y confieso que sois mi Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, trino en las personas y uno en la sustancia, Dios verdadero, todopoderoso, una, simple, incorporeal, invisible é ilimitada naturaleza, que ni tiene sobre sí ni debajo de sí cosa mayor ni igual, pero en todas las maneras es perfecta sin deformidad, grande sin cantidad, buena sin calidad, eterna sin tiempo, vida sin muerte, fuerte sin flaqueza, verdad sin mentira, presente sin ocupar lugar, y presente en todo lugar, que hinche todas las cosas sin extensión y en todos los lugares se halla sin contradicción, y mueve todas las cosas sin moverse, y está dentro de ellas y no encerrado, y las crió todas sin tener de ellas alguna necesidad, y las rige sin trabajo, y sin tener principio les da á todas principio, y sin mudarse las muda.

Vos, Señor, sois en la grandeza infinito, en la virtud todopoderoso, en la bondad sumo, en la sabiduría inestimable, en los consejos te-

rrible, en los juicios justo, en los pensamientos secretísimo, en las palabras verdadero, en las obras santo, en la misericordia copiosísimo, para con los pecadores pacientísimo, para con los penitentes piísimo, siempre el mismo, eterno, sempiterno, bien inmortal é inmutable, que ni lo ancho os dilata, ni lo angosto os estrecha, ni lugar alguno os aprieta, ni la voluntad os muda, ni la necesidad os aflige, ni las cosas tristes os entristecen, ni las alegres os alegran, ni el olvido os quita, ni la memoria os añade, ni las cosas pasadas pasan delante de vos, ni las venideras suceden. A quien el origen no da principio, ni el tiempo progreso, ni el acaecimiento fin, sino que ante todos los siglos, y en los siglos y por todos los siglos vivís para siempre, y tenéis alabanza perpetua, gloria eterna, poder infinito, honra singular, reino sempiterno é imperio sin fin por infinitos y sempiternos siglos de los siglos. Amén.

Oración al Santísimo Sacramento.

SEÑOR mío, ¿qué es esto? ¿Qué hallasteis en el hombre, que así andáis como perdido de amores por él? ¿No os bastaba el haberos vestido del saco de nuestra carne, y nacido en un establo, y vivido una vida tan trabajosa, y muerto en una cruz, y dádoos por ejemplo, guía y maestro de nuestras acciones, por precio y rescate de nuestras culpas,

por santificador y glorificador de nuestras almas, sino que con una invención maravillosa habéis querido ser nuestro manjar y nuestro sustento? ¡Oh mar océano de inmensa bondad del Criador, que así se comunica á la criatura! ¡Oh piélago sin suelo del poder de Dios, que así convierte y muda la sustancia de las cosas, y de pan hace carne, y de vino sangre de Jesucristo, y debajo de las especies sacramentales se encierra el Señor de todo lo criado! ¡Oh abismo profundísimo de la sabiduría incomprensible de aquella soberana majestad, que halló tan eficaz y tan saludable medicina para curar todas nuestras dolencias y todos nuestros males! ¡Oh bondad infinita, oh inestimable caridad! ¡Oh benignidad nunca oída, donde el dón es el mismo dador, y el sacerdote es el sacrificio, y el sumo Pontífice es la víctima que ofrece, y el esclavo recibe al Señor, y la criatura á su Criador, y el hombre come el pan de los Ángeles, y con aquel manjar divino se junta, convierte y trastorna en el sumo y solo bien! En los otros Sacramentos se da gracia, y en éste está la fuente de la misma gracia: los otros son dones de Dios, y aquí está el mismo Dios: los otros son medios para llegar á Dios, mas este es el fin y consumación de todos los Sacramentos, y no hay otra joya más preciosa en el cielo ni en la tierra que Dios nos pueda dar que es ésta, pues es la misma de que gozan los bienaventurados, sino que ellos ven á Dios claramen-

te y sin velo, y nosotros debajo de aquellos accidentes de vino y pan. Callen, pues, todas las obras de naturaleza, y callen también las de gracia, porque esta es obra sobre todas las obras y gracia singular. ¡Oh maravilloso Sacramento, que eres vida de nuestras almas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el amor divino, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana! Con este manjar es unida el ánima con su esposo, con éste se alumbraba el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones. despiértanse los buenos deseos, fortalecese nuestra flaqueza, y toma aliento para caminar hasta el monte de Dios.

¡Oh Dios mío y bien mío, Jesús mío dulcísimo y amabilísimo! mi ánima desfallece en la consideración de este inefable Sacramento, y de la entrañable caridad con que le instituisteis, y os dejasteis debajo de esas especies visibles para nuestra compañía, consuelo y remedio. Mi entendimiento se agota, mi lengua se enmudece, mis sentidos no están en sí y pierden sus fuerzas contemplándoos aquí y sabiendo que estáis con

nosotros en el altar. Reconozca yo este soberano beneficio, agradézcale con profunda humildad, aprovécheme de esta medicina de mi alma, coma de este pan de vida, y embriágume con este cáliz del Señor: acuérdeme que murió por mí, y que no soy mío, sino esclavo suyo, y comprado con sangre; y alentado con este memorial de su pasión, y con las prendas de la bienaventuranza, corra en pos de él con paciencia, fortaleza y alegría, hasta que por su gracia le vea cara á cara como él es. Amén.

Oración para el tiempo de la tribulación.

SEÑOR mío Jesucristo, que para mayor gloria tuya y bien nuestro mezclas las cosas alegres con las tristes, y las prósperas con las adversas; yo te doy gracias humildemente porque te has acordado de mí, y visitado á este tu digno siervo con esta pequeña tribulación, y menor que la que mis pecados merecen. Lo que te pido, Señor mío, es gracia para que yo la tome de tu bendita mano como de padre amoroso, pues no lo eres menos cuando azotas que cuando regalas, y que me sepa aprovechar de ella según tu santísima voluntad, á la cual en este trabajo y en todos los demás yo me rindo y sujeto para que hagas de mí lo que fueres servido. Si añadieres trabajos, añade fuerzas para llevarlos, pues sabes mi flaqueza, y que sin Ti ninguna cosa puedo sufrir. Corta y quema

en esta vida, con tal que me perdonen en la eterna. Amén.

Oración á Nuestra Señora para el tiempo de la tribulación.

SEÑORA mía benditísima, ¿quién ha sido en esta vida más atribulado después de vuestro benditísimo Hijo que vos? ¿Quién ha sido más combatido de angustias y penas? ¿Quién atravesado de más agudo cuchillo de dolor? Todas las olas y tormentos que pasó vuestro piadoso corazón, no solamente os sirvieron para ser más semejante en el padecer á vuestro Hijo y acrecentar vuestras coronas, sino tambien para que os compadecieseis más de los que padecemos, y dieseis la mano y sustentaseis con vuestro brazo poderoso á los que sumidos en el abismo de miserias y calamidades, nos anegáramos si no alzásemos los ojos á vos. Yo estoy en la hora presente afligido, el agua me llega á la boca, por todas partes estoy cercado de penas, no tengo en qué respirar, ni veo cosa en que pueda estribar ni hacer pie. El sol se me ha oscurecido, todas las cosas me atormentan, y no tengo otro refugio ni otra estrella á quien mirar sino á vos, en cuyos dulcísimos brazos me echo, y en cuyo fidelísimo patrocinio confío: y sé cierto que antes faltará el cielo y la tierra que vuestro socorro á los que os le piden; y con humildad y devoción esperan en vos; porque cuan-

to las cosas están más apretadas y más sin remedio, tanto las entrañas suavísimas de vuestra piedad y de vuestra poderosa misericordia resplandecen más, sanando las llagas incurables, y dando fácil salida á lo que humanamente parece que no la tiene, como os suplico que lo hagáis en esta mi necesidad. Amén.

Oración para el tiempo de la tribulación, sacada de las Meditaciones de San Agustín, capítulo xxxviii.

HABED misericordia de mí, Señor mío piadoso; habed misericordia de mí, miserable pecador, que hago lo que no debo, y padezco lo que debo, y continuamente os ofendo, y cada día sufro vuestros azotes. Cuando pienso bien mis culpas, conozco claramente que son pequeños los males que padezco, y menores de los que ellas merecen. Justo sois, Señor, y justo vuestro juicio, y no castigáis injustamente, ni afligís con rigor á los que, cuando no éramos, con vuestro poderoso brazo sacasteis del abismo de la nada, y después que nos perdimos por nuestra culpa, reparasteis con vuestra preciosa sangre. Bien sé que esta nuestra vida no pende de caso, ni está sujeta á los movimientos varios ó inciertos de la fortuna, sino que es gobernada de vuestra inefable providencia, con la cual, Señor, disponéis todas las cosas, y tenéis cuidado de lo alto y de lo bajo,

de lo grande y de lo pequeño, del serafín y de la hormiga, y no cae una hoja del árbol sin vuestra sabiduría y voluntad. De todo y de todos tenéis cuidado, y más particularmente de los que colocaron toda su esperanza en sola vuestra misericordia. Por tanto, Señor, yo os suplico que no me castigéis como merecen mis pecados, sino conforme á vuestra gran misericordia, que sobrepuja todos los pecados del mundo. Vos, Señor, que dais exteriormente los trabajos, dad las fuerzas interiores para llevarlos, armadme de una paciencia invencible con que mi ánima esté asida á vos y mi lengua siempre os alabe. Habed misericordia de mí, Señor; habed misericordia de mí, ayudadme, esforzadme, favorecedme, fortalecedme como vos veis que para el ánima y para el cuerpo lo he menester. Amén.

LAUS DEO.





EJERCICIO PIADOSO
DE LAS
SIETE PALABRAS

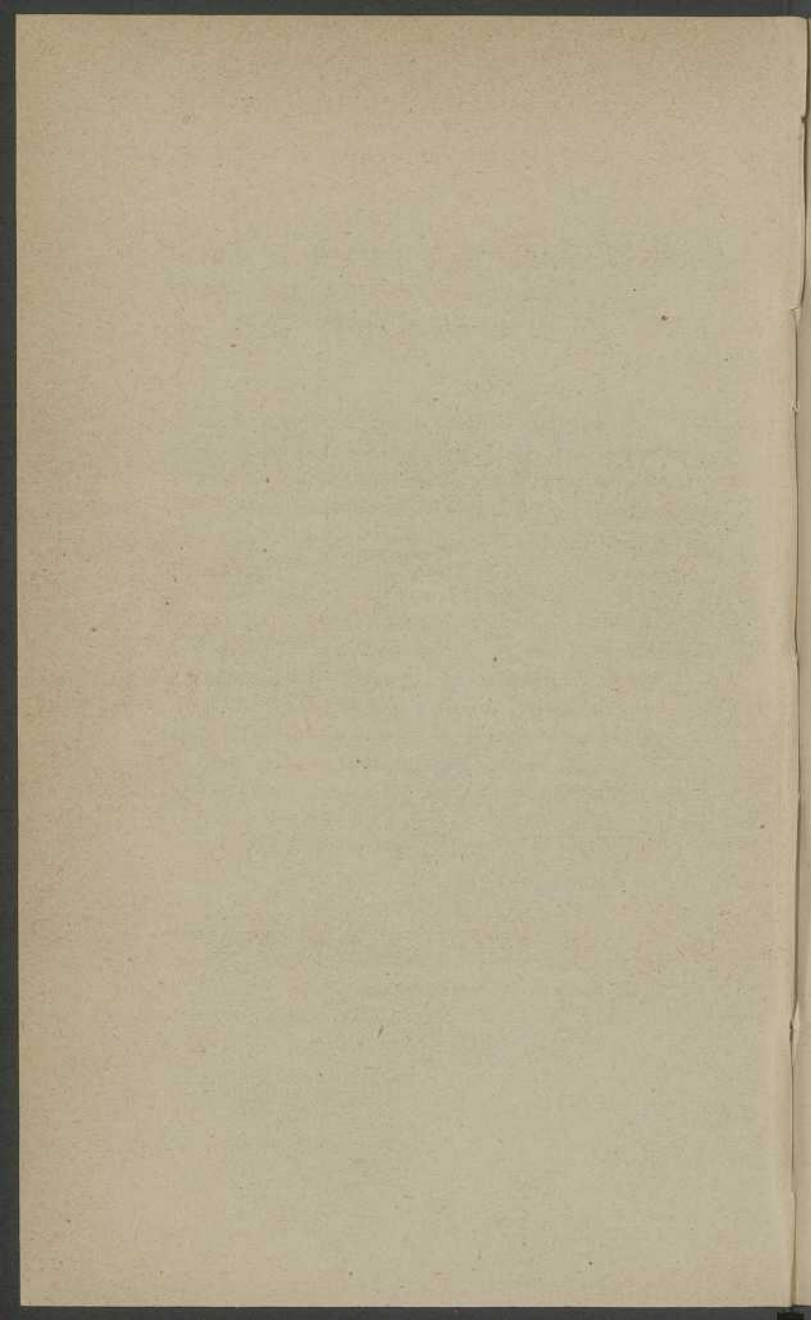
POR EL P. ALONSO MESIA

de la Compañía de Jesús.



Nueva edición

AUMENTADA CON VARIAS PRÁCTICAS DEVOTAS.

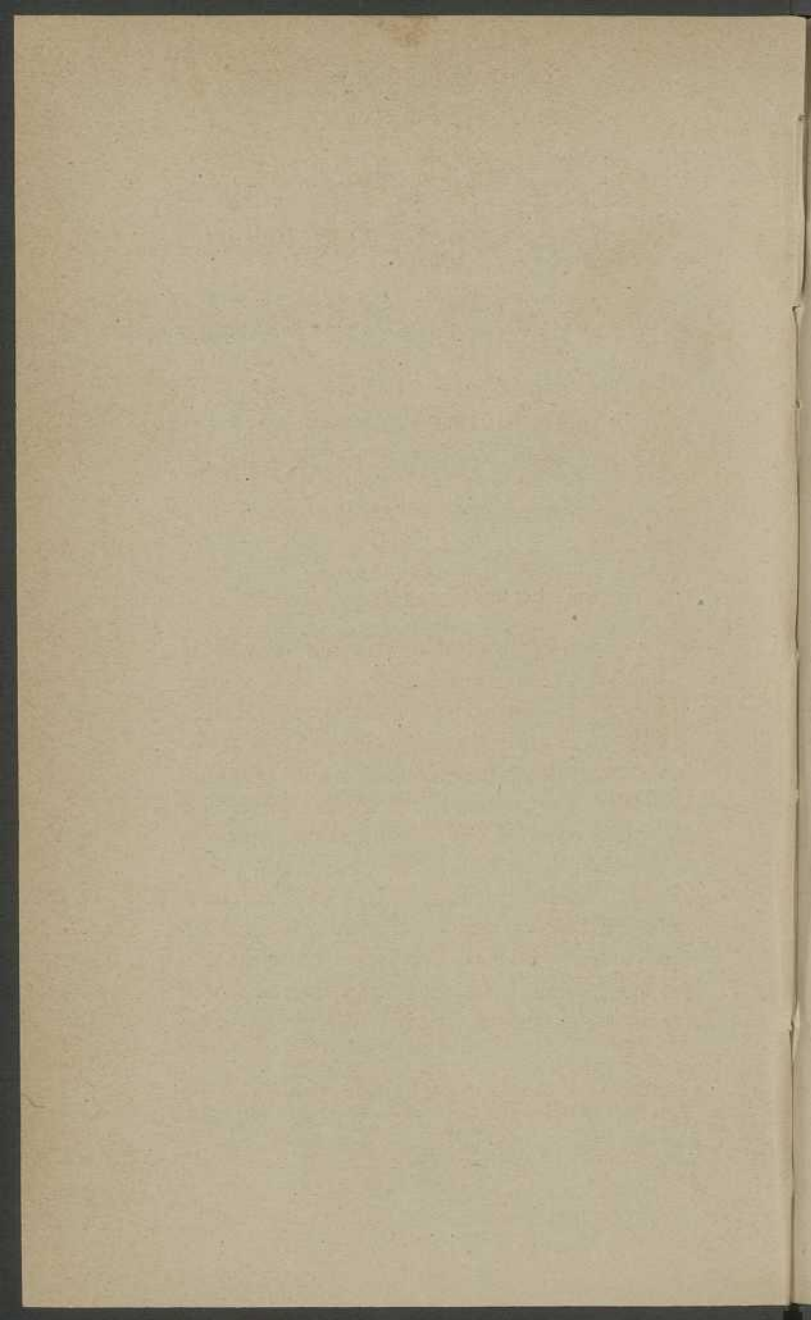


Su Santidad el Papa Pio VII, en su Motu Propio, con decreto Urbi et orbi, expedido á 14 de Febrero de 1815, concedió para siempre:

I. Indulgencia plenaria, aplicable por las almas del Purgatorio, al que, arrepentido, confesando y comulgando el Jueves Santo ó en la Semana de Pascua, y rogando á Dios por la intención del Papa, asistiese á este Ejercicio por tres horas continuas en público ó en privado, ó solo, ó con otros, bajo la dirección de algún Sacerdote, ó con algún librito análogo á esta devoción, meditando, según la capacidad de cada uno, lo mucho que en estas tres horas padeció Jesucristo, ó las siete palabras que habló desde la Cruz, ó bien supliéndolo con rezos, salmos, himnos y otras preces.

II. Después concede 200 días de indulgencia al que en cualquier viernes del año, meditando con devoción la agonía de Jesús, hiciere por algún espacio de tiempo oración, rogando á Dios, como se ha dicho.

III. Y por último, indulgencia plenaria aplicable por las almas del Purgatorio, una vez al mes, al que habiendo meditado y rogado á Dios, como se ha dicho, en los viernes precedentes, confiese y comulgue en el último viernes, ó en la siguiente semana, renovando esta misma devoción de las tres horas del Viernes Santo.





I

EJERCICIO PIADOSO
À LAS TRES HORAS DE AGONÍA

DE CRISTO NUESTRO REDENTOR ¹

MÉTODO DE PRACTICAR ESTA DEVOCIÓN

DISPUESTO el altar con una imagen de Cristo crucificado, y las luces convenientes (que en algunas partes se dispone con tal aparato, que con sola su vista infunde respeto y veneración), sube al púlpito un Padre, y principiando con el *per signum crucis*, y la invocación del Espíritu Santo, que está al principio de este libro, hace una breve exhortación, con que persuade á los presentes cuán justo y debido es que los cristianos acompañen á su Redentor en estas tiernísimas horas de agonía que pasó en la Cruz por su amor y redención. Declárales lo que los Santos han dicho, y las

¹ Esta obrita ha sido traducida al italiano, francés, inglés, alemán, polaco y vascuence.

Santas han entendido en sus revelaciones, de la utilidad que trae el acompañar á Jesucristo en su muerte, para que su Majestad nos acompañe en la nuestra. De esto se hallará mucho en el beato Alberto Magno, en San Bernardo y en las vidas de Santa Catalina de Sena, Santa Gertrudis, Santa Magdalena de Pazzis y otras. Reza alguna cosa á propósito con el pueblo, como una Salve ú otra oración, á nuestra Señora de los Dolores, etc., siéntase después el Padre, y se sienta todo el concurso, y comienza el Padre á leer la Introducción, que está al principio de este libro. Leída ésta, se hincan todos, y meditan en silencio alguna cosa de la Pasión, mientras en el coro, con suaves instrumentos, se canta alguna letra propia de la Pasión.

Después se sienta el Padre y todo el concurso y lee desde el púlpito, con pausa, afecto y voz tierna la primera palabra, como está en este librito. Acabada, se hincan todos, y se cantan en el coro con suaves instrumentos dos ó tres coplas, que digan sobre la misma primera palabra. Al fin de esta canción se pone el Padre en pié, quédase el pueblo de rodillas, y reza alternativamente con él algunas oraciones, como un Padre nuestro y diez Ave-Marías, ó dice algunos afectos, según se expresará en cada palabra.

Siéntanse después todos, y lee la segunda palabra, la cual acabada, se hincan todos, y se canta en el coro alguna cosa propia de la segun-

da palabra. Después se reza, etc., y este mismo método se guarda en cada una de dichas siete palabras.

Aquí se advierte, que el predicador ó director se ha de ir acomodando y proporcionando al tiempo, para que ni falte ni sobre de las tres horas, pues esta devoción pide acabarse al mismo tiempo en que espiró Jesucristo; y así, se ha de ir con más pausa, ó con más prisa en lo que leyere ó rezare, etc., según lo que pidiere la medida del tiempo. Y si reconoce que todavía resta mucho tiempo, interpolar la letra con una ú otra exhortación breve, donde viniere á propósito, y así llenará más tiempo, para que pueda llegar con la devoción al fin de las tres horas.

Ya que son cerca de las tres, acabada la última palabra, se sientan, y lee con mucha pausa, ternura y devoción el último apóstrofe, que está en el fin de este mismo libro. Y si aun sobra tiempo bastante, dice en pie las saluciones de las llagas de Jesucristo, que están al fin puestas; pero si falta tiempo, se omiten éstas.

Cerca ya de las tres, se hincan todos, y en el coro se entona con voz muy tierna el Credo, y se mide de modo que den las tres al tiempo del *incarnatus, et crucifixus, et mortuus est.*

Aquí se pone en pie el Padre, y con grande y lastimero grito, dice: «Ya murió Jesucristo, ya espiró nuestro Redentor, ya acabó la vida nuestro Padre;» y con gran fervor prosigue exhortan-

do al llanto, á la compasión, ternura y contrición, ya hablando con Jesucristo, ya con su Madre Santísima y dolorida, ya con los pecadores, etc., y remata con un fervoroso Acto de contrición.



HYMNUS

Veni Creator Spiritus,
Mentes tuorum visita,
Imple superna gratia,
Quae tu creasti pectora.

Qui diceris Paraclytus,
Altissimi donum Dei,
Fons vivus, ignis, charitas,
Et spiritalis unctio.

Tu septiformis munere,
Digitus paternae dexteræ,
Tu rite promissum Patris,
Sermone ditans guttura.

Accende lumen sensibus,
Infunde amorem cordibus,
Infirma nostri corporis
Virtute firmans perpeti.

Hostem repellas longius,
Pacemque dones protinus,
Ductore sic te praevio,
Vitemus omne noxium.

Per te sciamus, da Patrem,
Noscamus atque Filium,
Teque utriusque Spiritum
Credamus omni tempore.

Jesu, tibi sit gloria
Qui passus es pro servulis,

Cum Patre, et almo Spiritu
In sempiterna saecula. Amén.

SALUTACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven á nuestras almas,
Oh Espíritu Santo,
Y envíanos del cielo
De tu luz un rayo.

Ven, Padre de pobres,
Ven, de dones franco,
Ven, de corazones
Lucido reparo.

Ven, consolador
Dulce, y Soberano
Huésped, de las almas
Suave regalo.

En los contratiempos
Descanso al trabajo,
Templanza en lo ardiente,
Consuelo en el llanto.

Santísima luz
De todo cristiano,
Lo íntimo del pecho
Llena de amor casto.

En el hombre nada
Se halla sin tu amparo,
Y nada haber puede
Que no le haga daño.

Con tus aguas puras

Lava lo manchado,
Riega lo que es seco,
Pon lo enfermo sano.

Todo lo que es duro
Doblegue tu mano;
Gobierna el camino,
Fomenta lo helado.

Concede á tus fieles
Estén confiados
De tus altos dones
Sacro septenario,

Aumento en virtudes
Haz que merezcamos;
Del eterno gozo
Da el feliz descanso. Amén.

Ven, Criador Espíritu amoroso,
Ven, y visita el alma que á Tí clama,
Y con tu soberana gracia inflama
Los pechos que criaste poderoso.
Tú, que abogado fiel eres llamado,
Del altísimo dón, perenne fuente
De vida eterna, caridad ferviente,
Espiritual unción, fuego sagrado.
Tú te infundes al alma en siete dones,
Fiel promesa del Padre soberano,
Tú eres el dedo de su diestra mano,
Tú nos dictas palabras y razones.
Ilustra con tu luz nuestros sentidos,

Del corazón ahuyenta la tibieza;
 Haznos vencer la corporal flaqueza
 Con tu eterna virtud fortalecidos.
 Por Tí, nuestro enemigo desterrado,
 Gocemos de paz santa duradera;
 Y siendo nuestra guía en la carrera
 Todo daño evitemos y pecado.
 Por Tí al Eterno Padre conozcamos,
 Y al Hijo, Soberano Omnipotente,
 Y á Tí, Espíritu, de ambos procedente,
 Con viva fe y amor siempre creamos.
 Toda gloria sea dada al Padre Eterno,
 Y al Hijo, de la muerte victorioso,
 Y al Soberano Espíritu amoroso,
 Ahora y siempre y por siglo sempiterno.
 Amén.

(Fray Diego González.

INVITACIÓN.

Por su pueblo fementido,
 Ya clavado en un madero,
 Va Jesús, manso Cordero,
 Sobre el Gólgota á morir.

Quien de serle fiel se precia,
 ¡Ah! no pierda estos momentos,
 Y sus últimos acentos
 Presto, presto venga á oír.



INSTRUCCIÓN PREVIA.

TODOS los fieles cristianos, amantes de nuestro Salvador Jesús, redimidos y rescatados con el precio de su preciosísima sangre, Pasión y muerte, del cautiverio de la culpa y del demonio, debemos contemplar con suma atención y reverencia los tormentos, congojas y angustias mortales que en el espacio de estas tres horas de agonía, desde las doce hasta las tres de la tarde, padeció nuestro amorosísimo Redentor en la Cruz. Fueron tan terribles y crueles, que, como dice San Bernardo, no hay entendimiento humano que lo pueda comprender, ni lengua criada que lo pueda explicar. No tenía cosa sana el Salvador, desde la planta del pie hasta lo más alto de la cabeza. Míralo bien, alma, en esa Cruz, todo, de los pies á la cabeza, hecho una llaga, abiertas las espaldas y todo el cuerpo con los azotes, descoyuntado con los golpes el pecho, traspasada terriblemente la cabeza con las espinas, mesados los cabellos, arrancada la barba, herido el rostro con las bofetadas, las venas desangradas, seca la

boca con la sed, la lengua amarga con la hiel y vinagre, las manos y pies barrenados y atravesados con los crueles clavos, rasgándole más estas heridas el peso de su mismo cuerpo; el corazón afligido, y el alma á punto ya de espirar, se le arrancaba con indecible tristeza y congoja. Pero, á la verdad, no era esto lo que más le atormentaba, pues de su voluntad se había ofrecido á los tormentos de la Cruz. Lo que más le atravesaba el corazón en la agonía de estas tres horas eran nuestras culpas y nuestra vil correspondencia. Nuestra ingratitud era la que causaba aquellas terribles agonías de muerte. ¡Ay, alma! ¿Quién no aborrecerá con todo el corazón las culpas, pues tan mortales agonías le causaron á nuestro amosísimo Salvador?

En estas tres horas de tan espacioso tormento, sin que las olas de tantas amarguras pudiesen apagar el incendio de su caridad, nos tuvo delante á todos para ofrecer por nosotros su sangre y su vida con entrañable amor, en sacrificio á su Eterno Padre. En estas tres horas, aunque nosotros no le vimos con nuestros ojos, Él, con su inmensa vista nos vió y tuvo presentes, para ofrecerse por cada uno, como si cada uno de nosotros fuera solo en el mundo y en su amor. En estas tres horas vió claramente cada una de nuestras culpas, con todas sus circunstancias, como las ve después cuando se cometen, afligiéndole con tan profundo sentimiento, que, compa-

decido de nosotros, ofreció su sangre preciosísima en paga de nuestros delitos. En estas tres horas, con la amargura de sus agonías, despojó al demonio, príncipe del mundo, de la escritura y obligación de nuestras culpas, y, clavándola consigo en la Cruz, la borró con su sangre. En estas tres horas, con el precio de sus agonías, nos alcanzó de su Eterno Padre los tesoros todos de su clemencia, todos los buenos pensamientos y santas inspiraciones, y todos los socorros de su gracia. ¡Oh bienaventurada memoria de nuestro dulcísimo Redentor! ¡Oh dichosas tres horas de oro, corridas por nuestros yerros, en que merecimos hallarnos presentes en el Monte Calvario, no de lejos ni junto á la Cruz, sino en el mismo corazón y memoria de nuestro amorosísimo Redentor, para lograr toda la gracia de su amor y de su infinita caridad! De verdad, almas, que no cumplimos lo que debemos á nuestro dulcísimo Jesús si en estas tres horas no morimos de amor.

Volvámonos, alma, al Eterno Padre, nuestro Dios y nuestro Juez, y, esforzados con las agonías de nuestro Redentor Jesús, digámosle con todo el afecto y rendimiento de nuestros corazones: Oh Padre Eterno, Juez y Señor de nuestras almas, cuya justicia es incomprensible. Ya que ordenaste, Señor, que tu inocentísimo Hijo pagase nuestras deudas, mira, Señor y Padre nuestro, la agonía tan terrible en que se

ve por tu obediencia y por nuestras culpas en estas tres horas; mira la paga que te ofrece tan copiosa en su sangre y agonías para que así se aplaque tu justicia. Cese, Señor, tu ira, cese tu enojo; y pues te ves tan abundantemente pagado y satisfecho, quedemos libres los deudores, y merezcamos por estas tres horas de agonía de tu amantísimo Hijo Jesús todo aquello que te pidió para nosotros, el perdón de nuestras culpas, y los socorros eficaces de tu gracia, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Antes de dar principio á las Palabras se cantará:

Al Calvario, almas, llegad,
Que nuestro dulce Jesús,
Desde el ara de la Cruz
Hoy á todos quiere hablar.

Aquí se arrodillan todos á pedir lo dicho, y entre tanto se canta alguna Lamentación, ó se tocan algunos instrumentos un breve rato, siéntanse luego, y se lee la primera palabra.





PRIMERA PALABRA

que habló el Señor en la Cruz:

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

PUESTO Nuestro Señor Jesucristo como Maestro celestial en la cátedra de la Cruz, habiendo callado hasta entonces con tan profundo silencio, abrió sus labios divinos para enseñar al mundo en siete palabras la doctrina más alta de su amor. Atiende, pues, alma; aviva las potencias; mira que el mismo Dios es quien te enseña, y te ha de tomar estrecha cuenta de estas siete lecciones. ¡Oh Jesús amoroso! ¡Oh Maestro divino! Hablad, Señor, que vuestros hijos oyen.

Toda la naturaleza se conmovía al ver padecer á su Criador tan atroces agravios; el cielo se enlutaba en oscuras sombras; estaba para estremecerse la tierra en terribles movimientos, para hacerse pedazos las piedras por herirse entre sí las piedras, para abrirse los sepulcros; los Ángeles asombrados al ver á su Señor entre tan crueles tormentos, los demonios con rabia y envidia,

porque no se ejecutaba en los hombres el castigo que merecían por las culpas como se había ejecutado en ellos. Pudiéramos imaginar que, irritada la naturaleza contra los pecadores, clamaba al Padre Eterno por justicia y venganza: *Usquequo, Domine, Sanctus, et verus, non vindicas sanguinem Filii tui?* ¿Hasta cuándo, Señor justiciero y santo, no tomas venganza en los pecadores, de la sangre y agravios de tu inocente Hijo? Y que cuando á este clamor ya la Divina Justicia armaba el rayo de su ira para la venganza, entonces el Redentor del mundo, mostrando su infinita caridad, levantando sus eclipsados ojos á su Eterno Padre, y representándole su obediencia y sus merecimientos, le dijo: Padre y Señor mío, detén el brazo de tu justicia, y por esta Cruz en que muero, y la sangre que en ella estoy derramando, te pido, Señor, y te ruego, que perdones á los pecadores las culpas con que me han puesto en esta Cruz; perdónalos, Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.

¡Oh alma pecadora, abre los ojos y los oídos, y al escuchar en esta primera palabra á Jesús, que llama Padre tuyo y de todos á su Eterno Padre, conoce la alteza de tu origen! Hija eres, no de otro Padre que del eterno Dios. ¡Oh Padre Eterno! ¿Mi Padre tú? ¿Y yo tan ruin hijo? ¿Qué ceguedad me aparta de tus ojos? ¿Qué locura es la mía, que dejo tus caricias y tu gracia por el vil amor de las criaturas?

¿Dónde estoy con mis culpas? ¿Adónde voy con mis pasiones? ¿Qué estado es el que tengo, después que te ofendí? ¡Oh Padre amoroso, aquí perezco miserable en mis delitos! ¿A quién volveré los ojos? ¿Volveré á Tí, Padre beniguísimo? Mas ¿cómo ha de tener ojos un ingrato para volver á la presencia de un Padre, á quien tanto ha ofendido? Ea, vuelve, alma afligida, vuelve, que al fin es tu Padre. Iré, pero ¡ay mi Dios! que me falta el aliento, porque son innumerables mis torpezas y mis ruindades, y temo que sus ojos han de ser para mí formidables rayos; mejor será morir y no llegar. Ea, vuelve, alma arrepentida, vuelve, que al fin Él es tu Padre, y tu mismo Hermano Jesús, á quien has crucificado con tus culpas, te apadrina, y pide al Padre Soberano te perdone, ofreciendo su sangre por tus culpas. ¡Oh mi Jesús! ¡Oh Hermano amorosísimo! Dame esos pies para que yo los bese con mis labios, y riegue con mis ojos. Tú ruegas por el perdón de mis abominaciones; y yo ¿no muero aquí de amor tuyo? ¡Ay! ¿Qué dureza es la mía? Ea, llega confiada, alma arrepentida; llegad, pecadores todos, á lograr las misericordias, que ya está el cielo rebosando piedades, porque el amorosísimo Jesús ruega por todos al Padre Eterno, y le dice con profunda reverencia: « ¡Oh Padre de piedades, aquí tienes ya á los tristes pecadores! No mires, Señor, á que ellos me crucifiquen á mí, sino á que yo

muero por ellos; vivan ellos, pues por ellos muero; no mires su ignorancia, sino mi amor; no mires su ingratitud, sino mi Sangre derramada; no mires sus culpas, sino esta vida que te ofrezco por ellos en esta Cruz; perdónalos, Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.*

¡Oh caridad infinita de nuestro amantísimo Jesús, cuyo incendio de amor no pudieron apagar las aguas impetuosas de tanta crueldad y tribulación! ¡Oh qué doctrina tan alta, la que nos enseña en esta primera palabra! Mira, alma, cómo excusa del modo que puede á los que le crucifican, y cómo perdona á sus crueles enemigos, y en ellos á todos los pecadores que le ofenden, y con sus ofensas le han puesto en la Cruz: «Padre, dice, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Aprende, alma, de este ejemplo, á no acusar ni exagerar los defectos ajenos, ni los agravios que te hicieron; aprende á excusar las faltas de tus prójimos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas, no á la peor parte, sino á ignorancia, á inadvertencia, á celo, ó á otra intención menos mala. ¡Oh cargo espantoso, el que por esta primera palabra se ha de hacer al vengativo y rencoroso! Jesucristo pide al Eterno Padre te perdone tantas malas palabras, y tantas malas obras con que le agraviás y crucificas; ¡y tú, alma vengativa y rencorosa, no perdonas una leve palabra ó un leve agravio por Jesucristo! ¿Qué obstinación es esta, pecho ca-

tólico? ¿Qué tiene de cristiano quien no tiene piedad de su enemigo? Si á quien te lisonjea halagas, y á quien te ofende muerdes, ¿qué tienes más que el bruto? ¿Y por qué tienes el nombre de cristiano? Pues mira que te ha de medir Jesucristo con esa misma vara, y que te ha de negar todo lo que á tu prójimo niegas. ¿Le niegas el habla, le niegas los ojos, no le das la mano? Pues no te dará la mano Jesús, no le oirás una buena palabra, no le verás los ojos. Perdona, cristiano, si quieres que Jesucristo te perdone. ¡Oh Padre Eterno! Ya perdono, Señor, á todos mis enemigos una y mil veces, en reverencia de tu Santísimo Hijo, para que Tú me perdones las innumerables culpas que he cometido contra tu Divina Majestad. Perdóname, Señor, que no supe lo que hice cuando te ofendí; y aunque por haberte sido tan ingrato no merezco yo ser oído, lo merece tu preciosísimo Hijo, que por su sangre y agonías te pide en esta hora me perdones. Perdóname, Señor, que no supe lo que hice: misericordia, Padre piadosísimo, por tu amantísimo Hijo Jesús.

Aquí se postran un rato para meditar sobre esta palabra; cántase entretanto alguna Lamentación, y luego, en acción de gracias por el perdón que nos pidió el Señor, se reza cinco veces ó más lo siguiente:

Seas infinitamente alabado, mi Jesús crucificado, que nos pediste el perdón de todos nuestros pecados.

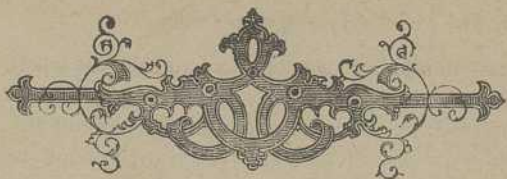
Luégo, al fin, se harán los actos siguientes:

Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios sobre todas las cosas; pésame de haber ofendido á Dios, por ser Dios quien es; propongo nunca más ofenderle. María, Madre admirable, Abogada de pecadores, por Cristo crucificado, que nos alcances perdón y gracia eficaz para no caer en pecado.

Pues que fuí vuestro enemigo,
Mi Jesús, como confieso,
Rogad por mí, que con eso
Seguro el perdón consigo.

Cuando loco te ofendí
No supe lo que me hacía;
Buen Jesús del alma mía,
Rogad al Padre por mí.





SEGUNDA PALABRA

que habló el Señor al Buen Ladrón:

Hoy serás conmigo en el Paraíso.

CONSIDERA á Jesús, alma devota, entre dos pecadores, el uno arrepentido, y endurecido el otro; el uno que se ablanda, y el otro que se obstina; el uno que se salva, y el otro que se condena. ¡Oh misterios profundos de la predestinación! Mas ¡oh descuido el más lamentable de los mortales! Alma, que me oyes la diferencia de estos impenetrables destinos, mira bien en tu interior á cuál número perteneces: si al del buen ladrón, que se salvó, ó al del malo, que se condenó; si te salvarás con el uno, ó te condenarás con el otro. ¿Cuántos de los presentes irán á ser compañeros del infeliz ladrón en los infiernos? ¡Oh qué punto tan formidable! Hombre, ¿cómo vives tan descuidado? ¿Y tú, mujer, tan olvidada en materia tan contingente y tan incierta? Mira á cuál de estos dos ladrones tienes envidia, si al infeliz rebelde ó al humilde. Si al humilde, ¿cómo no

eres humilde, y estás en esa Cruz de tus vicios tan soberbio y rebelde? ¿Pecador y soberbio? mal ladrón. ¿Pecador y humilde? Feliz hombre. El malo se vuelve contra Jesucristo, y, como renegando, lo baldona y lo maltrata como á Dios fingido. Eso hace quien peca y quien maldice; eso hace quien reniega y quien vota, añadiendo á la ofensa de los vicios la contumelia de los desprecios. No así el feliz ladrón, que, alumbrado de los rayos divinos de Jesús, lo reconoce, lo confiesa y lo adora por su Dios verdadero. ¡Oh Dios, ¡qué eficaz es tu luz! ¿Quién habrá que resista á tus auxilios? ¡Ay almas! No malogréis los llamamientos. Herido de ellos el feliz hombre, vuelve, y con tierna voz le dice á Cristo: « Señor, en Tí confío, en Tí espero; eres mi Señor, mi Dios y mi Redentor, acuérdate de mí cuando te veas en tu Reino. » ¡Oh qué pecador tan dichoso! ¿Quién te dijo, hombre facineroso, que era ese Crucificado tu Señor, tu Dios y tu Redentor? ¡Qué confusión tan grande á los judíos, ver que un ladrón confiesa en una cruz á Jesucristo, y que ellos después de tantas maravillas lo negasen! Mas ¿qué de los cristianos que lo confiesan con los labios y lo niegan con las obras? ¿Qué confesión es la tuya, hombre torpe y vicioso? Mujer perdida y escandalosa, ¿cómo confiesas? Si no eres firme como el buen ladrón hasta morir en tu confesión, sino que apenas confiesas, cuando vuelves á tus vicios y escándalos, ¿qué confe-

sión es esa? Esa no es confesión del buen ladrón, sino del mal ladrón, obstinado y réprobo.

Al punto que oye Cristo las voces del ladrón que lo confiesa y le pide perdón, sin dilación alguna le perdona las culpas y las penas. Hoy, le dice, estarás conmigo en el Paraíso, hoy, viernes de mis penas. ¡Oh día! ¿Quién hay que no te logre? ¡Oh feliz pecador! Oh dichoso arrepentido! Llegaste en gran día; llegaste cuando estaba el Redentor con la llave en las manos, y con la puerta de par en par abierta. Hoy, almas, no es día de penas para el hombre, que se echó sobre sí Jesús todas las penas. Hoy no hay una gota siquiera de tormento, que agotó Jesús hoy todos los tormentos. Hoy no hay, para el que se arrepiente, infierno, que el infierno le tomó para sí Jesús en sus dolores. Hoy todo es para el pecador paraíso, hoy todo es suavidad, todo es gloria. Venid, pues, á lograr tan buen tiempo, pecadores perdidos; con poca diligencia, con un buen corazón y una palabra, con un mirarle tierno y amoroso, con un suspiro de un pecho atravesado se consigue. Pues ¿cómo hay corazón que hoy te desprecie? ¡Oh Jesús benignísimo! ¡Qué liberal estás, qué manirroto, qué pródigo del cielo! ¡Oh corazón dulcísimo, todo amor, todo ansias por salvar pecadores! Comunica, Señor, al mundo esas piedades; abrasa de ese afecto todos los corazones; conviértase hoy el mundo, gran Señor; mira cómo se pueblan los infiernos, no sólo de

gentiles, herejes y judíos, mas también de cristianos; ¡qué dolor! ¡Hoy, mi Jesús, se han de condenar innumerables! Ya basta, Señor, que es lástima y dolor insufrible que tu sangre en tantos se malogre. Piedad con los cristianos, gran Señor; mira tu rebaño, no se glorié el demonio de ver tanto triunfo; sálvense todos hoy, pues rebosas perdones, que ya todos, Señor, con el buen ladrón, arrepentidos, te confesamos nuestro Dios y nuestro Redentor, proponemos hacer una verdadera confesión; para ella, Señor, te pedimos un dolor verdadero, y que hoy te acuerdes de nosotros en tu Reino.

Aquí se postran para meditar sobre esta palabra. Cántase su lamentación, y luego cinco veces se le pide al Señor lo que el buen ladrón, diciendo:

Acordaos de mí, Señor, en vuestro Reino, por vuestra piedad y misericordia.

Luego se dice: Creo en Dios, espero, etcétera; pág. 144.

Reverente el buen ladrón
Imploró vuestras piedades;
Yo también de mis maldades
Os pido, Señor, perdón.

Si al ladrón arrepentido
Dais lugar allá en el Cielo,
Ya yo también sin recelo
La gloria, mi Dueño, os pido.



TERCERA PALABRA

*que habló el Señor á su Madre: Mujer, ves ahí á tu hijo.
Y al discípulo Juan: Ves ahí á tu madre.*

MIRANDO el Salvador desde la altura de la Cruz en profundo golfo de amargura á su amorosísima Madre, le arrojó á su triste seno otro golfo de cuidados y de ansias, entregándole en Juan por hijos á todos los mortales. ¡Oh Madre afligidísima! ¿Qué espada es esta que de nuevo os atraviesa el corazón? Por hijos os encomienda vuestro Divino Hijo Jesús á todos los pecadores para que los recibáis por hijos en su lugar. ¡Oh qué trueque tan sensible! ¿Perdéis en Jesús un Hijo tan amable, y habéis de acoger por hijos en los pecadores unos hijos tan perversos y viles, que han crucificado á vuestro mismo Hijo con sus culpas? ¡Oh Señora dolorosísima! ¿Qué tormento es este? ¿No os basta de dolores? ¿Sobre Vos tanto ingrato? ¿A vuestro triste pecho tanto ruin hijo? ¡Oh caridad infinita del Salvador con los pecadores, pues les deja por Madre á su misma Madre! ¡Y oh piedad inmensa de la Madre, que desde aquella hora, piadosa y compasiva, amoro-

sa y tierna, acepta y abriga como Madre cuidadosa en su seno á todo el mundo! ¡Oh amparo universal del mundo entero! ¿Cómo podrá nuestro corazón mostrar el agradecimiento de que nos aceptáis por hijos? ¿Con qué obsequios os podremos corresponder agradecidos? ¡Oh pecadores dichosos! Mirad bien la Madre que gozáis; mirad bien la Madre que tenéis; vuestra Madre es María, la que es Madre de Dios; una Madre toda llena de gracia, una Madre espejo de santidad y pureza; y no dice bien Madre tan santa, y los hijos tan perversos; Madre tan pura, y los hijos tan inmundos y torpes. ¡Oh gran Señora! Ahora acogednos en vuestro amparo para que seamos dignos hijos vuestros; que pecho por tierra os ha de confesar por Madre todo el mundo. Aquí, sin duda, temblaría todo el infierno al oír á Cristo esta palabra; sin duda los demonios se abrasarían de envidia. Hombres, oid; infernos, escuchad: María es Madre de pecadores, Madre de justos, Madre de todos. ¡Oh Señora! Una y mil veces os beso esos sagrados pies, y con un grito que se oiga en tierra y cielo digo á voces: Hijo soy, aunque indigno, de María. ¡Oh Señora! Dadme Vos que como hijo os mire y sirva, y que os ame en cuanto pueda, como vuestro Hijo Jesús.

Para aquí son, almas devotas, las ternuras amorosas con vuestra Madre; levantad los ojos llenos de amor y agradecimiento á Jesús, que Él

os la da y entrega por Madre, y en Ella todos los bienes juntos de su misericordia para vuestra salvación, porque nadie se salva si no es por María, nadie consigue perdón sino por María, y nadie consigue beneficio alguno sino por María. ¡Oh Jesús amorosísimo y liberalísimo! ¿Qué afecto fué el que os obligó á tal ternura, á tal exceso y liberalidad? *Ecce Mater*, te dice, alma; mira á tu Madre. ¡Oh Madre! Te miro con mi vida y con mi alma. Mira bien, alma, á María; levanta á ella tus ojos y tu corazón, que también te dice: *Ecce Mater*: mírame por tu Madre. Mírala afligida por las culpas; acompáñala con tu dolor, que Ella ruega por tí; pídele misericordia y perdón; pídele, por sus dolores, auxilios eficaces, y que en la hora terrible de la muerte te mire como á hijo: ¡Oh Señora! ¡Oh Madre mía! Ahora y en la hora de mi muerte muéstrate ser Madre mía; vuelve á mí esos tus ojos misericordiosos de amorosa Madre; mira el entrañable dolor que te hemos costado al pie de la Cruz; no se malogren tus dolores; lógrelos yo con tu amparo ahora y en mi último trance. Mas hoy quisiera yo, Madre amabilísima, para mostrar que soy tu hijo, morir contigo de amor y dolor al pie de esa Cruz. ¡Oh muerte de ternuras, ven ahora, y muera yo de dolor y de amor á los pies de mi Madre María y de mi amorosísimo Jesús!

*Aquí se postran á meditar sobre esta palabra.
Cántase su Lamentación, luégo, en acción de gracias*

á Jesús, porque nos dió por madre á María, y á María para implorarla por Madre, se reza cinco veces lo siguiente:

Madre dolorosísima, Madre nuestra, ruega por tus hijos los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Luego se dirá al Señor:

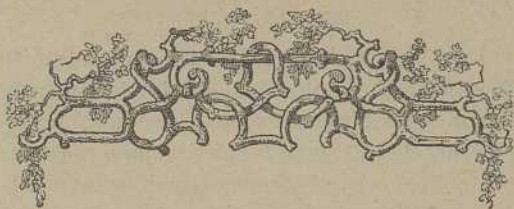
Jesús dulcísimo, gracias te damos porque nos diste por Madre á tu Madre María.

Luego: Creo en Dios, espero en Dios, *etcétera*, pág. 144.

Jesús en su testamento
A la Virgen hoy nos da;
¡Oh María! ¿Quién podrá
Explicar tu sentimiento?

Hijo vuestro quiero ser;
Sed Vos mi Madre, Señora,
Que os prometo desde ahora
Finamente obedecer.





CUARTA PALABRA

*que habló el Señor; Dios mío, Dios mío, ¿por qué
me has desamparado?*

DESPUÉS de haber cumplido el Salvador con todas las finas atenciones de Redentor del mundo, pedido ya el perdón para los pecadores, y elegida su Madre María por Madre universal de todos, comenzaron en lo interior de su alma sacratísima á avivarse las penas, y á aumentarse más vivos los dolores. Exhausto ya, y consumido con la falta de sangre, empiezan los desmayos y agónías de muerte; la imaginación adelgazada le aviva la memoria de las ingratitudes de los hombres; aquí se le representan las ofensas gravísimas de los malos, las tibiezas y flojeadades de los buenos; y por otra parte, viendo intuitivamente el infinito amor del Padre con el hombre, la rebelde obstinación de los impíos, el olvido de finezas tan grandes, el malogro de su Pasión santísima, los pocos que habían de aprovecharse de su Cruz

y de su muerte; los innumerables que se habían de condenar, el dolor de su Madre Santísima, el temor de sus tristes discípulos, las crueles persecuciones de su Esposa la Iglesia; juntos todos estos motivos con sus tormentos y dolores, con la cabeza traspasada de una corona de espinas, las sienes taladradas de sus agudísimas puntas, los ojos oscurecidos con el polvo y la sangre, rasgada la espalda, el pecho oprimido, rotas las manos y los pies. ¡Oh Jesús mío, infinito en dolores, como inmenso en paciencia! De esta suerte pidió á su Padre la salvación de todo el mundo; y viendo que su sangre y su muerte se habían de frustrar en innumerables almas, que se habían de perder por sus propias culpas, empezó con este mayor tormento á agonizar en su alma; aumentándose más este profundo sentimiento cuando vió que su Padre lo dejaba padecer sin consuelo, con tantos tormentos en el cuerpo, con tantos dolores en el alma; y viéndose así desamparado hasta de su Eterno Padre, porque tanto merecían los pecados que cargaban en su Cruz, se angustió y congojó de suerte con tan sensible y amargo desamparo, que, rompiendo en un triste y doloroso gemido, se quejó á su Eterno Padre diciendo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparas?»

¡Oh mi amabilísimo Jesús! La causa de tu desamparo, Señor, han sido mis culpas. ¡Ay alma perdida! Mira el terrible desamparo que padece

el Hijo de Dios por tu perdición; tiembla de que Dios también á tí te desampare; tiembla porque, desamparada de Dios, no tendrás á quien volver los ojos. ¿Por qué, pues, quieres, alma, perderte? *Ut quid?* Respóndele á Jesús, que agonizando te pregunta también á tí desde aquella Cruz: ¿Por qué te has de perder? ¿Por qué has de malograr mi Sangre y mi Redención? ¿Por qué te has de condenar? *Ut quid?* ¿Por cosas tan viles de tierra? ¿Por unos deleites tan inmundos? ¿Por unos intereses tan caducos, que se acaban y desvanecen en aire y en desdichas? *Ut quid?* Ea, respóndele, alma, deshecha en dolor y en llanto. ¡Ay mi Jesús! *Ut quid?* Señor, ¿por qué me he de perder, estando Tú en esa Cruz por mí? ¿Por qué me he de condenar, derramando Tú por mí esa preciosísima Sangre? ¿Por qué la he de malograr? No haré tal, Salvador mío. Díganlo ya mis ojos; díganlo mi dolor y mi arrepentimiento; no me desampares, mi Jesús, por tu santísimo desamparo.

Aquí la meditación y lamentación; y luego, para pedirle al Señor no nos desampare, se reza cinco veces lo siguiente:

Jesús dulcísimo, por tu santísimo desamparo no nos desampares en la vida ni en la muerte.

Luego á Nuestra Señora una vez:

María, Madre de gracia, Madre de Misericordia, en la vida y en la muerte ampáranos, Señora.

Luego: Creo en Dios, espero, etc. pág. 144.

Desamparado se ve
De su Padre el Hijo amado;
¡Ah! maldito mi pecado,
Que de esto la causa fué.

Quien quisiera consolar
A Jesús en su dolor,
Diga de veras: Señor,
Me pesa, no más pecar.





QUINTA PALABRA

que habló el Señor en la Cruz: Sed tengo.

QUÉ entendimiento habrá que no alcance los motivos que avivaron la sed de nuestro dulcísimo Salvador en este trance? Pegada al paladar aquella lengua, instrumento de tantas maravillas, secos aquellos labios amorosos con la amargura de tantos tormentos, exhausto de sangre y de sudor, era indecible la sed que con nueva y mayor congoja le afligía; y así con una voz ronca, pero tierna, exclamó diciendo: *Sitio*. «Sed tengo» ¡Oh mi dulcísimo Jesús! ¿Qué sed es esta, que tanto os fatiga y atormenta? ¿Qué sed ha de ser? Sed insaciable de más tormento por nuestra salud; sed encendida y ardiente de almas y de lágrimas. Como que así dijera: En esta congoja y agonía no hay otro consuelo que el llanto de mis queridos devotos. Llorad, pues, almas amantes de Jesús; llorad, que está seco y sediento el buen Jesús agonizando; fuentes, arroyos, ríos, dad agua á mis ojos. Oh Señor, ¿quién dará á vuestra sed algún alivio? Quien quitare una culpa, que esa

es la sed que á Cristo más le fatiga; sed de que no se peque. — *Sitio.* ¡Oh mi Jesús! ¿Quién os aliviará? Quien me buscare una oveja perdida; que esa es la sed que le atormenta: sed de ganar almas. Pues yo, Señor, os buscaré almas; yo enseñaré á los rudos y pequeñuelos vuestros caminos; yo exhortaré á los malos con la palabra y con el ejemplo: convertiránse muchos. — *Sitio.* «Sed tengo.» ¡Oh mi Jesús! ¿de qué estáis tan sediento? De amor y más amor. Ea, pues, Señor, mirad que habéis de tener un ejército de Virgenes, de Mártires y de Confesores que han de morir al impulso de un encendido amor vuestro. De un infinito amor ha de morir vuestra Madre María; de un excesivo amor han de morir vuestra querida Magdalena, y vuestras esposas Catalina, Lutgarda, Teresa y otras innumerables.—*Sitio.* «Sed tengo»; más amor, que amor no dice basta. ¡Ay! almas, á morir de amor con Jesucristo, que tiene mucha sed, y hay poco amor.—*Sitio.* «Sed tengo.»—¿De qué, Señor? De que se salve el mundo. Pues aliviaos, Bien mío, que vuestros Apóstoles y discípulos os han de convertir reinos enteros, y á millares las almas.— *Sitio.* «Sed tengo»; vengan más almas. Ea, Señor, que el Gran Domingo y Francisco os ganarán hasta el fin del mundo innumerables.—*Sitio.* «Sed tengo»; vengan más almas. Mirad, Señor, que el abrasado Ignacio y su Compañía os han de traer innumerables herejes, gentiles y pecadores, prendiendo fuego en

todos estados y naciones; y su hijo el gran Javier os ha de conquistar con su fuego un nuevo mundo.—
Sitio. «Sed tengo»; vengan más y más almas, más y más pecadores arrepentidos. ¡Oh pecadores endurecidos, mirad la sed tan insaciable que tiene de vuestra salvación vuestro amantísimo Redentor, y qué poca sed tenéis vosotros de salvaros! ¡Tanta sed como tenéis de tesoros, vanidades y torpezas, que os llevan á la perdición! Basta ya de pecar, que se abrasa de sed Jesucristo por salvaros. Desatad esas fuentes de vuestros ojos: ¿para cuándo son las lágrimas? Llorad vuestras culpas, que con esa agua quiere nuestro amorosísimo Jesús satisfacer su sed. Mas ¡oh mi Jesús! ¿quién os podrá aliviar? Que amor nunca dice basta; sed vos alivio de vuestra misma sed, dándonos á nosotros de esa sed una sed ardiente de morir sólo de vuestro amor, una sed ardiente de morir antes que ofenderos. Muramos, pues, almas; muramos de amor, que se abrasa Jesús; muramos de amor, y, deshaciendo en llanto de ternura nuestros corazones, aliviémosle la sed con lágrimas de nuestro arrepentimiento y dolor.

Aquí la meditación y lamentación, y luego, para aliviar la sed al Señor, se le da el corazón, diciendo cinco veces lo siguiente:

Jesús mío dulcísimo y sediento, mi corazón te entrego. Creo en Dios, etc., pág. 144.

Sed dice Cristo que tiene;
Mas si quieres mitigar
La sed que le llega á ahogar,
Darle lágrimas conviene.

La hiel que brinda un ministro,
Si la gusta , no la bebe;
¿Cómo quieres tú que pruebe
La hiel de tu culpa Cristo?





SEXTA PALABRA

que habló el Señor en la cruz: Ya está todo acabado.

YA se acabaron, almas, de cumplir las profecías de las antiguas Escrituras; se perfeccionó el fin de los profundos decretos de Dios; ya se han pagado á la Divina Justicia las deudas de los pecadores; ya se ha comprado por su justo precio el premio de la bienaventuranza para los justos; ya se han asentado firmes paces entre Dios y los hombres; ya se ha dado fin al cautiverio del demonio, y principio al triunfo de la gloria; ya nuestro dulcísimo Jesús está en el último trance, agonizando con terribles desmayos, después de haber concluido con los oficios todos de Redentor; ya está dentro de las puertas de la muerte, ofreciendo finalmente por los pecadores su dulce vida. Éntrate, alma, en lo interior de su memoria, y verás presentes todas las peticiones juntas que al Padre Eterno han de hacerse hasta el fin del mundo; todas las pide Cristo, y por Él y por su muerte se otorgan los memoriales todos; ya está el despacho concluído de todas las altas disposiciones del mundo hasta su fin; y de esta muerte,

que ya se perfecciona, depende toda la noble restauración de las sillas del cielo. Mira á aquél gran Señor viendo en este trance con su alta sabiduría todas tus batallas y tentaciones, tus caídas más secretas, tus más ocultos pensamientos, los sucesos todos de tu vida, tus riesgos todos de pecar y de condenarte. Mírale cómo aplica á tí toda su pasión y muerte, como si solo tú fueras motivo único de su amor. Dale infinitas gracias por aquella que de tí tuvo tan particular, como si no hubiera otro alguno en el mundo. Aquí es cuando le concede su Padre Soberano la salvación de aquellos grandes pecadores que refieren las historias y las proezas heroicas de los Santos; aquí es donde da valor á sus Apóstoles, fortaleza á los Mártires, pureza á las Vírgenes, esfuerzos á los confesores y penitentes; aquí, cuando ve llenos de cosechas de justos los campos, erigidos sus templos, pobladas las religiones, demolidos los ídolos, y enarbolada en todas partes la bandera triunfante de su Cruz; aquí, cuando ve que por su muerte han de recibir luz naciones infinitas, salvándose aún las más bárbaras. Y al ver el cumplimiento de estos tan altos fines de su Redención, como que se recogió en lo interior de su corazón, á ver si le faltaba algo más que hacer ó padecer por los pecadores: *Quid ultra debui facere, et non feci?* ¿Qué debí yo hacer por los pecadores, y no lo hice? ¿Qué me falta que hacer? ¡Oh Redentor de mi alma! Nada más te

queda que hacer; llegaste á la cumbre más alta de la caridad, y á la última raya del amor; cuanto pudo hacer tu amor, tanto has hecho y padecido. Viendo, pues, el Salvador que nada le faltaba ya que hacer en obediencia de su Padre y en remedio de los hombres, levantó la voz, y con un generoso afecto dijo: *Consummatum est*: ya todo está acabado, ya todo está concluído. ¡Bendito seas, Redentor de mi alma, por tan inmenso beneficio y caridad! Dame, Señor, por tu sangre preciosísima, que yo también pueda decirte de mi mala vida con verdadero arrepentimiento: Ya todo está acabado, ya se acabó el ofenderte; ya se acabó mi escándalo; ya se acabó mi torpeza; ya todo está concluído por tu amor; ya todo está acabado.

¡Ay almas! ¿Cuál estaría en este instante aquel corazón y aquella voluntad de Jesucristo? ¡Qué fuegos, qué finezas, qué ternuras! Este es el tiempo, almas, de lograr vuestro amor, que está ardiendo Jesús. Ya está todo, dice, acabado, todo consumado; ya no me resta más; hasta aquí pudieron llegar mis amores; ya el fuego llegó á arder hasta donde pudo; ya hierve el corazón dentro de mi pecho en su mayor incendio. A la hoguera, corazones amantes; al pecho de Jesús, helados pechos. ¡Oh tibios corazones! Ya esto está acabado. ¡Oh pecadores insensibles! Ya esto está concluído; ya está la llama en punto; arrojaos á la hoguera del corazón de Jesús; amor y

más amor, arder y más arder. ¡Así sea mi Jesús!
Acabe hoy también mi corazón deshecho de dolor, y abrasado en tu amor.

Aquí la meditación y lamentación. Luego, en acción de gracias por haber perfeccionado el Señor nuestra redención, se reza cinco veces lo siguiente:

Gracias te doy, Señor, porque perfeccionaste mi redención; sea, mi Jesús, para mi salvación.

Con voz quebrada tu Dios
Habla ya muy desmayado,
Y dice que del pecado
La redención consumó.

Ya Jesús se ve espirar;
Ya Jesús se ve morir;
¿Quién, pues, no llega á rendir
La vida con el pesar?





SÉPTIMA PALABRA

que habló el Señor en la Cruz: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

EN esta postrera palabra nos da nuestro amorosísimo Redentor el último documento de su amor, enseñándonos el acto más importante y sublime para la hora última de la muerte; éste es arrojar-se y ponerse todo con rendida confianza en manos de Dios como en manos de nuestro Padre. A morir enseña Jesucristo; aprendamos, cristianos, lo que es la muerte, de la de nuestro Salvador. ¡Oh qué trance tan terrible! ¡Oh qué punto tan arduo! Al acercarse á él un Dios-Hombre, se inmuta su Sagrada Humanidad, pierde su color el semblante, se acardenan los labios, y todo el cuerpo se estremece con las fatigas y agonías. Aun aquel clamor grande y esforzado con que ya para espirar encomendó su espíritu en manos del Eterno Padre, que le podía librar de la muerte, fué acompañado de tiernas lágrimas: *Cum clamore valido, et lacrymis*. Esto es morir un Hombre-Dios. ¿Y miráis, hombres, la muerte con tanta indiferencia? Mortales sois, ¿y vivís tan descuidados? ¡Oh qué

insensibles os mostráis á la consideración de un momento tan tremendo! Almas, mirad en Jesús lo que es morir: ved lo que es agonizar. ¡Qué batallas! ¡Qué fatigas! ¡Qué dolores! ¡Oh fuerte trance! ¿Y cómo hay persona que deje para entonces entre tan congojosas amarguras sus disposiciones? ¿Cómo hay hombre que deje para entonces entre tantas y tales fatigas el negocio más serio y difícil de la salvación? ¡Ay horas de agonía! ¡Quién podrá ponderarlas! ¡Qué batallas las del apartamiento del alma de Jesús y de su sagrado cuerpo! Miraba el alma santísima en aquel cuerpo su fino compañero; miraba en él aquella carne pura de María, aquella unión estrecha; y al quererse arrancar, era tan doloroso el apartamiento, que obligó á que se demudase y estremeciese toda la Sacratísima Humanidad. ¡Oh fuerza del morir! ¡Oh duro golpe que hace estremecer á un Hombre-Dios! Pero bendito seáis, mi Jesús, que os pusisteis en estas agonías para vadearme á mí el río de mis congojas. Vos, Señor, las pasasteis para suavizarme las amarguras de mi muerte.

Estando, pues, en este trance nuestro Redentor Jesús, hizo silencio, y pidió atención á los mortales con aquel clamor grande y valiente, dando á entender que ya quería morir; y para enseñarnos el modo más alto y seguro, antes de espirar encomienda y pone su espíritu en manos de su Eterno Padre, diciéndole con gran reverencia:

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. ¡Oh qué enseñanza tan alta y tan divina! En este acto honra Jesucristo á su Eterno Padre con la mayor honra que pudo darle; porque poniendo en sus manos su espíritu muestra para con su Padre su inmenso amor y su segura confianza, su profunda humildad y su total rendimiento, pues se entrega todo á su disposición y providencia como á Padre fiel, justo, santo y poderoso, que á quien se fía de Él nunca puede faltar, ni dejar de ser asilo infalible de misericordias y seguridades, y que, entregada en sus manos el alma, no puede dejar de ser feliz y bienaventurada. Así nos enseña Cristo, con el acto más sublime de su doctrina y perfección, á morir. ¡Oh Padre Eterno, justo y santo! Con el sagrado espíritu de tu amabilísimo Jesús pongo también y encomiendo mi espíritu en tus manos; recíbeme, Señor, desde ahora para siempre; mírame agonizando entre tantos riesgos de ofenderte; mírame batallando y desfalleciendo entre mis tentaciones y mis caídas; no me dejes de tus manos, Padre piadosísimo, que con tu dulcísimo Hijo Jesús encomiendo mi espíritu en tus manos, no sólo en la hora de mi muerte, sino también en todo el tiempo de mi vida. En tus manos encomiendo, Señor, mi espíritu, cuanto tengo y cuanto soy. Ten misericordia de mí.

Aquí la meditación y lamentación. Luego se lee lo

siguiente para mover más la ternura con lo que pasó al espirar el Señor:

Habiendo nuestro Redentor Jesús encomendado su espíritu en manos de su Eterno Padre, reconoció que se iba ya acercando la hora de espirar; y para que todo el mundo conociese que moría libre y voluntariamente, de obediente á su Padre, y de amante á los hombres, dió licencia á la muerte para que llegase. Por eso antes de morir, para mostrar que la muerte no le derribaba la cabeza, sino el peso inmenso de su amor, Él mismo, antes de espirar, inclinó blandamente sobre el pecho su sacrosanta cabeza. ¡Oh inclinación llena de profundos misterios! Con esta inclinación significó el Salvador su obediencia á su Eterno Padre, su inclinación y amor á los hombres, su pobreza y humildad, que no tenía en la Cruz donde reclinar su cabeza; la gravedad de nuestras culpas, que con su peso le hacían inclinar la cabeza hasta morir. Inclinó también la cabeza á la tierra ingrata para despedirse de ella, y darle al espirar, como al principio del mundo, espíritu de nueva vida. También la inclinó para llamar con esta seña á los pecadores á su amor, convidándolos á las ternuras y finezas de su pecho. Últimamente dirigió esta inclinación hacia su dulcísima Madre María, que estaba traspasada de dolor al pie de la Cruz, para hacerla esta profunda reverencia, y despedirse de ella, encaminando á ella también

el último aliento de su vida, para enseñar á los hombres que ninguno puede salir bien del mundo, si no es encaminado á María, y por María, el último aliento de su vida. Bendito seas, Maestro de mi vida, por los misterios de tu sagrada inclinación, y por lo que en ella me enseña tu infinita caridad.

Inclinada así con tantos misterios la cabeza de nuestro amorosísimo Redentor, no restándole ya qué hacer para exhalar el alma, comienza á inmutarse y á estremecerse todo su sagrado cuerpo al querérsele desunir su alma sacratísima. La muerte, ya para ejercitar su oficio, empieza á despojarle el color á su hermosísimo rostro, ya le eclipsa los ojos, ya le afila la nariz, ya le pone cárdenos los labios, ya le marchita las mejillas, ya le disfigura el semblante, ya le eleva el pecho, ya le va robando la respiración; y al reconocer todas las criaturas insensibles que ya quiere espirar su Criador, no pueden contenerse de sentimiento, y se comienzan á inmutar los elementos; ya el sol se enluta, la luna se ensangrienta, los cielos se oscurecen, la tierra gime y tiembla, las piedras se despedazan, y el mundo todo llora y se estremece. ¡Ay mi Jesús! Esperad un poco, Señor, que yo también quiero morir con Vos; muramos juntos, Jesús mío, que si Vos morís de amor por mí, yo quiero morir de amor por Vos; no quiero ya vivir, Dios mío, si os he de volver á ofender y crucificar.

¡Oh Jesus de mi corazón! Ya veo que se acerca la hora; bien puedes ya morir. Redentor de mi alma, que todo el cielo y toda la tierra están con grande expectación esperando tu muerte; la espera tu Eterno Padre con las manos abiertas para recibir tu espíritu; la esperan los Ángeles para aplaudir tu victoria; los Santos Padres del Limbo, para ilustrarse con tu vista en gloriosa libertad; la esperan todos los justos para rendirte eternas gracias y alabanzas; la esperan todos los pecadores para romper de dolor sus pechos, con firme resolución de nunca más serte ingrato; la espera, finalmente, todo el mundo para renovarse, y los hombres todos para verse redimidos de la esclavitud de la culpa.

Viendo, pues, el Señor la expectación y suspiros con que todo el mundo espera su muerte, se rinde ya á sus ansias, y entre amores y ternuras de los pecadores entrega su espíritu á su Eterno Padre, y su vida y sangre por el remedio general de todos los hombres. Ea, mi Jesus dulcísimo, ya es hora; muere en buena hora, Redentor de mi alma; y cuando estés con tu Eterno Padre después de muerto, pídele, Señor, que siempre estemos contigo, que vivamos y muramos en tu gracia y en tu amor, por tu preciosísima sangre, pasión y muerte, que por tu gran reverencia serás oído y bien despachado á favor de nosotros tus pecadores, redimidos y amados tuyos.

¡Oh Dios altísimo! ¡Oh Majestad incomprens-

ble! Tú solo, gran Señor, sabes comprender y apreciar la muerte de tu Hijo Nuestro Señor Jesucristo. El hombre la oye y se queda insensible, ciego, sordo y mudo. Ve morir á su Dios, y no suspira, ni llora, ni se inmuta cuando su Dios muere porque él eternamente no muera en el infierno. ¡Oh qué cargo tan terrible! ¡Oh Viernes Santo! ¡Oh tres horas de agonía! Mortales, despertad esos ojos de vuestra fe dormida; por vosotros muere vuestro Dios, ¿y no hay quien muera con su Dios de amor y de dolor? Por vuestros pecados muere, ¿y no hay quien muera de dolor de haber pecado? ¡Oh Dios! ¡Oh cielos! ¡Oh piedras, prestadnos vuestro dolor para morir hoy con nuestro Redentor Jesús de amor y sentimiento! A morir, almas, con Jesucristo, á morir de amor, á morir de dolor de haberle ofendido.

Antes de las tres se canta el Credo; y en dando las tres que es la hora en que el Señor espiró, se hace un fervoroso Acto de contrición, en todo lo cual se reparte con proporción el tiempo de las tres horas.

A su Eterno Padre ya
Su espíritu le encomienda;
Si tu vida no se enmienda,
¿En qué manos parará?
En las tuyas desde ahora
Mí alma entrego, Jesús mío;
No me mires con desvío
En aquella fatal hora.

*Después de entonar el Et mortuus est del Credo,
se cantará:*

Ya murió mi Redentor,
Ya murió mi Padre amado,
Ya murió en la Cruz clavado
Mi Dios, mi Padre, mi Amor.
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Triste de mí!
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Mi corazón,
Rómpete de compasión,
Que Jesús murió por tí.

ADORACIÓN

Á LAS SANTÍSIMAS LLAGAS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

A la del pie izquierdo.

Adórote, Santísima Llagas, y os doy, Señor,
por ella las gracias. Por ella y por el dolor que
ocasionó á vuestra Madre Santísima os pido una
viva fe, y que me perdonéis cuanto os he ofendi-
do con todos mis pasos y movimientos.

Padre nuestro, etc., Gloria Patri, etc.

A la del pie derecho.

Adórote, Santísima Llagas, y os doy, Señor,
por ella las gracias. Por ella y por el dolor que
ocasionó á vuestra Madre Santísima os pido una
firme esperanza, y que me perdonéis cuanto os
he ofendido con todas mis acciones y palabras.

Padre nuestro, etc., Gloria Patri, etc.

A la de la mano izquierda.

Adórote, Santísima Llagá, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre Santísima os pido una ardentísima caridad, y que me perdonéis cuanto os he ofendido con mi vista y demás sentidos.

Padre nuestro, etc., Gloria Patri, etc.

A la de la mano derecha.

Adórote, Santísima Llagá, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella, y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre Santísima, os pido una verdadera contrición de mis culpas, y que me perdonéis cuanto os he ofendido con el mal empleo de mi memoria, entendimiento y voluntad.

Padre nuestro, etc., Gloria Patri, etc.

A la del sagrado Costado.

Adórote, Santísima Llagá, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella, y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre Santísima, os pido perseverancia final en vuestra gracia, y que así como fué herido vuestro corazón con el hierro de la lanza, y el de vuestra dolorísima Madre con el cuchillo de su dolor, así penetren el mío vuestras soberanas luces, para siempre amaros, y nunca ofenderos, queriendo antes morir que pecar.

Padre nuestro, etc., Gloria Patri, etc.

EL MISERERE

Misericordia de mí,
Señor, si á juzgarme vienes,
Según las muchas que tienes
Y resplandecen en Tí.
Confieso que te ofendí
Y conozco mi maldad;
Mi pecado y mi crueldad
Me están siempre persiguiendo;
Mas el alma está diciendo:
Pequé á TÍ solo, piedad.

Aquel mal que yo guardaba
De los hombres ¡ay dolor!
Hice en tus ojos, Señor,
Que ya en menos estimaba:
Con esto justificaba
Tus palabras, pues lo son,
Para que en toda ocasión
A los que te juzgan, venzas,
Y sus mentiras convenzas
Dando á mis culpas perdón.

Mira que soy concebido
Con la culpa original,
Y del vientre maternal
En sus pecados nacido:
Pues de la verdad has sido
Tan amigo, haga por mí
Haber sabido de Tí
Aquellos secretos santos,

Que siendo ocultos á tantos
Me los revelaste á mí.

Lavarme, Señor, podrás
Con el hisopo y la hierba,
Que con tu gracia reserva
De no ofenderte jamás.
Lávame, para que más
Limpio que la nieve quede;
¡Qué gozo, que tanto excede
A mi oído y á mis huesos,
Humillados con sucesos
Tan tristes, alegrar puede!

Tu rostro aparta, Señor,
No de mí, de mis pecados,
Que de tu libro borrados
No castigarás mi error.
Cría, Divino Hacedor,
Corazón nuevo en mi pecho,
Y un espíritu derecho
En mis entrañas infunde,
De quien al alma redunde
Tan soberano provecho.

De tu casa no me arrojes,
Ni tu espíritu divino
Me quites, ni del camino
De tu perdón me despojes;
Vuélveme, pues, no te enojés,
La celestial alegría
Que en la esperanza tenía
De mi futura salud,

Confirmando en la virtud
De tu amor el alma mía.

Enseñaré desde aquí
Tus caminos á los malos,
Que sabiendo tus regalos
Se convertirán á Tí.

Con sangre y carne ofendí
La pureza de tu amor;
Líbrame, Dios y Señor,
Y dará, sin esta mengua,
A tu justicia, mi lengua
Eterna gloria y honor.

Ábreme, Señor, la boca
Y los labios que cerró
Mi pecado, porque yo
Te alabe cuanto me toca.
Bien sé que no te provoca
El holocausto, ni precias
Con aras, que sólo aprecias
Un espíritu turbado,
Que corazón humillado
Nunca, Señor, le desprecias.

Benignamente se aplique
Tu amor á Sión también,
Para que Jerusalém
Cerca y muros edifique.
Y entonces te sacrifique
Holocaustos verdaderos,
Puros, limpios y sinceros
Con ofrendas y oblaiones

De contritos corazones,
Y ponga en tu altar corderos.

LOPE DE VEGA.

Tres Ave Marias con un Gloria Patri á Maria Santísima, en reverencia de lo que padeciò en estas tres horas.

ORACIÓN Á LA SEÑORA

Afligidísima Madre y Señora, por cuanto padecisteis al pié de la Cruz en esas tres horas, y en especial por la última agonía, y vuestro excesivo dolor al espirar vuestro Divino Hijo Jesús, os suplico fijéis en mi corazón sus llagas y vuestros dolores, y que me asistáis en mi última agonía, para lograr con vuestra asistencia una buena muerte.

Amén.





II

DEVOTO EJERCICIO

PARA ACOMPAÑAR Á MARÍA SANTÍSIMA
EN SU SOLEDAD ¹

No cabe duda que las horas transcurridas desde la muerte hasta la resurrección de Jesucristo, fueron para su Santísima Madre las más dolorosas, por hallarse privada del objeto de su amor, desolada y sin consuelo, ocupada en tristes pensamientos. Especialmente en el silencio de la noche, irían ofreciéndose ante sus ojos todos los tormentos, injurias, dolores, amarguísima agonía y penosísima muerte de su Divino Hijo, que había espirado hallándose ella presente.

Pues si á cualquiera madre que ha tenido la desgracia de perder un hijo, se procura hacerle compañía, consolándola y aliviándola en su pena, ¿cuánto más justo será que un hijo de María trate de aliviarla en sus dolores, pasando junto á Ella alguna de las horas de tanta angustia y quebranto? Estas principian á las tres de la tarde del Viernes Santo, en cuya hora espiró el Redentor,

¹ Está tomado y traducido del *Piccolo presente*, de T. Storace.

y termina á las diez del Sábado, para conformarse con el espíritu de la Santa Iglesia, que ya en esta hora convida á los fieles á alegrarse por la gloriosa Resurreccion del Señor, y á regocijarse con su Santísima Madre al oír el cántico del *Regina celi*.

Ahora bien: si tan de agradecer es esta obra de caridad con quien ha perdido una persona amada, ¿cuánto mejor recibida será de la afligida Madre del Redentor, esta prueba de filial afecto en no dejarla sola cuando más desolada se halla? Estamos ciertos que nos verá complacida á su lado, y que en retorno del consuelo que le procuremos en su quebranto, nos alcanzará el dolor de los pecados, nos asistirá en el trance de la muerte, y nos obtendrá la dicha de gozar de su compañía por toda la eternidad.

Por lo mismo que las horas más altas de la noche son las más incómodas para pasarlas en vela; si el alma fiel se halla inspirada á hacer ese sacrificio á María Santísima de los Dolores, las escogerá con preferencia á las del día, para que nunca falte quien acompañe á la afligida Madre, y en premio de la mortificación y amor filial logre conseguir mayores méritos.

MÉTODO

DE PRACTICAR ESTA DEVOCIÓN

El que la haga solo, busque un lugar retirado, y lea con pausa y reflexión las meditaciones si-

guientes, imaginándose estar junto á la afligida Señora, y hablando con Ella. Podrá escogerse para este devoto ejercicio, no sólo el Viernes y Sábado Santo en las horas dichas, sino cualquier viernes del año; pues así como se suele meditar en ellos la Pasión del Señor, así también será provechoso recordar los dolores de su Madre.

Para hacer este ejercicio en público el Viernes Santo después de las tres de la tarde, se prepara un altar, vistiéndole de negro, sin adorno alguno, y poniendo en él un cuadro ó efigie de Nuestra Señora de los Dolores, iluminada por pocas velas, y á lo más se podrá colocar al pie del altar en una urna á Cristo tendido en el sepulcro. Empezará el coro por el canto de alguna estrofa del *Stabat Mater*, ó de otro himno ó cántico apropiado á las circunstancias. Acabado esto, excitará un Sacerdote desde el púlpito al pueblo, el cual se hallará de rodillas, al dolor, leyendo el *Acto de contricion*. Sentándose todos, empezará la primera meditacion, haciendo alguna mayor pausa en los puntos, regulando todo el ejercicio de manera que venga á estar el pueblo en la iglesia una hora poco más ó menos. Acabado de leer el propósito de la primera meditación, canta el coro otra estrofa. Después se arrodillan todos, y lee el sacerdote despacio y con afecto el coloquio, seguido de siete *Ave Marias*.

Este mismo orden guardará en las otras dos meditaciones, al fin de las cuales rezará otra

Ave María por la propagación de esta devoción: se acabará de cantar el *Stabat Mater*, repitiendo el pueblo tras cada estrofa la primera, dando fin con la antífona, versículo y oración de los Dolores puestos al fin de este ejercicio.

ACTO DE CONTRICIÓN

Dios de infinita misericordia, vedme aquí humildemente postrado en vuestra presencia, lleno de confusión al contemplar la enorme ingratitud con que, pecando, he ofendido á vuestra majestad y bondad infinita. Yo soy el verdugo que ha dado muerte ignominiosa á mi dulcísimo Jesús. ¡Qué herida tan profunda he abierto con mis pecados en su amante corazón! ¡Perdón, Señor, os lo pido con las lágrimas en los ojos! Resuelto estoy á no ofenderos más. Y Vos, oh María, Madre mía, ya que puedo daros tan dulce y regalado nombre desde que vuestro divino Hijo os encomendó este cargo estando en la Cruz, pedid perdón por mí, implorad en mi favor la divina clemencia, y llevad á bien que os haga compañía mientras os halléis privada de la presencia de vuestro divino Hijo, para que lllore con Vos, y no vuelva á herir con mis culpas vuestro tierno corazón y el de vuestro amado Jesús.

Pto VII con dos rescriptos por el conducto de la Secretaría de Memoriales, de 25 de Febrero y 21 de Marzo de 1815, concede al que desde las cuatro

de la tarde del Viernes Santo, hasta las diez del día siguiente emplee en público ó en secreto una hora, ó á lo menos media, á honra de María Santísima de la Soledad, meditando sus siete dolores, ó rezando su corona, u otras devociones semejantes, indulgencia plenaria, que ganará en el día que cumpla con el precepto pascual. Y el que en los demás viernes del año, desde las cuatro de la tarde hasta el domingo siguiente, practique dicha devoción, gana 300 días de indulgencia, y habiendo hecho esto todas las semanas, indulgencia plenaria en uno de los últimos días del mes. Todas son aplicables en sufragio por las almas del purgatorio, y las confirmó para siempre Pío VII, por conducto de la Congregación de las Indulgencias, á 18 de Junio de 1822.





MEDITACIÓN I

MARÍA SANTÍSIMA JUNTO AL SEPULCRO
DE SU HIJO

CONTEMPLA, alma mía, á tu Madre, desolada junto al sepulcro, en el que ha sido encerrado su amante Hijo. Una losa separa al Hijo de la Madre. ¡Cuán traspasada de dolor está la afligida Señora! Mírala con qué afecto tiene fijos los ojos en el sepulcro, que guarda el cuerpo exánime de su Unigénito, á quien poco ha tenía en sus brazos. Algún alivio era, si bien penosísimo, estrecharlo en su seno, aunque yerto cadáver. Pero ahora se ve separada de Él, y no puede contemplarle. ¡Cuántas veces lo habrá llamado diciéndole: ¡Hijo mío, haz que tu afligida Madre oiga tu voz! Pero no le responde. Entra con la imaginación en el sepulcro, y contempla, ora su sagrada cabeza, taladrada por las espinas, ora el cuerpo llagado y despedazado, ora las manos, ora los pies atravesados con clavos, ora finalmente penetra en su amoroso corazón, donde desfoga todo su dolor y pena. Párate también tú, alma mía, en el corazón de Jesús, y llora en compa-

ña de María tu ingratitud, pues has correspondido con pecados al amor entrañable del Redentor.

PROPÓSITO

Detesta con sincero arrepentimiento las acciones de tu vida que te han separado del Corazón de Jesús, y por el amor de María desolada, propón apartarte de las ocasiones que te impidan estar unido, en compañía de la Santísima Virgen, al Corazón de su divino Hijo.

COLOQUIO

Amantísima Madre, ¡qué compasión me da veros traspasada de dolor, llorar junto al sepulcro de vuestro Hijo Jesús! ¡Cuánto siento no hallar medio alguno de consolaros! ¡Y por lo mismo me lleno de rubor al ver que he sido causa de vuestra amargura! Si las lágrimas de un corazón arrepentido pueden seros algún motivo de consuelo, aquí me tenéis postrado á vuestros pies, llorando mis pecados. Dignaos acoger benigna mi llanto, y depositarlo en el Corazón de vuestro Hijo, que no desprecia, sino recibe con bondad al corazón contrito y humillado. Interceded por mí, para que mis lágrimas obtengan perdón de mis pasadas culpas.

Siete Ave Marías en reverencia de los dolores que padeció María Santísima después de la muerte de su Divino Hijo.



MEDITACIÓN II

MARÍA SANTÍSIMA, AL VOLVER Á SU CASA, PASA DE
NUEVO POR EL CALVARIO

SIGUE, alma mía, á tu afligida Madre, que acompañada de San Juan y de las otras piadosas mujeres, se encamina á su casa. ¡Qué separación tan dolorosa! En el viaje no puede menos de volver á ver los sitios donde su Hijo ha padecido y ha muerto! Contéplala ya en el Calvario. Renuévase en su afligidísimo corazón la angustia y dolor á la vista del monte, y al divisar todavía levantada en él la Cruz donde vió espirar á su único Hijo. Ve el suelo empapado en su preciosa sangre, y bañada en ella la Cruz. Vuelven á asaltarle tristísimos recuerdos: la bárbara crucifixión, la hiel y vinagre con que amargaron el paladar de su Hijo; los insultos y vituperios de que fué objeto; la penosísima agonía; sus últimas palabras, y mayormente aquellas con que mostró su infinita bondad, pidiendo perdón para los pecadores; su caridad ardiente hacia nosotros, dejándonos por Madre á su propia Madre; su deseo intenso de padecer más por

nuestra salvación, expresado en aquellas palabras: *sed tengo*. Pero lo que asalta con más vehemencia el corazón de la afligida Señora, es el recuerdo del último momento en que murió su queridísimo Jesús. ¡Qué pensamientos tan tristes, qué martirio tan cruel! ¡Alma mía! contempla si puedes el rostro de tu apenada Madre; mira cómo la Reina de los mártires se postra reverente, adora aquel precioso leño, y lo abraza aplicándolo á su abrasado corazón! Quédate, alma mía, al pie del Sagrado Madero, abraza con fe y amor aquella prenda de tu redención, llora la muerte que en la Cruz has dado con tus pecados al Hijo de María.

PROPÓSITO

Avergonzado al pie de la Cruz de las continuas quejas é impaciencias con que acoges y sobrellevas las tribulaciones, propón abrazar con amor las pruebas que Dios te envíe por tu bien, para que sean borrados tus pecados y conquistes el Paraíso.

COLOQUIO

¡Afligidísima Madre mía! ¡Qué pena me da de veros desfallecer al pie de la Cruz! Mi dolor se aumenta al considerar que aquí mismo os he recibido por Madre, y Vos me habéis aceptado por hijo. Compadeceos de mí, pues tengo el corazón atravesado por una espada de dolor, al verme tan indigno de tal Madre como Vos. Aborrezco

los momentos en que me aparté de Vos y de vuestro Divino Hijo, pecando. Uníos á vuestro amante Jesús para pedir por mí perdón al Eterno Padre. Interponed vuestra poderosa intercesión, para que acepte yo gustoso de la mano de Dios las cruces y tribulaciones que su Divina bondad se digne enviarme, y de este modo me asemeje en algo á Vos desolada, y á mi Señor crucificado por mí, de suerte, que, imitando la paciencia de Madre é Hijo, me haga digno de recibir el premio eterno. Amén.

Siete Ave Marías, como al fin de la primera meditación.





MEDITACIÓN III

SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA EN SU CASA

ENTRA, alma mía, en la casa donde la Madre de Dios solía albergarse durante su estancia en Jerusalem. ¡Qué vacío tan grande halla la afligida Señora en ella! Todo lo ha perdido en un punto al verse sin su Unigénito, que ha muerto, no en su casa, sino en un patíbulo. ¡Noche tristísima! Penetra con la consideración, alma mía, en el corazón atribulado de la Reina de los mártires, y verás qué espada tan aguda le tiene traspasado de dolor. La afligida Madre mira el duro lecho donde reposó alguna vez su Hijo, y se le parte de pena el corazón; al contemplar aquella mesa en la que se sentó junto á su Hijo para tomar frugal y pobre alimento, oyendo de sus labios palabras del cielo, su corazón se oprime y desfallece. Si fija su vista en el sitio donde su Divino Hijo pasaba noches enteras de rodillas, haciendo fervorosa oración á su Eterno Padre por nuestra salvación, cae desvanecida. Adonde quiera que vuelva los ojos se aflige por no hallar á su amado Jesús. Vuela con el pensamiento al sepulcro, y

allí sí que lo encuentra, pero desangrado y muerto, causándole este recuerdo indecible tormento. Ningún objeto hay que la pueda consolar; nadie, ni aun entre las personas más allegadas, es capaz de aliviar su tormento. Todo es luto, todo llanto y desolación para ella. Párate un poco, alma mía, y haz compañía á tu afligida Madre, juntamente con el discípulo Amado y las piadosas mujeres; mira si puedes menos de participar de su dolor al verla tan atribulada. Llorar con ella, busca con ella á Jesús, y cierto que la consolarás, si ve que el Redentor vive en tu corazón por la gracia.

PROPÓSITO

Para complacer á María aborrece el pecado, teniendo verdadero dolor de haberlo cometido; propón sinceramente no darle entrada en tu alma, y resuélvete á hacer una buena confesión sacramental, para que de este modo, al acercarte á la Sagrada Mesa, éntre Jesús en tu corazón, le llene de celestiales bendiciones, logrando de este modo que se consuele María al encontrar vivo á Jesús en tu pecho.

COLOQUIO

Amorosísima Madre, muy insensible sería yo, si al veros angustiada en vuestra estancia, privada de vuestro Hijo, no se acongojase mi alma. Para consolaros de alguna manera, quisiera poder

deciros que vinieseis á buscarlo en mi corazón. Pero ¿cómo queréis hallarlo, si Vos misma no le traéis con vuestra maternal piedad? ¡Infeliz de mí! Lo he perdido por la culpa. Ahora conozco mi iniquidad, y el daño que me he hecho con el pecado. María, única esperanza mía después de Jesús, haced que vuelva mi dulce bien á mi alma por la gracia; pedídselo por esa espada que atraviesa vuestro corazón. Alcanzadme que deteste yo y enmiende mis culpas, siendo este el fruto de la compañía que os he hecho en vuestra desolación; que arrepentido de veras obtenga el perdón, haga en esta vida penitencia, me vea asistido de Vos en este destierro para no volver á ofender á mi Dios, y en la hora de mi muerte os tenga á Vos y á vuestra Divino Hijo junto á mi lecho; y por fin, que repitiendo con afecto vuestros dulcísimos nombres de Jesús y de María, muera en paz en vuestros brazos, siendo mi alma conducida al cielo para gozar de Dios por toda la eternidad. Así sea.

Siete Ave Marías.

STABAT MATER DOLOROSA

La Madre piadosa estaba
Junto á la Cruz, y lloraba
Mientras el Hijo pendía;
Cuya alma triste y llorosa,
Traspasada y dolorosa

Fiero cuchillo tenía.

¡Oh cuán triste, oh cuán afita
Se vió la Madre bendita,
De tantos tormentos llena,

Cuando triste contemplaba
Y dolorosa miraba
Del Hijo amado la pena!

Y ¿cuál hombre no llorara
Si la Madre contemplara
De Cristo en tanto dolor?

Y ¿quién no se entristeciera,
Piadosa Madre, si os viera
Sujeta á tanto rigor?

Por los pecados del mundo
Vió á Jesús en tan profundo
Tormento la dulce Madre,

Y muriendo el Hijo amado,
Que rindió desamparado
El espíritu á su Padre.

¡Oh Madre, fuente de amor,
Hazme sentir tu dolor
Para que llore contigo!

Y que por mi Cristo amado
Mi corazón abrasado
Más viva en Él que conmigo;

Y porque á amarle me anime,
En mi corazón imprime
Las llagas que tuvo en sí;

Y de tu Hijo, Señora,
Divide conmigo ahora

Las que padeció por mí.
Hazme contigo llorar,
Y de veras lastimar
De sus penas, mientras vivo,
Porque acompañar deseo
En la cruz, donde le veo,
Tu corazón compasivo.

Virgen de vírgenes santas,
Llore yo con ansias tantas,
Que el llanto dulce me sea;
Porque su pasión y muerte
Tenga en mi alma de suerte
Que siempre sus penas vea.

Haz que su Cruz me enamore,
Y que en ella viva y more,
De mi fe y amor indicio;
Porque me inflame y me encienda,
Y contigo me defienda
En el día del Juicio.

Haz que me ampare la muerte
De Cristo cuando en tan fuerte
Trance vida y alma estén;
Porque cuando quede en calma
El cuerpo, vaya mi alma
A su eterna gloria. Amén.

LOPE DE VEGA.

Stabat Mater dolorosa
Juxta Crucem lacrymosa
Dum pendeat Filius:
Cujus animan gementem
Contristatam et dolentem,
Pertransivit gladius.

¡ Oh quam tristis et afflicta
Fuit illa benedicta
Mater Unigeniti!

Quae moerebat, et dolebat,
Et tremebat, cum videbat
Nati poenas inclyti.

¿ Quis est homo, qui non fleret,
Christi Matrem si videret
In tanto supplicio?

¿ Quis posset non contristari,
Piam Matrem contemplari
Dolentem cum Filio?

Pro peccatis suae gentis
Vidit Jesum in tormentis,
Et flagellis subditum.

Vidit suum dulcem Natum
Morientem, desolatum,
Dum emisit spiritum.

Eja, Mater, fons amoris,
Me sentire vim doloris
Fac, ut tecum lugeam.

Fac, ut ardeat cor meum
In amando Christum Deum,
Ut sibi complaceam.

Sancta Mater, istud agas:
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.

Tui Nati vulnerati,
Tam dignati pro me pati,
Poenas mecum divide.

Fac me vere tecum flere,
Crucifixo condolere,
Donec ego vixero.

Juxta Crucem tecum stare,
Te libenter sociare
In planctu desidero.

Virgo virginum praeclara,
Mihi jam non sis amara;
Fac me tecum plangere.

Fac, ut fortem Christi mortem;
Passionis fac consortem,
Et plagas recolare.

Fac, me plagis vulnerari,
Cruce hac inebriari
Ob amorem Filii.

Inflammatum et accensum,
Per te, Virgo, sum defensum
In die judicii.

Fac me Cruce custodiri;
Morte Christi praemuniri,
Confoveri gratia.

Quando corpus morietur,
Fac ut animae donetur
Paradisi gloria. Amen.

ŷ. Ora pro nobis, Virgo dolorosissima.

Rf. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS

Deus, in cujus passione, secundum Simeonis prophetiam, dulcissimam animam gloriosae Virginis et Matris Mariae doloris gladius pertransivit; concede propitius, ut, qui dolores ejus, venerando recolimus, passionis tuae effectum felicem consequamur. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amen.





*Oración de San Agustín en memoria de la Pasión,
con cinco Padrenuestros, Ave Marias y Glorias.*

SEÑOR mío Jesucristo, que para redimir al mundo de la esclavitud del demonio quisisteis nacer entre nosotros mortal y pasible, ser circuncidado, reprobado de los judíos, entregado por Judas con ósculo sacrilego, ser preso, y, como inocente cordero que llevan al matadero, ser presentado ignominiosamente en los tribunales de Anás, Caifás, Pilatos y Herodes, ser acusado por testigos falsos, ser maltratado con azotes y oprobios, escupido, coronado de espinas, herido con bofetadas, golpeado con una caña, cubierto vuestro rostro, despojado de vuestros vestidos, ser crucificado, levantado en la Cruz entre dos ladrones, beber hiel y vinagre, y ser herido con la lanza; por estas vuestras amargas penas ¡oh Dios mío! que yo, aunque indigno pecador, voy meditando, y por vuestra pasión y muerte libradme de las penas del infierno (*y si se dice por algún enfermo que esté en agonía, se añade: y á N., vuestro siervo, que está ahora agonizando*), y dignaos llevarme adonde llevasteis á aquel dichoso ladrón que fué cruci-

ficado con Vos ¡oh Jesús mío! que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis por todos los siglos de los siglos. Amén.

Pío VII, con decreto de la Congregación de las Indulgencias de 25 de Mayo de 1820, concede para siempre, al que arrepentido rezase dicha oración, 300 días de indulgencias una vez al día, é indulgencia plenaria al que, habiéndola rezado todos los días del mes, en uno de los tres últimos días, confesando y comulgando, rogare á Dios por la intencion de Su Santidad; las cuales indulgencias son aplicables por las almas del Purgatorio, y se puede rezar en latín ó en romance por el que esté agonizando.

Laus Deo.

A. M. D. G.



ÍNDICE

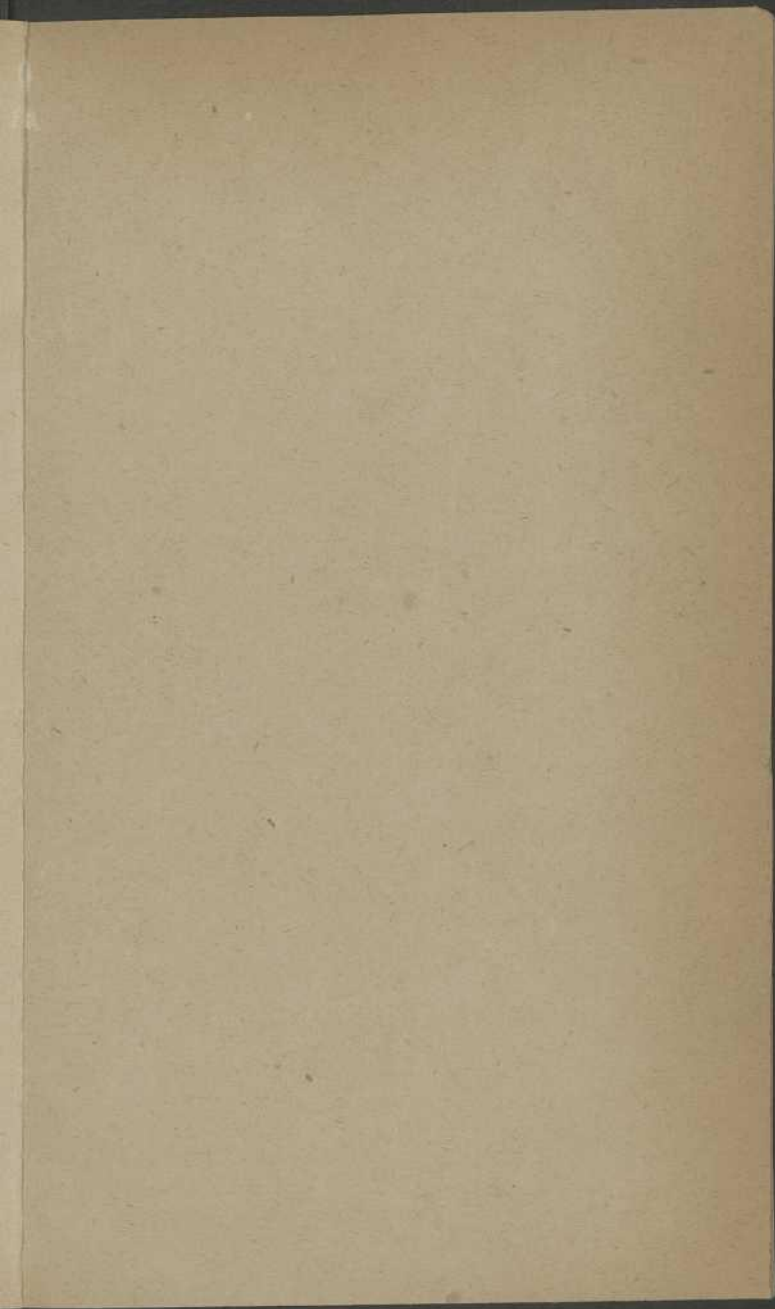
	Páginas.
<i>Introducción.</i>	I
<i>La vida de Cristo Nuestro Señor.</i>	5
<i>Oraciones de los principales misterios de la vida de Cristo Nuestro Señor</i>	93
<i>Oración del Nacimiento del Salvador.</i>	94
<i>Oración de la Santísima Circuncisión.</i>	96
<i>Oración del Santísimo Nombre de Jesús.</i>	100
<i>Oración de los Reyes Magos.</i>	103
<i>Oración de la Transfiguración del Señor.</i>	105
<i>Oración de la gloriosa Resurrección del Señor.</i>	107
<i>Oración de la admirable Ascensión del Señor.</i>	109
<i>Oración para invocar la gracia del Espíritu Santo, sacada del C. IX de las Meditaciones de San Agustín.</i>	112
<i>Oración para alabar á la Santísima Trinidad, C. XII de las Meditaciones de San Agustín.</i>	113
<i>Oración al Santísimo Sacramento.</i>	115
<i>Ejercicio piadoso á las tres horas de agonía de Cristo Nuestro Redentor.</i>	127
<i>Método de practicar esta devoción.</i>	127
<i>Instrucción previa.</i>	135
<i>Primera palabra.</i>	139
<i>Segunda palabra.</i>	145
<i>Tercera palabra.</i>	149
<i>Cuarta palabra.</i>	153
<i>Quinta palabra.</i>	157

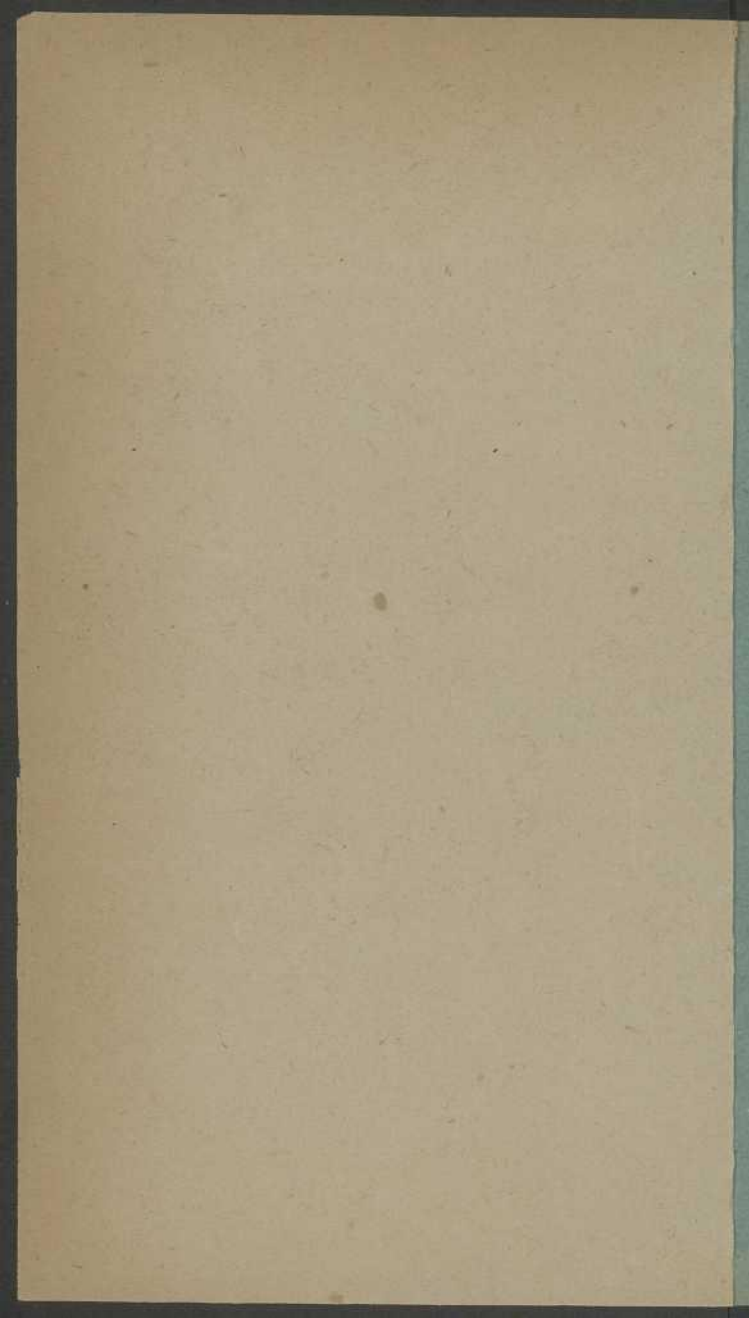
	<u>Páginas.</u>
<i>Sexta palabra.</i>	161
<i>Séptima palabra.</i>	165
<i>Adoración á las Santísimas Llagas de Cristo Nuestro Señor.</i>	172
<i>Devoto ejercicio para acompañar á María Santísima en su soledad.</i>	178
<i>Meditación I.—María Santísima junto al sepulcro de su Hijo.</i>	183
<i>Meditación II.—María Santísima, al volver á su casa, pasa de nuevo por el Calvario.</i>	185
<i>Meditación III.—Soledad de María Santi- sima en su casa.</i>	188
<i>Oración de San Agustín en memoria de la Pasión.</i>	196

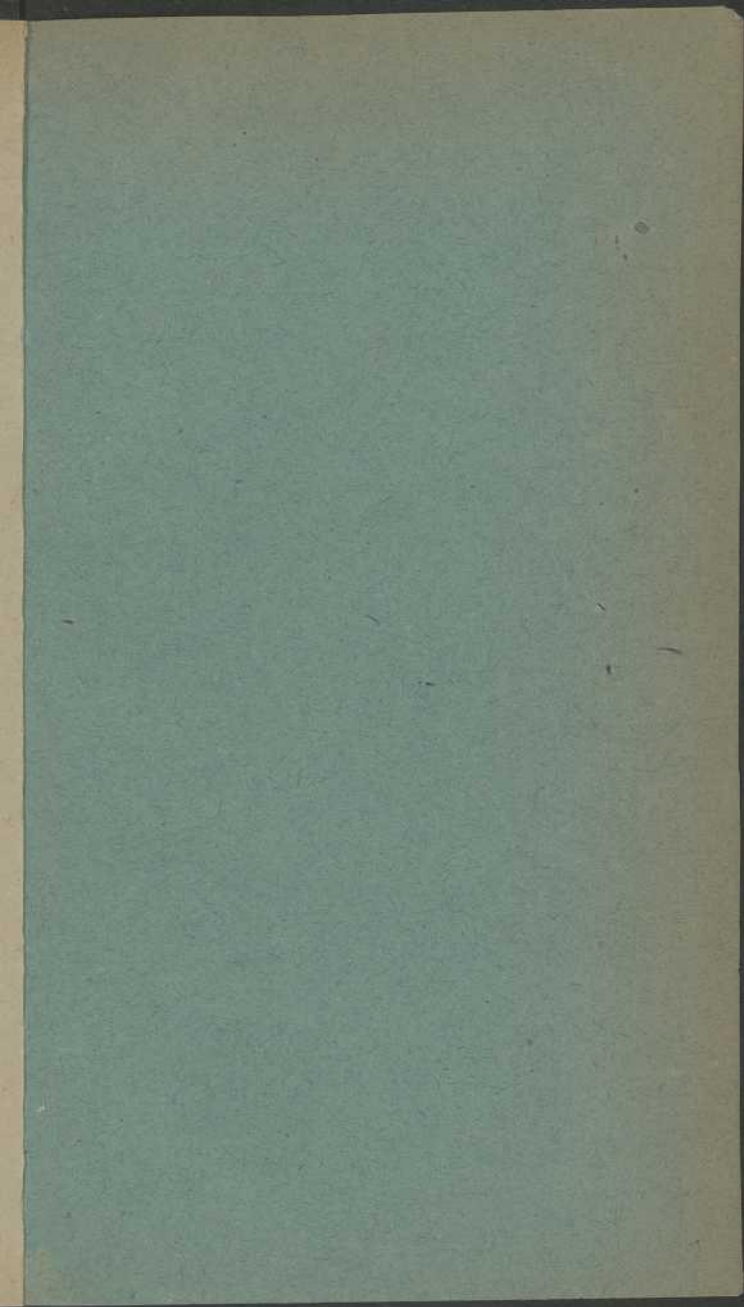
*Este libro
se acabó de imprimir
en el Establecimiento tipográfico
del Asilo del Sagrado Corazón de Jesús,
para el Editor
D. José del Ojo y Gómez,
á XXIX de Enero del año MDCCCLXXXV
fiesta del insigne Doctor de la Iglesia
San Francisco de Sales.*

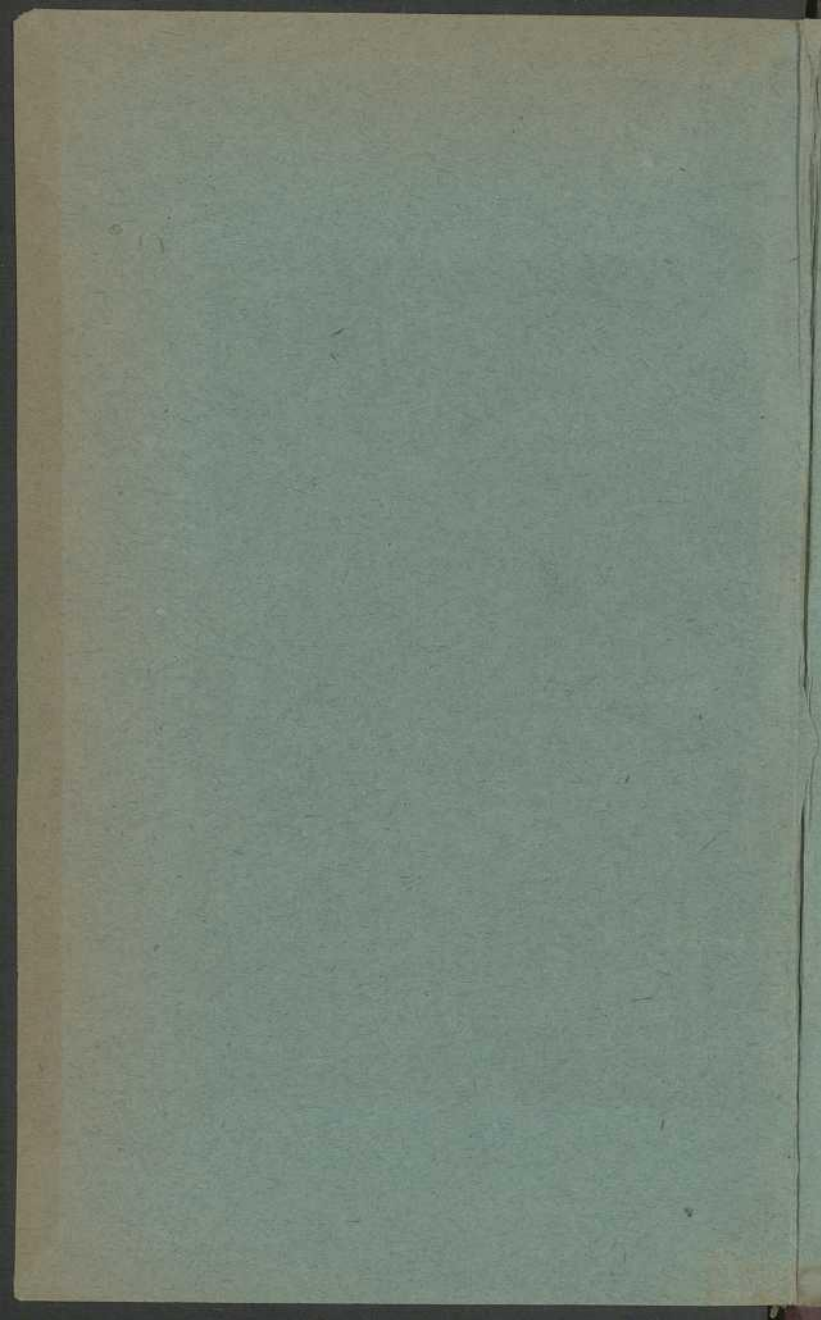
A M. D. G.

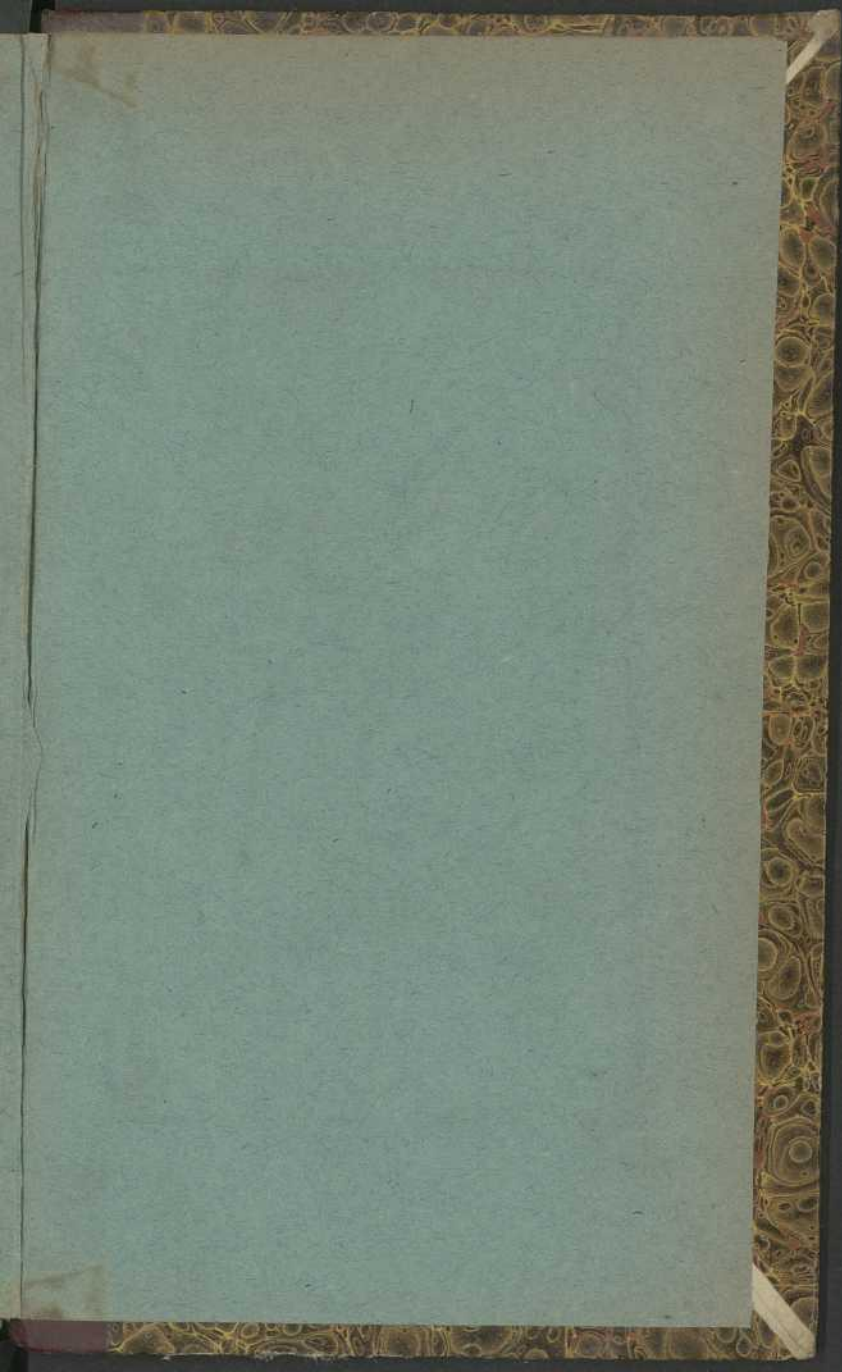














LIBRARY

OF

15

EVANGELIO
DE
CRISTO

5.80